

Le
Livre
Poche
J.B. BASSO

JAMES OLIVER CURWOOD

El rey de los osos



Lectulandia

Sinopsis: El rey de los osos (The Grizzly King) 1916. La historia es la de un oseño que se queda sin madre tras ser abatida y es adoptado por un oso "kodiak" adulto que le protegerá y le cuidará de los peligros del bosque y de la amenaza de los cazadores. Casualmente, el cazador de la madre del Osezno también sigue la pista del pequeño oso. Adaptada al cine wn 1988 por Jean-Jacques Annaud: "El Oso".

En palabras de Curwood, «la emoción más grande de la caza no es matar sino dejar vivir». No es extraño, pues, que el sentido mismo de la vida se convierta en la emoción más grande de la novela El rey de los osos, porque esta obra es más que la aventura de dos animales que intentan sobrevivir a la amenaza de unos cazadores que han invadido su territorio. Es un relato lleno de imaginación que nos muestra un extraordinario conocimiento de la naturaleza, de la vida salvaje y de las costumbres y las emociones de los animales. El rey de los osos refleja el dramático enfrentamiento de dos mundos antagónicos.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El rey de los osos

ePUB v1.2

Pepotem 26.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Grizzly King*
James Oliver Curwood, 1916.
Traducción: Editorial Juventud

Editor original: Pepotem2 (v1.2)
ePub base v2.0

Prefacio

Ofrezco al público este libro, el segundo de los que publico acerca de la Naturaleza. Hay en él una confesión y una esperanza: la confesión de quien durante muchos años se dedicó a la caza antes de aprender que la selva ofrece un aliciente más apasionante que el de la matanza de sus pobladores, y la esperanza de que lo que he escrito haga comprender a otros que el mayor placer que puede sentir el cazador no está en la matanza, sin duelo ni consideración. Es cierto que en los grandes espacios desiertos el hombre ha de matar para poder subsistir. Pero matar para lograr el sustento no es la fiebre de matar que siempre me recuerda un día en que, en menos de dos horas, maté cuatro osos grises en la ladera de una montaña de la Columbia Inglesa, destruyendo, probablemente, ciento veinte años de vida en ciento veinte minutos. Y eso es solamente un ejemplo de los muchos que recuerdo.

Mis libros acerca de los animales constituyen, en cierto modo, una reparación que me esfuerzo en llevar a cabo, y he procurado hacerlos no solamente interesantes en grado sumo, dotándolos de romántico interés, sino que sean también tan exactos, por lo que se refiere a sus hechos, como ha sido posible. Al igual que en la vida humana, hay en la vida selvática tragedias, comedias y sentimientos; hay en ella hechos que merecen ser descritos y que son tan verídicos que no es necesario recurrir a la fantasía.

En Kazán traté de dar una idea de lo que fueron mis años de convivencia entre los salvajes perros de los trineos en el Norte. En El rey de los osos me he atenido escrupulosamente a los hechos observados en las vidas de los animales salvajes. El pequeño Muskwa estuvo en mi compañía durante todo el verano y otoño, en las Montañas Rocosas del Canadá. Pipoonaskoos está enterrado en las montañas del Firepan con una losa sobre su tumba como si hubiera sido un ser humano. Los dos oseznos de oso gris que encontramos abandonados en Atabasca están muertos. Y Thor vive todavía, porque cuando por fin se presentó la oportunidad de disparar sobre él, no le dimos muerte. En el mes de julio de este año (1916) me propongo regresar a la región donde viven Thor y Muskwa. Creo que reconocería a Thor si le viese de nuevo, porque le conocí adulto y no habrá cambiado. En cuanto a Muskwa, en dos años habrá pasado desde la categoría de osezno a la de oso adulto y será otro. Me hago la ilusión de que no habrá olvidado el azúcar que le solía dar, ni las muchas veces que él se acurrucó a mi lado por la noche, ni tampoco las correrías que hacíamos los dos en busca de raíces y bayas, ni las peleas de mentirijillas con que tan frecuentemente nos divertíamos en el campamento; pero también es posible que no me haya perdonado la crueldad del día en que huimos de él abandonándolo en las montañas.

James Oliver Curwood.

Owosso, Michigan, 5 de mayo de 1916.

Capítulo 1 - El rey y sus dominios

Parecido por su silencio e inmovilidad a una rojiza roca de gran tamaño, *Thor* permaneció varios minutos observando sus dominios. No alcanzaba a ver a grandes distancias, porque, como todos los osos grises, sus ojos eran muy pequeños y estaban considerablemente separados uno de otro, por cuya causa su visión era decididamente mala. A quinientos o setecientos metros, aún era capaz de distinguir una cabra o una oveja montesa, pero más allá su mundo era para él un vasto misterio lleno de sol o sumido en las sombras de la noche, hacia el cual se dirigía guiándose principalmente por el oído y el olfato.

Este último, entonces, era el causante de su inmovilidad y silencio. Desde el valle había llegado a su nariz un olor especial, un olor que hasta entonces nunca había percibido. Era algo que no pertenecía a aquellos lugares y que le irritaba de un modo extraño. En vano su mente lenta de bruto luchaba por comprender. No se trataba de ningún rengífero, pues los conocía muy bien por haberlos cazado muchas veces; tampoco de ninguna cabra ni oveja; ni menos era el olor de las gordas y perezosas marmotas tendidas al sol sobre los peñascos, porque *Thor* había comido centenares de ellas. El que percibía era un olor que no despertaba su cólera ni tampoco le infundía temor alguno. Sentía excitada su curiosidad, pero no se decidía a bajar al valle para satisfacerla. La prudencia lo retenía donde se hallaba.

Si *Thor* pudiera haber visto claramente a una o a dos millas de distancia, sus ojos no habrían descubierto el origen del olor que el viento llevaba a su olfato desde el hondo valle. *Thor* estaba en el borde de un escalón de la montaña, bajo el cual, a cosa de mil seiscientos metros, estaba el valle; a su espalda alzábase la cima, a la que aquella misma tarde había subido, también a unos mil quinientos metros de altura. La llanura en que se hallaba formaba una hondonada en la vertiente de la montaña y tendría una extensión de dos áreas. Estaba cubierta de verde y jugosa hierba y de las flores propias del mes de junio, violetas silvestres, miosotas y jacintos. En el centro había una extensión de diez metros de terreno fangoso y blando que *Thor* visitaba con frecuencia cuando sus patas estaban doloridas de andar sobre las rocas.

Al este y al oeste y también al norte se extendía el maravilloso panorama de las Montañas Rocosas del Canadá, suavizadas por el dorado sol de la tarde de un hermoso día estival.

Desde lo alto y desde el valle, de las quiebras de las rocas y de los cauces que llegaban hasta las regiones de la nieve eterna, surgía un suave murmullo. Era la música del agua. Tal armonía flotaba siempre en el aire, porque los ríos, los arroyos y los riachuelos que llevaban al valle las nieves licuadas procedentes de los altísimos picos perennemente cubiertos de blanco y muchas veces rodeados de nubes, no cesaban nunca en su corriente de clarísimas aguas.

En la atmósfera no solamente había suaves y musicales rumores, sino también perfumes. Al cálido influjo de los meses primaverales la tierra se cubría de verde por doquier; las flores tempranas convertían las laderas iluminadas por el sol en mantos salpicados de blanco, rojo y púrpura, y todo lo que representaba vida parecía entonar un canto gozoso. La gorda marmota estaba en su roca, la pequeña ardilla de las praderas en su trinchera, los enormes abejorros volaban zumbando de una a otra flor, los gavilanes planeaban sobre el valle y las águilas cerníanse por encima de los picos más elevados. Hasta el mismo *Thor* cantaba a su modo, porque mientras pasaba sobre el lodo, poco antes de sentirse inquieto por el extraño olor, había dado un extraño y profundo rugido que resonó en su vasto pecho. No era, en realidad, ni un gruñido ni un rugido, sino un ruido especial que hacía cuando estaba contento: su canción.

Por alguna razón misteriosa, en aquel día maravilloso se operó en él un cambio. Inmóvil, siguió aspirando el aire, pues sentía aumentar a cada momento su extrañeza. Lo que percibía su olfato lo intranquilizaba, sin llegar a producirle alarma. Era tan sensible a aquel nuevo y extraño olor que flotaba en el ambiente, como la delicada lengua de un niño al primero y desagradable contacto de una bebida alcohólica. Por último, surgió de su enorme pecho un gruñido apagado, que más parecía un lejano trueno. De todos aquellos dominios era él señor absoluto, y, aunque muy despacio, su cerebro llegó a la conclusión de que no debía tolerar olores que no comprendiese y de los cuales no sentíase el dueño.

Thor se enderezó lentamente sobre sus patas traseras, mostrándose en toda su enorme estatura, que pasaba de nueve pies. Sentábase como un perro amaestrado, con las patas anteriores, que tenía llenas de lodo, colgantes ante su pecho. Por espacio de diez años había vivido en aquellas montañas y nunca percibió el olor que ahora impresionaba su olfato. Instintivamente desconfiaba de él. Esperó la aparición del que lo producía, pues el olor se iba acentuando, pero no trató de ocultarse, sino que continuó inmóvil, sin sentir el menor miedo.

Thor, el oso gris, era un monstruo por lo que se refiere a su tamaño: tenía una corpulencia verdaderamente enorme, y su pelaje, renovado poco antes, brillaba al sol con tono dorado oscuro. Sus patas anteriores eran, por lo menos, tan gruesas como el cuerpo de un hombre; las tres mayores de sus cinco garras, semejantes a cuchillos, medían cerca de trece centímetros de largo, y en el lodo sus pies habían dejado huellas que medían treinta y ocho centímetros de uno a otro extremo. Estaba gordo, robusto, tenía el pelo brillante, y era esbelto y poderoso. Sus ojos, no mayores que pequeñas nueces, estaban a veinte centímetros uno de otro. Los dos colmillos superiores, tan agudos como puntas de estilete, eran tan largos como el dedo pulgar de un hombre, y con sus poderosas y grandes mandíbulas podía destrozar fácilmente el cuello de un reno.

La vida de *Thor* había estado siempre libre de la presencia del hombre, y no tenía

nada de desagradable. Como muchos osos grises, no mataba por el placer de matar. De un rebaño de renos se apoderaba de una sola pieza y luego se la comía hasta el tuétano del último hueso. Era un soberano amante de la paz. Tenía una ley: "¡Dejadme solo!", y la expresión, aunque inconsciente, de esta ley se advertía en su actitud mientras, sentado sobre sus ancas, husmeaba el extraño olor.

En su fuerza maciza, en su soledad y en su supremacía, el gran oso era como las montañas, que no conocían rival ni en los valles ni en las alturas. Como las montañas, su raza dominaba allí desde infinitas generaciones; era parte de ellas mismas. La historia de su raza había comenzado y estaba muriendo entre ellas, y en muchas cosas eran semejantes los dos. Hasta aquel día no podía recordar que cosa alguna se hubiera opuesto a su poderío y a su derecho, a excepción de los individuos de su propia raza, y con semejantes rivales había combatido noblemente y a muerte muchas veces. Dispuesto estaba a pelear de nuevo para afirmar su soberanía, que consideraba como absoluta en todas aquellas montañas. Y hasta que fuera vencido por otro más fuerte, él era el dominador, el árbitro y el déspota si se le antojaba. Era el señor de los ricos valles y de las verdes pendientes y de todos los seres vivientes que lo rodeaban. Abiertamente había ganado y conservado tal dominio, sin valerse de añagazas ni traiciones. Era odiado y temido, pero él, en cambio, no sentía odio ni temor contra nada ni por nadie, y era bueno a su modo. Por consiguiente, esperaba tranquilo aquella extraña cosa que venía hacia él por el valle.

Mientras estaba sentado sobre sus ancas, interrogando al aire con su oscuro y agudo hocico, algo, en su interior, retrocedió hacia desvanecidos y extintos antepasados. Él mismo nunca había sentido aquel extraño olor y, sin embargo, no le parecía nuevo en absoluto. Mas, por mucho que se esforzaba, no lograba identificarlo y mucho menos imaginar la figura del ser que lo despedía. No obstante, se daba cuenta de que representaba una amenaza y un peligro.

Por espacio de diez minutos permaneció sentado sobre sus ancas, inmóvil como una estatua. Luego el viento cambió de dirección, el alarmante olor se debilitó gradualmente y, por fin, desapareció por completo.

Thor enderezó algo sus planas orejas; volvió lentamente la cabeza, de manera que su mirada recorrió la meseta en que se hallaba y la suave vertiente que ante los ojos tenía. Fácilmente olvidó el olor que había alarmado su instinto, dejó caer sus patas delanteras al suelo y aspiró nuevamente el aire con atención, observando que de nuevo era suave y puro como de costumbre. Y ya tranquilo, reanudó sus pesquisas en busca de topes.

En tal caza encontraba un poco de diversión, y no le animaba a ella el deseo de satisfacer el apetito. *Thor* pesaba más de quinientos kilogramos y un topo sólo tiene quince centímetros de largo y pesa seis onzas. Sin embargo, *Thor* excavaba enérgicamente por espacio de una hora, y si después de tanto esfuerzo lograba

tragarse un topo de regular tamaño, que comparado con el era una píldora, sentíase satisfecho; era un bombón, una golosina, en busca de la cual empleaba tal vez la tercera parte de sus excavaciones durante la primavera y el verano.

Encontró una topera situada a su gusto, y con sus patas delanteras empezó a excavar como lo hace un mastín en busca de una rata. Estaba en lo alto de la pendiente que conducía al valle. Una o dos veces, durante la media hora siguiente, levantó la cabeza, interrumpiendo su tarea, pero ya no fue nuevamente molestado por el extraño olor que le llevara el viento poco antes.

Capítulo 2 - Langdon

A un kilómetro y medio más abajo, en el valle, Jim Langdon detuvo su caballo en el sitio en que el bosque de pinos y bálsamos se aclaraba y frente al que empezaba una garganta. La belleza relativa del desfiladero le arrancó una ligera exclamación de contento; sin dejar de mirar, levantó su pierna derecha hasta que su rodilla descansó cómodamente sobre la perilla de la silla do montar, y esperó.

A doscientos o trescientos metros atrás, todavía en la espesura del bosque, Otto trataba de dominar a *Dispham*, una contumaz yegua de carga. Langdon sonrió complacido al oír las vociferaciones de su compañero, que amenazaba a la yegua con todas las formas de tortura conocidas, desde abrirle el vientre en canal hasta el medio más misericordioso de romperle la cabeza de un estacazo. Langdon sonrió divertido, porque el terrible vocabulario descriptivo de Otto al amenazar a las bestias de carga era una de las cosas que más gracia le hacían, pues le constaba que aun en el caso de que los caballos se pusieran a hacer el loco y a dar saltos de carnero, el bondadoso Bruce Otto, a pesar de su imponente estatura, no haría más que proferir amenazas terribles, capaces de erizar de terror el cabello del más valiente; pero toda su ira se quedaba en palabras, porque nadie trataba a los caballos con más cariño que él.

Uno tras otro, los seis potros que llevaban los efectos de los cazadores iban saliendo del bosque y avanzaron por el camino; tras ellos apareció el montañés. Éste parecía acurrucado sobre la silla, como un muelle espiral algo oprimido, actitud adoptada durante toda su vida de montaraz, a causa principalmente de la dificultad que tenía en acomodar convenientemente su enorme cuerpo, de un metro ochenta y cinco, sobre el lomo de un caballo.

Al verlo, Langdon desmontó y volvió los ojos hacia el valle. La espesa y rubia barba que le cubría el rostro no acababa de ocultar su tez, curtida a causa de la continua exposición a las variaciones atmosféricas de los países montañosos; llevaba la camisa abierta, dejando al descubierto parte del pecho y mostrando un cuello oscurecido por el sol y por el viento; sus ojos eran de un azul gris, agudos y penetrantes, y a la sazón examinaban la intensidad que tenían ante ellos con la alegre y penetrante atención de un cazador y aventurero.

Langdon tenía treinta y cinco años. Había pasado una parte de su vida en regiones desiertas y el resto de su existencia lo empleó en escribir acerca de las cosas observadas. Su compañero tenía cinco años menos, pero le aventajaba, en cambio, en estatura, pues medía quince centímetros más que él. El caso era que Bruce dudaba de que esos centímetros de mayor altura mereciesen el calificativo de ventaja. "Y lo peor de todo —solía decir— es que todavía no he terminado de crecer."

Descabalgó a su vez y Langdon señaló el panorama que había ante ellos, preguntando:

—¿Has visto algo más hermoso que esto?

—¡Magnífico país! —convino Bruce—. Y también un excelente lugar para acampar, Jim. En esas montañas hay, sin duda, renos y osos. Y necesitamos carne fresca. ¿Quieres darme un fósforo?

Habían adquirido la costumbre de encender ambos sus respectivas pipas con un solo fósforo si era posible. Llevaron a cabo esta ceremonia, en tanto que silenciosamente examinaban la situación. Mientras aspiraban la primera bocanada de humo de su pipa, Langdon señaló hacia el bosque del que acababan de salir.

—¡Magnífico lugar para nuestra tienda! —dijo—. Madera seca, agua corriente y los mejores bálsamos de ramas tiernas que hemos encontrado en dos semanas. Podemos alojar los caballos en el pequeño claro del bosque que encontramos a doscientos metros de aquí. Vi que había mucha hierba para pasto. Son las tres —añadió mirando su reloj—. Podríamos continuar, pero ¿qué te parece? ¿Quieres que nos quedemos aquí por uno o dos días hasta ver qué hay en este paraje?

—Me parece bien —contestó Bruce.

Se sentó mientras hablaba, adosando la espalda a una piedra. Luego apoyó sobre las rodillas, que había encogido, un antejo de cobre, bastante largo. Langdon descolgó de la silla unos gemelos franceses. El antejo de Bruce era una reliquia de la Guerra Civil. Los dos hombres, con las espaldas apoyadas en la roca, estuvieron examinando con la mayor atención las vertientes de las montañas y los verdes declives que se ofrecían a sus ojos.

Estaban en el país de la caza mayor y en lo que Langdon llamaba "lo desconocido", pues, a juzgar por los datos y observaciones que los dos hombres habían recogido, ningún blanco había pisado todavía aquellos lugares ni los había precedido en su visita a aquellos terrenos. Era una región cerrada por enormes cadenas de montañas, y para llegar allí habíales sido preciso emplear veinte días para recorrer cosa de ciento cincuenta kilómetros entre las mayores penalidades y trabajos.

Aquella misma tarde habían cruzado la cima del Great Divide, monte que corría en dirección este-oeste y en aquel momento los dos cazadores, gracias a sus anteojos podían contemplar las primeras vertientes verdosas y los maravillosos picos de las montañas Firepan. Hacia el Norte, dirección que hasta entonces habían venido siguiendo, estaba el río Skeena; al Oeste y al Sur se extendía la cordillera Babine y algunas corrientes de agua; hacia el Este, sobre el Divide, estaba Driftwood, y más al Este todavía estaba la cordillera Ominica y las corrientes tributarias del Finley.

Mientras Langdon miraba a través de los gemelos, díjose que había llegado al sitio tan deseado por los dos. Durante dos meses habíanse esforzado en alejarse de los caminos de los hombres y por último lo lograron. Allí no había cazadores ni buscadores de oro. El valle que se extendía ante ellos parecía lleno de promesas halagüeñas, y en tanto Langdon examinaba el panorama que tenía delante, su misterio

y la maravilla de su belleza llenaban su corazón de la profunda alegría que solamente pueden comprender hombres como él. Para su compañero y camarada, Bruce Otto, con el cual había hecho cinco viajes a las tierras del Norte, todas las montañas y valles se parecían; había nacido entre ellos y entre ellos vivió siempre, siendo muy probable que también muriera allí.

De pronto, Bruce dio un violento codazo a Langdon.

—Estoy viendo cruzar a tres renos un vado a cosa de dos kilómetros de aquí, hacia la parte superior del valle —dijo sin separar el antejo de su vista.

—Pues yo veo una cabra montés y su cabritillo en esa fisura negra de la primera montaña hacia la derecha —replicó Langdon—. ¡Calla! Hay un macho cabrío que la está vigilando desde una escarpada roca que se halla a trescientos metros más arriba. Te aseguro, Bruce, que hemos dado con un verdadero Paraíso.

—Así parece —asintió Bruce encogiendo más las piernas para gozar de mejor apoyo para su antejo—. Sí por ahí no hay abundancia de cabras y de osos, confieso que será la más grande equivocación de mi vida.

Durante cinco minutos estuvieron examinando la región sin cruzar palabra alguna. A su espalda, los caballos pacían hambrientos la abundante y rica hierba. En sus oídos resonaba el murmullo de las numerosas corrientes de agua que resbalaban por las montañas, y el valle entero parecía dormido en un mar de luz solar. A Langdon le encantaba la inmensa tranquilidad que se advertía en todas las cosas y el sopor en que parecía sumida la Naturaleza entera. El valle era como un gato satisfecho y feliz, y los suaves sonidos que llegaban a los oídos de los hombres formando un ligero zumbido, eran el ronquido de satisfacción de aquel imaginario felino. Langdon enfocaba mejor sus anteojos para observar al macho cabrío que vigilaba desde su roca, cuando Otto habló de nuevo:

—¡Estoy viendo un oso gris tan grande como una casa!

Bruce no perdía nunca la ecuanimidad, a no ser cuando peleaba con sus bestias de carga, de manera que, aunque tuviese que dar noticias tan interesantes como ésta, las expresaba con la misma tranquilidad que si se tratara de unas violetas.

—¿Dónde? —preguntó Langdon dando un salto.

Y con todos los nervios en tensión se inclinó para observar el campo que dominaba el antejo de su compañero.

—Mira ese declive en la segunda protuberancia, precisamente detrás de esa cortadura —contestó Bruce con un ojo cerrado y el otro aplicado al ocular de su instrumento—. Está a la mitad aproximadamente, tal vez ocupado en hallar la madriguera de un topo.

Langdon enfocó sus gemelos y un momento después profirió una exclamación de entusiasmo.

—¿Lo ves? —le preguntó Bruce.

—Gracias a los gemelos, como si estuviera a tres metros de mis narices —contestó Langdon—. Te aseguro, Bruce, que éste es el oso más grande que existe en las Montañas Rocosas.

—Por lo menos su hermano gemelo —contestó el otro sin mover un solo músculo—. Sobrepasa por lo menos en treinta centímetros al mayor que cazamos, que medía dos metros cuarenta, Jimmy. Y —añadió echando mano al bolsillo y sacando un poco de tabaco negro que se metió en la boca para mascar, sin apartar la mirada del antejo— el viento sopla a nuestro favor y el animal está tan ocupado que no puede de ningún modo descubrirnos.

Otto se enderezó y se puso en pie, siendo imitado por Langdon, que lo hizo de un salto. Estaban tan compenetrados que en semejantes situaciones no tenían necesidad de hablar para ponerse de acuerdo. Llevaron los ocho caballos al bosque y los ataron a los troncos de los árboles; sacaron sus rifles de las fundas de cuero y los dos metieron cuidadosamente algunos cartuchos más en la recámara de sus armas. Luego, por espacio de un par de minutos, los dos estudiaron, a simple vista, el declive ocupado por el oso.

—Podríamos acercarnos subiendo por ese desfiladero —sugirió Langdon.

—Desde el punto más inmediato al oso que podemos alcanzar —observó Bruce—, por lo menos habrá una distancia de trescientos metros. No podremos acercarnos más. Nos descubriría con el olfato si nos situásemos debajo de donde se halla. Si fuese un par de horas más temprano...

—Subiríamos a lo alto de la montaña y nos echaríamos sobre él desde arriba —exclamó Langdon riendo—. Te aseguro, Bruce, que eres el hombre más tonto que he visto en mi vida, cuando se trata de subir montañas. Serías capaz de hacer la ascensión del Hardesty o del Geikie, para disparar a una cabra desde arriba, aunque pudieras tirar cómodamente desde abajo, sin la más pequeña molestia. Por fortuna, es tarde para eso. Podemos alcanzar al oso desde esta garganta.

—Puede ser —contestó Bruce, echando a andar. Su compañero lo imitó.

Marcharon abiertamente por los verdes y floridos prados que tenían delante, pues, hasta que llegaran a medio kilómetro de distancia del oso, no había el menor peligro de que éste los viese. El viento había cambiado ligeramente y casi lo recibían de cara. Su paso rápido se convirtió en trote y se acercaron a la vertiente de la montaña, de tal manera que durante quince minutos una roca les ocultó al oso. Diez minutos más tarde llegaron al desfiladero, el cual era rocoso y mostraba claramente haber sido abierto por las aguas del deshielo de las nieves en las cumbres. Allí los dos hombres observaron con el mayor cuidado.

El enorme oso gris se hallaba quizá a seiscientos metros de altura sobre el lugar en que se encontraban los cazadores, y a cerca de trescientos del punto más cercano que podía alcanzarse desde el desfiladero.

Bruce habló en voz muy baja, diciendo:

—Ve tú a disparar contra él, Jimmy. Si no le das, o si lo hieres levemente, el oso hará una de estas tres cosas: tratar de averiguar quién eres, alejarse montaña arriba, o bajar al valle siguiendo este camino. No podemos impedir que huya hacia arriba; pero si quiere perseguirte, baja a mi encuentro, que yo espero aquí. ¡Buena suerte!

Dichas estas palabras, se acurrucó detrás de una roca, desde donde podía observar los movimientos del oso, y Langdon empezó a subir silenciosamente hacia el rocoso desfiladero.

Capítulo 3 - Thor

De entre todos los seres de aquel tranquilo valle, *Thor* era el más ocupado. Era un oso del que podría decirse que estaba dotado de individualidad. Como mucha gente, se retiraba temprano a dormir. En octubre empezaba a estar soñoliento, y en noviembre se entregaba a su sueño invernal. Dormía hasta abril, y generalmente permanecía aletargado una semana o diez días más que otros osos. Era un buen dormilón, pero cuando despertaba no había otro menos soñoliento que él. Durante los meses de abril y mayo se permitía dormitar bastante al calor de una roca bañada por el sol, pero desde el principio de junio hasta mediados de septiembre solamente cerraba sus ojos durante un corto sueño de cuatro horas por cada doce.

Cuando Langdon empezó a subir para acercarse a él, estaba muy ocupado. Había logrado poner al descubierto el topo, que resultó ser un animal gordo, que engulló de un solo bocado, y ahora estaba terminando su festín diario con algún pulgón y unas acidas hormigas que descubría haciendo rodar con su pata las piedras bajo las cuales se ocultaban.

En busca de estos manjares, *Thor* usaba su pata derecha para apartar las piedras. Hay que advertir que noventa y nueve osos de cada cien, o mejor, ciento noventa y nueve de cada doscientos, son zurdos, pero *Thor* era una excepción. Esto le daba enorme ventaja para cazar y pescar y hasta para partir la carne, porque la pata derecha de un oso es mucho más larga que la izquierda, hasta el punto de que si perdiera su sexto sentido, el de la orientación, no haría más que describir círculos constantemente.

Thor, en sus pesquisas, se dirigía lentamente hacia el desfiladero. Su enorme cabeza estaba muy cerca del suelo y a cortas distancias su vista era casi microscópica por lo aguda; en cuanto a su olfato, era tan sensible que podía cazar una hormiga con los ojos cerrados.

Prefería las rocas planas. Su pata derecha, provista de largas uñas, era casi tan hábil como la mano de un hombre. Una vez levantada la piedra, una o dos aspiraciones con la nariz y un lametón de su cálida y aplanada lengua le bastaban para apoderarse de las hormigas que hubiese, e inmediatamente se dirigía a la piedra contigua.

Llevaba a cabo esta tarea con la mayor seriedad del mundo, como pudiera haberlo hecho un elefante en busca de cacahuets escondidos en una bala de heno. No la tomaba a pasatiempo ni a broma, y la misma Naturaleza no había pretendido nunca que semejante ocupación careciese de importancia. El tiempo de *Thor* era más o menos valioso, y durante el curso del verano absorbía muchos centenares de miles de hormigas ácidas, dulces pulgones y varios jugosos insectos de distintas clases, sin contar una cantidad numerosa de topos y de conejos de las rocas, especie ésta que era

más pequeña que la del bosque. Todas estas diminutas presas contribuían, sin embargo, a formar las grandes cantidades de grasa que el oso necesitaba acumular para aquella "consunción absorbente" que lo mantenía vivo durante su largo letargo invernal. Por eso la Naturaleza había dado a sus ojuelos pardo-verdosos un gran poder microscópico, haciéndolos infalibles a la distancia de uno o dos metros y, en cambio, casi completamente inútiles a la de un kilómetro.

Cuando se disponía a volver del otro lado una piedra, *Thor* se detuvo en tan importante operación. Por espacio de un minuto permaneció quieto; luego balanceó lentamente la cabeza y acercó el hocico al suelo. Muy débilmente había sorprendido un agradable olor; era tan tenue que temió perderlo si se movía. Así, pues, permaneció inmóvil hasta que estuvo seguro de él; luego movió su enorme lomo y descendió dos metros por la pendiente, balanceando la cabeza a derecha e izquierda, olfateando al mismo tiempo. El olor se acentuaba por momentos, y dos metros más allá lo percibió muy fuerte debajo de una gran roca que pesaba tal vez doscientas libras; pero *Thor* la echó a un lado con la pata derecha como si fuera una piedrecilla.

Instantáneamente se oyó un extraño murmullo de protesta y un conejillo de piel listada salió disparado, precisamente en el mismo instante en que la mano izquierda de *Thor* se desplomaba con fuerza capaz de romper el cuello de un reno.

No era el olor del conejo, sino el de las buenas cosas que éste tenía almacenadas debajo de la roca lo que atrajo a *Thor*. Y este botín estaba aún en el mismo sitio: un par de kilos de frutos semejantes a nueces por el tamaño, cuidadosamente dispuestos en un hueco tapizado con musgo. Se parecían a diminutas patatas, del tamaño de cerezas, y eran hermosos y dulces. *Thor* se los comió regodeándose de lo lindo y profiriendo, al mismo tiempo, un ronquido de satisfacción tal como lo hacía siempre que estaba contento. Luego, terminado el festín, reanudó su búsqueda.

No oyó a Langdon cuando éste se acercaba por el desfiladero y tampoco lo olfateó, porque, por desgracia suya, el viento le era contrario. Había olvidado ya el desagradable olor de hombre que lo molestara e irritara una hora antes. Era completamente feliz y sentíase de excelente humor. Estaba gordo, lustroso, lo cual explicaba su contento, porque el oso quisquilloso y amigo de pendencias siempre está flaco. El verdadero cazador los distingue apenas les echa la vista encima.

Thor continuó buscando comida, acercándose cada vez más al desfiladero. Estaba a cosa de ciento cincuenta metros de él cuando un ruido extraño lo puso instantáneamente en guardia. Langdon, en su esfuerzo por encaramarse por el lado más abrupto del talud para disparar desde más cerca, hizo que se desprendiera una piedra, que cayó rodando, arrastrando en su caída a otras que ruidosamente fueron a parar al fondo. Bruce, al oír aquello, no pudo menos de lanzar una exclamación de cólera. Vio que *Thor* sentábase sobre sus ancas, levantando el cuarto anterior, y se preguntó cómo podría tirar contra el oso, en caso de que éste se dispusiera a bajar por

la pendiente en dirección hacia él.

Durante treinta segundos el animal permaneció sentado. Luego empezó a andar hacia el desfiladero, pero sin prisa. Langdon, jadeante y maldiciendo interiormente su mala estrella, luchaba furiosamente para subir los tres metros que le faltaban hasta llegar al borde. Oyó gritar a Bruce, pero no pudo comprender qué quería avisarle. Con manos y pies se esforzaba por agarrarse a la pronunciada pendiente para subir lo más rápidamente posible el poco trecho que le quedaba.

Estaba casi en el límite de sus afanes, cuando se detuvo un momento y miró hacia arriba. El corazón le dio un salto y se quedó inmóvil por espacio de diez segundos, sin ánimo para mover pie ni mano. Exactamente encima de él, vio una monstruosa cabeza y unos gigantescos hombros. *Thor* miraba hacia abajo, hacia él, con las mandíbulas abiertas, mostrando sus terribles colmillos y los ojos encarnizados por la rabia que lo animaba.

En aquel momento la bestia vio al hombre por vez primera. Sus grandes pulmones quedaron saturados del cálido olor de su enemigo y súbitamente apartó la cabeza como si aquel olor le fuese insoportable. En cuanto a Langdon, la posición en que se hallaba y el hecho de tener el rifle casi debajo de su cuerpo no le permitían disparar. Recobró el ánimo y apresuradamente trató de subir el escaso trecho que le faltaba. Las piedras y la tierra resbalaron bajo su cuerpo y cayeron al fondo del desfiladero, dificultando su ascensión, a la que no puso fin hasta pasados sesenta segundos por lo menos.

Thor estaba ya a cosa de cien metros de distancia, alejándose con movimientos que se parecían mucho al rodar de una bola, hacia la entrada de la garganta. En aquel momento, desde el pie de la garganta, en el valle, se oyó el estampido causado por el disparo del rifle de Otto. Langdon se acurrucó en seguida, levantando su rodilla izquierda para apoyar bien el cuerpo, y, a la distancia de ciento cincuenta metros del oso, empezó a disparar.

Algunas veces ocurre que en una hora —o en un minuto— cambia el destino de un hombre; y los diez segundos que transcurrieron rápidamente desde el primer tiro disparado por Bruce transformaron a *Thor*. Habíase saturado del olor del hombre. Lo vio luego. Y ahora lo sintió.

Fue como si una de las chispas eléctricas que a veces había visto atravesar el negro cielo hubiese caído sobre él, penetrando en su carne como un cuchillo candente; y juntamente con aquella abrasadora sensación de dolor llegó el estampido de los rifles. El oso se alejaba, ascendiendo la pendiente, cuando la bala lo hirió en una pata delantera junto al hombro, atravesando su gruesa piel y abriendo un agujero en su carne, pero sin interesar el hueso. A doscientos metros de la garganta sintió la primera herida, pero a cien metros más allá fue nuevamente herido, y esta vez en el flanco.

Ninguno de los dos disparos conmovió su enorme masa, y veinte tiros seguidos no lo habrían derribado, pero el segundo disparo lo obligó a detenerse y se volvió dando un rugido de rabia, semejante al bramido de un toro furioso; un grito profundo, preñado de amenazas y de cólera que debió de oírse en el valle, trescientos metros más abajo.

Bruce lo oyó cuando disparaba por sexta vez a setecientos metros, a cuya distancia la bala carecía de fuerza. En cuanto a Langdon, cargaba nuevamente su arma. Durante quince segundos, *Thor* se ofreció abiertamente a sus enemigos, desafiándolos, aunque no podía verlos. Luego, al séptimo disparo de Langdon, un latigazo de fuego cruzó sus espaldas y, sintiendo un extraño temor hacia aquel relámpago que no podía combatir, *Thor* continuó la ascensión. Oyó otros disparos que le parecieron un nuevo género de truenos. Pero no fue herido más. Penosamente, empezó a descender al próximo valle.

El animal sabíase herido, pero no podía comprender cómo. En el descenso, se detuvo por unos momentos y se formó un pequeño charco de sangre en el suelo, bajo su pata anterior. La olió extrañado, receloso y admirado de ella.

Torció hacia el Este y poco después llegó nuevamente a su nariz el olor del hombre. Llevábaselo el viento y, a pesar de que necesitaba echarse y curar sus heridas, apresuró la marcha, porque había aprendido una cosa que jamás olvidaría: que el olor del hombre y sus heridas habían llegado al mismo tiempo.

Al llegar al valle se ocultó en el bosque. Lo cruzó y se dirigió a un arroyo que conocía muy bien, pues tal vez lo había cruzado un centenar de veces. Era el camino principal que iba de una a otra montaña.

Instintivamente tomaba aquel camino cuando estaba herido o sentíase enfermo y también cuando iba a entregarse al sueño invernal. Había para ello una razón muy poderosa: la de que nació en la casi impenetrable espesura que había al comienzo del arroyo y su niñez transcurrió entre sus groselleros silvestres. Aquello era su casa y allí estaba solo. Era una parte de sus dominios que mantenía libre de la presencia de todos los demás osos. Toleraba a alguno de éstos, ya fuese negro o gris, en las soleadas y dilatadas vertientes de la montaña, con tal de que se alejasen en cuanto él se acercaba. Podían buscar allí comida, dormitar en los puntos calentados por el sol y vivir tranquilos y en paz si no se atrevían a desafiar su soberanía.

Así, pues, *Thor* no echaba a nadie de sus montañas, excepto cuando se trataba de demostrar que él era en ellas dueño y señor. Esto ocurría a veces, y entonces la demostración de su señorío duplicaba la lucha con el invasor. Y después de la pelea, *Thor* se dirigía siempre a aquel mismo valle y subía por el mismo arroyo para ir a curar sus heridas.

Aquel día recorrió este camino más despacio que en otras ocasiones, porque le dolía horriblemente la pata. A veces sentía tales pinchazos que se le doblaba la pata y

tropezaba. En varias ocasiones vadeó algunos remansos del arroyo, hundiendo el cuerpo en el agua cuanto le era posible con objeto de que el líquido corriese por encima de sus heridas. Gradualmente cesaba la hemorragia, pero el dolor era cada vez más fuerte.

El mejor remedio de *Thor*, en tal situación, era revolcarse sobre la arcilla húmeda. Ésta era la segunda razón de que tomase siempre el mismo camino cuando sentíase enfermo o herido. Iba a darse un revolcón sobre la húmeda arcilla, pues ésta, en realidad, era su medicina.

Antes de que llegase a la arcilla, el sol se ocultaba ya. *Thor* llevaba las mandíbulas ligeramente abiertas y la cabeza más inclinada que de costumbre. Había perdido gran cantidad de sangre, estaba cansado y la pata le dolía de tal manera que sentía tentaciones de arrancarse con los dientes el extraño fuego que lo torturaba.

Llegó, por último, al espacio cubierto de arcilla húmeda, que medía unos diez metros de diámetro y en el centro tenía una depresión en la que había un poco de agua. Era una arcilla suave, fría, dorada; *Thor* se echó sobre ella con el mayor afán. Luego se revolcó suavemente, para poner su herida en contacto con la fresca tierra, y, al hacerlo, sintió enorme alivio. La arcilla cubrió la herida y el animal dio un suspiro de satisfacción. Durante largo rato estuvo echado sobre el blando lecho arcilloso mientras el sol se ocultaba y llegaba la noche cuajada de estrellas. Y *Thor* permaneció en el mismo sitio, curándose aquella primera herida causada por el hombre.

Capítulo 4 - Plan de caza

Después de cenar, estaban Otto y Langdon sentados en su campamento del bosque, fumando tranquilamente en pipa, mientras una hoguera se consumía a sus pies. El aire nocturno en aquellas alturas es frío, y Bruce, sintiéndose penetrado por el fresco, se levantó para arrojar a la fogata una nueva brazada de combustible. Luego sentose de nuevo, apoyó la espalda en el tronco de un árbol y sonrió burlón mirando a su compañero.

—Ya te he explicado varias veces —exclamó Langdon— que yo estaba en una situación muy desventajosa.

—Especialmente cuando el oso te miró con alguna insistencia —observó Bruce con cierta ironía—. Ten presente, Jimmy, que a tan poca distancia podrías haberlo matado de una pedrada.

—Ya sabes que entonces tenía el rifle debajo —explicó Langdon por vigésima vez.

—Que es el sitio menos apropiado para un rifle cuando se va a cazar un oso —observó tranquilamente Bruce.

—La pendiente era muy pronunciada y me vi obligado a subir ayudándome con las manos. Y tentado estuve de ayudarme también con los dientes —añadió bromeando.

Langdon llenó de tabaco nuevamente su pipa y añadió:

—Te aseguro, Bruce, que es el oso más grande de cuantos vi en mi vida.

—Su piel sería una magnífica alfombra para tu casa, Jimmy, de no haberse dado la maldita circunstancia de que el rifle estuviera en aquel momento en un sitio en que no debió estar.

—Pues no me doy por vencido; te juro que me llevaré su piel a casa —declaró Langdon—. Estoy decidido a no cejar. Acamparemos aquí y me apoderaré de ese oso aunque tenga que pasarme todo el verano en el empeño. Prefiero éste solo que una docena de sus compañeros de esta región. Lo menos mide dos metros setenta de alto. Tiene una cabeza enorme y el pelo de su lomo tal vez llegue a diez centímetros. Lo seguro es que lo herimos, y si tenemos un poco de suerte lo cogeremos.

—Es posible —contestó Bruce—, pero habremos de tener cuidado si nos tropezamos con él antes de dos semanas, es decir, mientras no esté curado. Si así sucede, lo mejor será que tengas entonces el riñe dispuesto para disparar.

—¿Qué te parece mi intención de acampar aquí?

—Muy bien. Hay abundancia de carne, buen césped y excelente agua. —Hizo una pausa y añadió—: El oso debe de estar muy herido, porque sangraba mucho.

—¿Crees que se alejará de estos lugares? —preguntó Langdon mientras limpiaba su rifle.

—¿Marcharse? —exclamó—. Tal vez lo haría si fuese un oso negro, pero es uno gris y el amo de esta región. Quizá durante unas semanas, receloso, se oculte un poco, pero puedes tener la seguridad de que no emigrará. Cuanto más dolorosamente se hiere a un oso gris, más rencoroso se vuelve, y esto es precisamente lo que acaba por acarrearle la muerte. Por eso, si estás empeñado en ello, creo que podremos apoderarnos de él.

—¡Claro que estoy empeñado! —exclamó Langdon—. Por lo que he podido apreciar, es el oso más grande que he visto, y deseo ardientemente poseer su piel. ¿Crees que podremos seguir su pista mañana por la mañana?

—No se trata de seguir su pista —contestó Bruce—, sino sencillamente de cazarlo. Un oso gris, después de ser herido, continúa caminando. No se alejará de esta montaña, pero tampoco se mostrará al descubierto. Metoosin llegará aquí con los perros dentro de cuatro o cinco días, y en cuanto tengamos estos auxiliares, ya verás cómo nos divertimos.

Langdon miró la hoguera por el hueco del pulimentado cañón de su arma y dijo con expresión de desconfianza:

—Hace una semana que dudo de que Metoosin pueda alcanzarnos. Hemos pasado por sitios muy abruptos.

—Ese viejo indio —contestó Bruce— sería capaz de seguir nuestro rastro aunque anduviéramos sobre peladas rocas. Estará aquí dentro de tres o cuatro días, si los perros no han sido tan estúpidos que se hayan metido con los puercos espines. Y cuando lleguen —añadió levantándose para desperezarse—, pasaremos unos días muy animados. Precisamente me figuro que en estas montañas hay muchos osos, tantos que por lo menos van a morir diez perros en una semana. ¿Te apuestas algo?

—Pues a mí no me importa más que un oso —contestó Langdon cerrando su arma— y tengo el presentimiento de que lo cazaré mañana. Tú eres aquí el más entendido en estas cosas, pero creo que el animal iba demasiado malherido para alejarse mucho.

Cerca del fuego se habían hecho dos yacijas con ramas tiernas de bálsamo, y Langdon, siguiendo el ejemplo de su compañero, empezó a extender sus mantas. Había sido aquél un día muy fatigoso, de manera que apenas se hubo tendido quedose profundamente dormido.

Al amanecer, cuando Bruce se levantó y recogió sus mantas, dormía aún. Sin despertar a su compañero, se calzó sus altas botas, y, mojándose con el abundante rocío de la alta hierba, recorrió unos doscientos metros para echar un vistazo a los caballos. Al regresar llevaba consigo a *Disphan* y los caballos de silla, encontrando levantado ya a Langdon, que se ocupaba en encender fuego.

Langdon recordaba con frecuencia que su actual género de vida fue causa de que dejara perplejos a los médicos salvándose de la muerte. Precisamente ocho años atrás

había ido al Norte por vez primera, y su estado y aspecto diferían considerablemente del actual. Su pecho era estrecho, y tenía un pulmón enfermo. "Puede usted marcharse si insiste en semejante disparate, joven —le dijo uno de los doctores—; pero va usted sencillamente en busca de la muerte." Y ahora tenía un perímetro torácico de ciento veinte centímetros y estaba tan duro y fuerte como el nudo de una rama de roble.

Los primeros tintes rosados del sol se encaramaban por las cimas de las montañas; el aire estaba saturado del suave aroma de las flores silvestres, del rocío y de todo lo que vivía, y los pulmones de Langdon aspiraron profundamente el oxígeno del tonificante perfume del bálsamo.

En sus manifestaciones de alegría por la vida libre que llevaba, era mucho más expresivo que su compañero. A veces sentía necesidad de gritar, de cantar o de silbar, pero aquella mañana, a pesar de que se habría entregado con gusto a tales expansiones, se contuvo, porque estaba poseído del ardor de la caza.

Mientras Otto ensillaba los caballos, Langdon hizo unas tortas de maíz. Había llegado a ser un experto en el arte de la panadería silvestre, como la llamaba, y su método tenía la ventaja de ahorrar tiempo y primeras materias.

Abrió uno de los pesados sacos de harina, hizo un hueco en ésta con sus dos puños cerrados, llenó en parte el hueco con agua y un poco de grasa de reno y añadió una cucharada de levadura y tres pulgaradas de sal, hecho lo cual empezó a amasar. A los cinco minutos tenía unas cuantas tortas en el hornillo de plancha de hierro, y media hora más tarde frió unas tajadas de carne de oveja y unas patatas, y las tortas quedaron perfectamente cocidas y doradas.

El sol mostraba ya su disco por oriente cuando dejaron el campamento. Atravesaron el valle y empezaron el ascenso por la vertiente de la montaña, dócilmente seguidos por los caballos de silla.

No era difícil encontrar la pista de *Thor*. Cuantas veces se había detenido para desafiar dirigiendo un rugido a sus enemigos, quedó una mancha roja en la tierra. Y a partir de entonces, hasta llegar a la cima, no tuvieron dificultad alguna en seguir el camino que les indicaban las gotas de sangre. Al descender por el lado opuesto hallaron señales evidentes de que *Thor* se había parado tres veces, y en cada una encontraron una mancha de sangre mayor.

Cruzaron el bosque y llegaron al arroyo, y allí, en una faja de arena negra, descubrieron las huellas de las patas del oso. Bruce las examinó, y Langdon profirió una exclamación de asombro. Luego, sin que cruzaran palabra alguna, este último sacó del bolsillo una cinta métrica y se arrodilló junto a una de las señales.

—¡Treinta y ocho centímetros y medio! —exclamó sin convicción.

—Mide otra —le aconsejó Bruce.

—¡Treinta y nueve! —exclamó Langdon.

—Las huellas del mayor que he visto en mi vida medían treinta y seis centímetros —observó Bruce con expresión admirativa—. Lo matamos en Atabasca, y pasaba por ser el oso gris más grande de todos los cazados en la Columbia Inglesa. Jimmy —añadió—, ¡éste le gana!

Siguieron adelante y midieron nuevamente las huellas para comprobar sus dimensiones, viendo que no había variación sensible. De vez en cuando encontraban alguna manchita de sangre y a las diez aproximadamente llegaron al terreno arcilloso, en donde se revolcara *Thor*.

—Está bastante malherido —observó Bruce en voz baja—; ha estado echado aquí toda la noche.

Movidos por el mismo impulso, los dos examinaron el camino que tenían delante. Medio kilómetro más lejos, las montañas se aproximaban y formaban una oscura y tenebrosa garganta.

—Estaba bastante mal —dijo Bruce—. Tal vez haríamos mejor dejando aquí los caballos y avanzando solos. Es posible... que esté ahí dentro.

Ataron los caballos a unos cedros enanos y libraron a *Disphan* de su carga. Luego, con los rifles preparados, y los ojos y los oídos alerta, avanzaron cautelosamente hacia la oscura garganta.

Capítulo V - Muskwa

Thor había emprendido la marcha por la garganta a la primera luz de la aurora. Al levantarse de su lecho de arcilla se sintió envarado, pero el fuego y el dolor de su herida se habían calmado extraordinariamente. Aún le dolía, pero no tan fuerte como la tarde anterior. La molestia experimentaba no procedía solamente de la pata, era general. Estaba enfermo, y andaba por el desfiladero despacio, lánguidamente. A pesar de ser un infatigable buscador de comida, no pensaba ahora en ella, pues no tenía hambre ni recordaba que hubiese nada que comer.

De vez en cuando daba algunos lengüetazos en el agua fría del arroyo y, con mayor frecuencia todavía, volvíase para olfatear el aire. Conocía ya el olor del hombre, el extraño trueno que producía y el inexplicable rayo con que le hería luego. Toda la noche había estado en guardia y ahora cuidaba mucho de su seguridad.

Thor no conocía un remedio determinado para todas las heridas. No tenía, como es natural, la menor noción de botánica, pero al crearlo, la Providencia lo hizo médico de sí mismo. Así como un gato come instintivamente valeriana para curarse, de la misma manera *Thor* buscaba ciertas hierbas cuando no se encontraba bien. Todo lo que es amargo no es quinina, pero sin duda, algunas hierbas muy amargas eran remedios convenientes para el animal, y a medida que marchaba a lo largo de la garganta, husmeaba el suelo con la mayor atención y cuantas matas y arbustos hallaba al paso.

Llegó a un lugar en donde halló una planta de cinco centímetros de altura que produce unas bayas rojas parecidas, por su tamaño, a guisantes. Pero a la sazón, estas bayas estaban verdes, amargas como agallas y contenían un fuerte astringente. *Thor* se las comió, porque el instinto se lo ordenaba.

Después de esto encontró otras semejantes a grosellas, que se estaban poniendo rojas. Los indios se las comen cuando tienen fiebre y *Thor* hizo lo mismo, encontrando que también eran amargas.

Olía los árboles que encontraba, hasta que al fin halló el que buscaba. Era un pino, por cuyo tronco corría la savia fresca, que les gustaba a los osos de un modo extraordinario, pues para ellos es un tónico de primer orden. *Thor* lamió la savia y de esta manera no solamente absorbió trementina, sino otras muchas substancias que la farmacopea aprovecha de ella.

Mientras tanto llegó al extremo opuesto de la garganta. El estómago de *Thor* estaba casi lleno de medicamentos. Entre otras cosas había comido gran cantidad de agujas de pino. Cuando un perro está enfermo come hierba, pero si un oso está indispuerto traga tantas agujas de pino como puede hallar. También se llena de ellas el estómago y los intestinos antes de aletargarse durante el invierno.

El sol no estaba muy alto aún en el cielo cuando *Thor* llegó al extremo del

desfiladero. El oso se detuvo unos momentos en la boca de una cueva, abierta en la montaña. Imposible sería decir hasta dónde retrocedió su memoria, pero en todo el mundo conocido por él, no tenía más casa que aquella cueva. Tenía unos dos metros cuarenta centímetros de altura y el doble de ancho, pero su profundidad era mucho mayor. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de arena fina. En algún tiempo remoto debió de manar de aquella caverna una pequeña corriente de agua y el extremo interior de la cueva constituía un excelente dormitorio para un oso aletargado, cuando la temperatura exterior llegaba a cincuenta grados bajo cero.

Diez años atrás, la madre de *Thor* se metió allí para dormir su sueño invernal, y cuando asomó la cabeza al exterior para observar los primeros avances de la primavera, la acompañaban tres oseznos. *Thor* era uno de ellos. Estaba todavía casi ciego, porque los cachorros de oso gris no pueden ver durante las cinco primeras semanas de su vida, y no cubría su cuerpo aún abundante pelo, porque estos animales nacen tan desnudos como los seres humanos. El pelo les empieza a crecer precisamente cuando abren los ojos. Desde entonces, *Thor* había dormido ocho veces en aquella caverna.

Ahora necesitaba entrar en ella y descansar en el fondo, hasta que se encontrase mejor. Durante tres minutos vaciló, oliendo atentamente la entrada de su cueva y olfateando también el viento que llegaba por la garganta. Algo le advirtió que podía estar tranquilo y avanzar.

Hacia el Oeste había una pendiente que llegaba desde la garganta hasta la cima, y *Thor* subió por ella. El sol estaba ya alto cuando alcanzó la parte superior. Durante unos minutos descansó, mirando hacia abajo, hacia la otra mitad de su dominio.

Era mucho más hermoso aquel valle que el visitado por Langdon y Bruce algunas horas antes. Desde una a otra montaña habría unos tres kilómetros y en la dirección opuesta se desarrollaba un magnífico panorama de tonos oro, verde y negro. Desde donde *Thor* miraba, parecía un inmenso parque. Las pendientes cubiertas de verde llegaban casi a las cimas de las montañas y en estas pendientes estaban diseminados los pinos y abetos con tanta regularidad como si hubieran sido plantados por la mano del hombre. Algunos de los grupos de árboles no parecían mayores que los bosquecillos de un parque urbano, en tanto que otros cubrían varias hectáreas; además, al pie de ambas montañas, como franjas decorativas, había delgadas y continuas líneas de matorrales y entre estas dos fecundas laderas se extendía el valle, salpicado de florecillas rojas, rosadas, amarillas y blancas. También había algunos árboles y la pradera atravesaba un arroyo de frescas aguas.

Thor descendió cosa de cuatrocientos metros desde el lugar en que se hallaba y luego se volvió hacia el Norte, a lo largo de la vertiente, de manera que iba de uno a otro bosquecillo de árboles, paralelamente de la franja de matorrales. A semejante altura, situada entre la cima de la montaña, era donde, entre piedras y rocas sueltas, se

dedicaba a la caza menor.

Las marmotas, gordas y perezosas, empezaban a salir de sus madrigueras para echarse sobre las piedras a tomar el sol. Sus largos y suaves silbidos eran agradables al confundirse con el zumbido producido por todos los ruidos lejanos y llenaban el aire de musical cadencia. A veces silbaba una con mayor fuerza, para avisar a sus compañeras, y luego se apresuraba a escapar cuando pasaba el oso gris, y por unos momentos cesaban todos los silbidos que antes animaran el valle.

Pero *Thor* no prestaba la menor atención a la caza aquella mañana. Dos veces encontró puercos espines, la mayor golosina para él, y pasó por su lado como si no los viera; el cálido y agradable olor de reno llegó a él desde un macizo de arbustos, pero no se acercó para investigar; de una fisura estrecha y oscura como un pozo, llegó a él el olor característico de un tejón, pero lo desdeñó. Durante dos horas siguió andando, sin detenerse, hacia el Norte, por la falda de la montaña, hasta llegar a un arroyo.

La arcilla adherida a su pata empezaba a secarse y nuevamente se metió en el agua y estuvo bañándose durante varios minutos. La corriente arrastró consigo la mayor parte de la arcilla. Luego, durante dos horas, *Thor* siguió el curso del agua, bebiendo con frecuencia. Seis horas después de haber salido de su baño de arcilla, obró el *sapoos oowin*. Todos los frutos, hierbas y substancias que ingiriera y el agua que bebió se mezclaron en su estómago formando una poción medicinal, y *Thor* sintiose extraordinariamente mejor, tanto que, por primera vez, se volvió para rugir en la dirección en que dejara a sus enemigos. La pata le dolía aún, pero la enfermedad había desaparecido.

Durante muchos minutos después de que el *sapoos oowin* produjera su efecto, permaneció inmóvil y gruñó algunas veces, pero aquel gruñido que surgía ronco de su pecho tenía ahora un nuevo significado. Hasta entonces *Thor* no había conocido el odio verdadero. Muchas veces había peleado contra otros osos, pero la rabia de la lucha no era odio. Tan aprisa como se apoderaba de él se desvanecía. A veces lamía las heridas de un vencido enemigo y sentíase satisfecho cuidándolo, pero el sentimiento que había nacido ahora en él era completamente distinto.

Con odio feroz e inexorable recordaba aquello que lo había herido. Odiaba el olor del hombre; odiaba la extraña cosa de cara blanca que viera encaramarse por la pared de la garganta, y su odio comprendía cuanto estaba asociado a ella. Era un odio instintivo, que existía ya latente en él, y que se manifestó despertando de su largo sueño, gracias a la experiencia.

Sin haber visto ni oído anteriormente a ningún hombre, sabía ya que éste era su mortal enemigo y más temible que todas las demás fieras o peligros de la montaña. Estaba dispuesto a pelear contra el oso gris más gigantesco que se pusiera ante él y a derrotar a la manada de lobos más furiosos que se le presentara. Atreveríase también

a desafiar la inundación y el fuego, pero ante el hombre no tenía más remedio que ocultarse. ¡Tenía que ocultarse! Debía estar en guardia constantemente en las llanuras y en los más altos picos, vigilando sin descanso con todos sus sentidos.

Por qué lo comprendía así y por qué advertía que aquella criatura que había penetrado en sus dominios —un pigmeo por sus proporciones— era más temible, sin embargo, que el más terrible de cuantos enemigos conociera hasta entonces, es un milagro que solamente podría explicar la Naturaleza. La mente de *Thor* recordó atávicamente las impresiones de su raza acerca del hombre. Éste se armó primero con una porra; luego con la lanza endurecida al fuego; más tarde con la flecha de punta de pedernal; valiose, después, de las trampas, y finalmente aparecía armado de rifle. A través de las edades el hombre había sido siempre el amo y señor, y tal impresión la sintieron todos los antepasados de *Thor*, llegando a éste el recuerdo subconsciente de ello.

Y *Thor* sintió cómo se despertaba en él el recuerdo y comprendió. Odiaba al hombre y en adelante odiaría cuanto oliera como él. Y con tal sentimiento se le había despertado también en él *miedo*. Si el hombre no hubiese perseguido a *Thor* y a su raza, el mundo no habría conocido al oso gris con el nombre de *Ursus Horribilis*.

El oso seguía su camino, sin dejar de husmear a un lado y a otro; su cabeza y cuello estaban inclinados hacia el suelo y sus enormes ancas se levantaban y caían con aquel movimiento peculiar de los osos, especialmente de los grises, que hace parecer que *rueden*. Sus largas garras producían ruido al golpear el suelo y su paso, que hacía rechinar la arena gruesa, dejaba profundas huellas en la fina tierra.

Aquella parte del valle tenía especial significado para *Thor*. Empezó a andar despacio y a olfatear el aire en todas direcciones. No era monógamo, pero durante muchas estaciones de celo había acudido siempre allí, en busca de su hembra, que también hacía su aparición en el mismo lugar. Solía esperarla siempre en julio y ella acudía sintiendo en su pecho salvaje deseo de maternidad.

Era una espléndida osa gris que venía de las montañas occidentales cuando llegaba la época del apareamiento. Era corpulenta y fuerte y tenía el pelaje pardo dorado, de manera que sus hijos, que lo eran también de *Thor*, podían considerarse como los más hermosos de la comarca. La madre se los llevaba nonatos y abrían los ojos, jugaban, vivían y se peleaban en las montañas del Oeste. Si más tarde el mismo *Thor* echó a sus hijos de sus cazaderos o combatió con ellos, la Naturaleza le ocultó piadosamente el hecho. *Thor* era como muchos viejos solterones; no gustaba de los pequeñuelos; toleraba un osezno, pero si se atrevían a acercarse mucho, los despedía con un suave manotazo suficiente para mandarlos rodando a gran distancia, como pelotas de trapo.

Ésta era su única expresión de disgusto cuando una hembra invadía sus posesiones acompañada de sus pequeñuelos. Por lo demás, no peleaba con la madre,

por muy imprudentes que se mostrasen, y hasta si los encontraba comiéndose alguna pieza muerta por él, se contentaba con darles un sopapo.

Estas explicaciones son necesarias para comprender cuál sería el disgusto de *Thor* cuando percibió cierto olor, al dar la vuelta a unas rocas. Detúvose, dio un gruñido y entonces vio que a dos metros de distancia, aplastado contra el suelo, temblando de miedo, estaba un osezo abandonado. Seguramente no tenía más de tres meses, es decir, que debía de haber estado en compañía de su madre, y su cara de color pardo y una mancha blanca que tenía en el pecho lo señalaba como perteneciente a la familia de los osos negros y no grises.

El osezo parecía esforzarse por expresar algo semejante a: "Me he extraviado, me han abandonado o he sido robado; tengo hambre y me he clavado una espina de puerco espín en la pata"; mas, a pesar de esto, *Thor* dio un gruñido y buscó a la madre con la mirada. Pero no estaba a la vista y no pudo ni siquiera percibir su olor, lo cual le hizo volver la cabeza hacia el cachorro.

Muskwa —así lo habría llamado un indio— se arrastró sobre su vientre por espacio de medio metro. Gimió mientras sufría el examen de *Thor* y avanzó un poco más, pero entonces percibió un aviso que rugía en el pecho de *Thor*, como diciendo: "No te acerques más, porque te aplasto."

Muskwa lo entendió muy bien. Quedose quieto como un muerto, con la nariz y las patas pegadas al suelo, y *Thor* lo miró otra vez. El osezo estaba a un metro de distancia, gimiendo suavemente. *Thor* levantó su pata del suelo hasta unos diez centímetros, y gruñó: "Si te mueves, te destrozo."

Muskwa se echó a temblar; lamió sus labios con su roja lengüecilla, y tanto por miedo como en demanda de misericordia y a pesar de la amenaza de la levantada pata de *Thor*, se acercó unos centímetros.

Thor dio un bufido y su pata cayó al suelo. Luego olfateó el aire, y gruñó. Cualquier solterón habría entendido el significado de aquel gruñido: "¿Dónde diablos habrá ido la madre de este cachorro?"

Y entonces ocurrió algo raro. *Muskwa*, siempre arrastrándose, se acercó a la pata enferma de *Thor*. Se levantó y su olfato descubrió la herida. Entonces la tocó levemente con su lengua suave como terciopelo. *Thor* sintió gran placer y permaneció inmóvil, mientras el cachorro le lamía la herida. Luego inclinó su cabeza, olió amistosamente a la suave pelota que se había acercado a él y dio un leve gruñido. Aquello ya no era amenaza alguna y el calor de su enorme lengua cayó sobre la cara del pequeñuelo.

—¡Ven! —pareció decir con un gruñido suave.

Y continuó su viaje hacia el Norte, seguido por el huérfano osezo de parda cara.

Capítulo VI - El reno

El arroyo que seguía entonces *Thor* era un tributario del Babine, y corría casi directamente hacia el Skeena. A medida que andaba corriente arriba, el paisaje se hacía más agreste. El oso se hallaba a once o doce kilómetros de la cordillera del Divide, cuando encontró a *Muskwa*; desde allí, las pendientes de la montaña empezaban a cambiar de aspecto; estaban cortadas por oscuras y estrechas trincheras e interrumpidas por enormes masas de rocas desiguales, acantilados y escarpadas pendientes de peñascos. El arroyo era mucho más ruidoso y difícil de seguir.

Thor entraba entonces en uno de sus fuertes; una región que contenía tal vez un millar de escondrijos, que hubiera podido aprovechar de haber tenido necesidad de ocultarse; era un lugar salvaje, quebrado por mil sitios y donde no había dificultad alguna para él en encontrar caza mayor. Además, allí estaba seguro de no ser molestado por el olor del hombre.

Media hora después de haber dejado la masa de rocas en donde encontrara a *Muskwa*, *Thor* echó a andar, como si ignorase completamente que el oseño le seguía. Pero dábase perfecta cuenta de su presencia por el oído y por el olfato.

Muskwa estaba pasando un mal rato. Su grueso corpezuelo y sus cortas patitas no estaban acostumbrados a correr de tal manera, pero era un cachorro muy robusto y durante aquella media hora solamente gimió dos veces; una de ellas por haber tropezado con una roca en el borde del arroyo y la otra cuando se apoyó con demasiada fuerza sobre la pata en la que tenía clavada una de las púas del puerco espín.

Por fin *Thor* abandonó el arroyo y dirigióse a un profundo desfiladero que siguió hasta llegar a una especie de llanura o meseta situada en la mitad de una suave vertiente de la montaña. Allí encontró una roca en la parte soleada de un herboso otero y se detuvo. Tal vez se debiera ello a la infantil amistad de *Muskwa*, o a la caricia de su roja lengüecita en el momento psicológico en que podía producir mejor efecto y a su perseverancia en seguirle; quizás todo junto hizo vibrar una cuerda sensible del corazón de la enorme fiera, porque ésta, después de haber olfateado intranquila durante unos momentos, se tendió cómodamente al lado de la roca. Hasta entonces no se echó a su vez el derrengado oseño de parda cara, y tan fatigado estaba, que se quedó dormido en menos de tres minutos.

Por dos veces durante la primera parte de aquella tarde obró el *sapoos oowin* en *Thor*, y éste empezó a sentirse hambriento. No era el hambre que se calma y satisface completamente con hormigas y pulgones, ni con topos o marmotas. Tal vez, también, adivinase cuán hambriento y cansado estaba *Muskwa*. El oseño no había abierto los ojos una sola vez y aún estaba inmóvil, sumido en pétreo sueño, cuando *Thor* decidió continuar la marcha.

Eran, poco más o menos, las tres de una soñolienta y tranquila tarde de los últimos días de junio, en el valle de aquella montaña septentrional. Las marmotas silbaron hasta sentirse fatigadas y estaban tendidas cuan largas eran a la luz del sol, cerca de las rocas; las águilas planeaban a tal altura sobre los picos de las montañas, que apenas se divisaban como puntitos en el azul del cielo; los gavilanes, con los buches atiborrados de carne, habían desaparecido en el bosque; las cabras y ovejas estaban echadas en lo alto de la montaña, cerca de la línea en que ésta se confundía con el horizonte, y si por allí había otros animales estaban dormitando después de bien alimentados.

Un monteador no podría ignorar que aquélla era la hora en que podría recorrer las verdes vertientes y los claros del bosque en busca de osos, especialmente de osos carnívoros.

Era la hora en que *Thor* podía cazar más fácilmente. El instinto le decía que cuando los demás animales se sentían bien alimentados y estaban dormitando, se podía mover más descuidadamente y con menos peligro de ser descubierto. Podía encontrar y vigilar su caza. La mayor parte de las veces se contentaba con matar una cabra, una oveja o un reno a la luz del día, porque en distancias cortas podía correr más aprisa que una cabra u oveja, y, por lo menos, tanto como un reno. Pero, principalmente, cazaba a la puesta del sol o a la vaga claridad del crepúsculo vespertino.

Thor se levantó dando un sonoro mugido que despertó a *Muskwa*. El oseño se puso en pie, miró, guiñando los ojos a *Thor* y luego al sol, y se sacudió con tal fuerza, que se cayó.

El oso gris miró al negro y pardo cachorro con cierta expresión de apuro. Después del *sapoos oowin* sentía el ardiente deseo de carne roja y jugosa, así como el hombre hambriento apetece un buen bistec de buey, en vez de ensalada a la mayonesa o un plato de verdura. *Thor* necesitaba carne y en abundancia; y se preguntaba cómo podría cazar y matar un reno con aquel hambriento y observador oseño que iba pisándole los talones.

Muskwa pareció comprender y sus actos fueron casi una contestación, porque echó a correr una docena de metros ante *Thor*, se detuvo y miró con imprudencia a su enorme compañero; mientras tanto, sus orejas se inclinaban hacia adelante y su rostro tenía la expresión propia de un chiquillo que quiere convencer a su padre de que tiene ya edad suficiente para asistir a la primera caza de conejos.

Profiriendo un nuevo gruñido, *Thor* emprendió la marcha a lo largo de la vertiente, con lo cual se acercó a *Muskwa*; entonces, con repentino movimiento de su pata derecha, envió rodando al oseño a cuatro metros de distancia, lo que significaba claramente: "Esto es lo que mereces por haber pensado siquiera en venir a cazar conmigo."

Thor prosiguió andando pesadamente, con los ojos, oídos y olfato atentos a la caza. Descendió hasta que estuvo a no mayor altura de un centenar de metros sobre el arroyo y ya no se preocupó de seguir el camino más fácil, sino que se aventuró por los lugares más abruptos. Avanzaba despacio describiendo eses, rodeando con el mayor cuidado los peñascos, husmeando con atención todos los regatos que encontraba y haciendo investigaciones en los macizos de árboles y en los frutos derribados por el viento.

Varias veces habría querido ser tan alto que se hallara cercano a las elevadas y desnudas rocas, y otras tan bajo que pudiera andar sobre la arena y grava del arroyo. En el aire sorprendía olores varios, pero ninguno le interesaba mucho. Una vez olfateó perfectamente el rastro de una cabra que se dirigía monte arriba, pero él nunca subía tanto en busca de carne. Dos veces más olfateó ovejas y más tarde divisó un carnero que lo miraba desde cierta altura, situado en el borde de un acantilado, treinta metros más arriba.

Su olfato descubrió rastros de puercos espines y varias veces su cabeza se balanceó sobre las huellas que en el suelo habían dejado los renos.

En el valle había otros osos; muchos de ellos habían recorrido el cauce del mismo arroyo, y *Thor* pudo averiguar que eran negros o pardos. Luego descubrió el rastro de otro oso gris y, malhumorado, prosiguió el camino.

Ni una sola vez, durante las dos horas que transcurrieron desde que dejara la soleada roca, dedicó *Thor* la menor atención a *Muskwa*, que sentía aumentar su hambre y su fatiga a medida que avanzaba el día. Ningún cachorro estaba, seguramente, tan derrengado como el pobre oseño; en los pasos difíciles tropezaba y se caía con frecuencia; en otros sitios, que *Thor* atravesaba de un solo paso, tenía que luchar desesperadamente para avanzar; por tres veces el oso gris atravesó el arroyo y *Muskwa* tuvo que imitarlo, aunque a riesgo de ahogarse; estaba contusionado por todas partes, mojado de pies a cabeza, y por si esto fuera poco, una de sus patas le dolía mucho, pero seguía a su amigo, del cual, a veces, estaba muy cerca y otras tenía que correr para alcanzarlo. Poníase el sol cuando *Thor*, por fin, encontró caza; en cuanto al pobre *Muskwa*, ya sin fuerzas para continuar, estaba medio muerto de cansancio.

No comprendió por qué *Thor* se aplanó cuanto le fue posible a lo largo de una roca que había en un pradillo, desde donde podía mirar al fondo de un gran hoyo. *Muskwa* sentía la necesidad de gemir, pero estaba asustado y echaba de menos a su madre más que nunca. No podía comprender por qué lo dejó entre las peñas y no había regresado ya: Langdon y Bruce debían descubrirle más tarde la trágica razón. Y el pobre *Muskwa* no comprendía que su madre no pudiera volver hacia él. Aquélla era precisamente la hora en que solía amamantarlo antes de entregarse al descanso nocturno, porque él era un cachorro de marzo, y, de acuerdo con las costumbres de

los de su raza, no debía de haberse destetado, por lo menos, hasta el mes siguiente.

Era lo que Metoosin, el indio, habría llamado *munookow*, es decir, muy tierno. Como oso que era, su pelaje no le había salido como a otros animales. Su madre, como todas las osas de los países fríos, lo parió mucho antes de terminar su letargo invernal en su guarida, de modo que el pequeño nació mientras la osa dormía. Durante un mes o seis semanas después, mientras el oseño estaba todavía ciego y desnudo, ella lo alimentó con su leche, aunque, por su parte, no comió ni bebió, ni vio siquiera la luz del día. Pasadas estas seis semanas, salió de su guarida con el cachorro, en busca del primer bocado para ella. Desde entonces habían transcurrido otras seis semanas, y *Muskwa* pesaba unos diez kilos, es decir, los había pesado, pues a la sazón estaba tan flaco, que seguramente no llegaba a ellos.

Trescientos metros más abajo de donde estaba *Thor* había un bosquecillo de bálsamos, en forma de espeso macizo que crecía junto a la orilla del pequeño lago, cuyas aguas lamían el extremo más lejano de la hondonada. Entre aquel grupo de árboles había un reno. *Thor* lo sabía tan bien como si lo estuviera viendo. Había dos maneras de reconocer la caza: una era el olor que se percibe pegado a la tierra, semejante al que dejaría un frasco de perfume roto en el suelo, y la otra flotaba en el aire, como las emanaciones que tras de sí deja una mujer perfumada. *Thor* las diferenciaba tan claramente una de otra como distinguía el día de la noche, y hasta el mismo *Muskwa* percibió claramente el olor de los renos mientras se encaramaba tras de su amigo y se pegaba después al suelo.

Durante diez minutos, por lo menos, *Thor* no se movió. Sus ojos estaban fijos en la pequeña hondonada, el borde del lago y las cercanías del bosque, y su olfato medía la intensidad de los olores en el aire con la misma precisión con que una brújula señala el Norte. La razón de que permaneciera quieto era la de hallarse casi en la línea de peligro, o, dicho en otras palabras, las montañas habían formado un "viento partido" en la hondonada, y si *Thor* hubiese aparecido cincuenta metros más arriba del lugar en que estaba situado, los renos, de fino olfato, habrían descubierto inmediatamente al terrible enemigo.

Con las orejas inclinadas hacia adelante y una mirada de comprensión en los ojos, *Muskwa* observaba atentamente y tomaba su primera lección de caza. Tendido en el suelo, tan pegado a él como le era posible, *Thor* avanzaba despacio sin hacer ruido hacia el arroyo. El pelaje de su espinazo estaba erizado como el de un perro, a causa de la excitación de que se hallaba poseído. *Muskwa* lo seguía. Por espacio de un centenar de metros, *Thor* continuó su marcha, y tres veces, en aquellos cien metros, se detuvo para husmear en la dirección del bosquecillo. Por fin se dio por satisfecho; el viento le daba de lleno en la cara y llegaba cargado de ricas promesas.

Empezó a adelantar con el movimiento característico de los osos, que más parecen rodar que andar, dando pasos cortos y con todos los músculos de su enorme

cuerpo dispuestos para la acción. Dos minutos más tarde llegó junto a los árboles y allí se detuvo nuevamente. El ruido producido por los rumiantes al pisar la hojarasca era clarísimo. Los renos estaban en pie, pero en manera alguna alarmados, y se dirigían, para beber, hacia el borde del cercano arroyo.

Thor se movió nuevamente en dirección paralela al sonido. Este movimiento lo llevó en un instante al borde del bosquecillo y allí se quedó oculto por el follaje, pero de forma que el lago y una porción del pradillo se hallaban al alcance de sus ojos. Salió primero un enorme reno macho; sus cuernos estaban creciendo aún y cubiertos de una capa suave y aterciopelada. Siguió un ternero de dos años, aproximadamente, gordo, reluciente, como si fuera de terciopelo, a la luz del sol poniente. Durante dos minutos el macho estuvo alerta, buscando con ojos, olfato y oídos alguna señal de peligro, mientras su joven compañero, completamente tranquilo, mordisqueaba detrás de él la hierba. Luego, bajando la cabeza, el macho hundió el hocico en el agua para beber. El ternero lo imitó y *Thor* salió nuevamente de su escondrijo.

Durante un momento pareció recogerse sobre sí mismo y luego saltó. Quince metros lo separaban del reno y ya había recorrido la mitad de esta distancia como enorme bola que rodara por encima de la hierba, cuando los dos pobres animales se dieron cuenta de su presencia. Ambos salieron de estampía como flechas disparadas por el arco, pero demasiado tarde. Ni un caballo, por veloz que fuese, se habría librado de aquella embestida de *Thor*, que, además, tenía ya el impulso tomado cuando sus víctimas iniciaron el salto.

Con la rapidez del viento se arrojó hacia el flanco del reno de dos años, se inclinó un poco hacia un lado y luego, sin esfuerzo aparente, semejando una enorme bola, saltó sobre él, dando fin así a la breve caza.

Pasó su enorme pata derecha por el lomo del reno e, inclinándose con él, sujetó con su pata trasera el hocico del rumiante, como si fuera una enorme mano humana. *Thor* cayó entonces debajo, como se había propuesto. No estrechó el abrazo para matar así a su víctima, sino que encogió una de sus garras posteriores y, al distenderla, los cinco cuchillos de sus uñas abrieron el vientre del animal, poniendo al descubierto los intestinos y rompiéndole, de paso, algunas costillas como si hubieran sido de blanda madera. Hecho esto, *Thor* se levantó, miró a su alrededor y dio un rugido que lo mismo podía ser de triunfo que una invitación a *Muskwa* para que tomara parte en el festín.

Y, entendiéndolo así, el osezno no esperó más. Por vez primera olió y probó la cálida sangre de la carne. Y aquel olor y sabor llegaban en un momento crítico de su vida, como años atrás le ocurriera a *Thor*. Todos los osos grises no son cazadores de grandes piezas; es más, muy pocos de ellos merecen tal nombre. La mayor parte son, principalmente, vegetarianos, aunque también comen animales pequeños, como topos, marmotas y puercos espines. Ahora bien, los osos grises cazan de cuando en

cuando un reno, una cabra, un venado y hasta ratas. Así era *Thor*. Y así, en días venideros, sería *Muskwa*, aunque pertenecía a la variedad de los osos negros y no a la terrible raza de los grises.

Durante una hora estuvieron comiendo los dos, no con la prisa repugnante de los perros hambrientos, sino despacio y eligiendo los bocados, como verdaderos gastrónomos. *Muskwa*, echado sobre su vientre y casi entre las enormes patas delanteras de *Thor*, lamía la sangre y masticaba la carne entre sus dientecillos como podría haberlo hecho un gatito. En cuanto a *Thor*, ante el cuerpo del reno, empezó a buscar los bocados delicados, aunque el *sapoos oowin* lo había dejado muy hambriento. Ante todo, arrancó las delgadas capas de grasa que tienen cerca de los riñones y de los intestinos, y con los ojos cerrados, a impulsos de la satisfacción que sentía, empezó a mascar largas tiras.

El sol desapareció detrás de las montañas y después del crepúsculo vino rápidamente la noche. Cuando acabaron de comer había oscurecido por completo, y el pequeño *Muskwa* era ya tan ancho como largo, pues se había hinchado como una pelota.

Thor era muy amigo del ahorro. Nunca desperdiciaba la menor cosa que sirviera para comer, y si en aquel momento el reno macho hubiese estado a su alcance, lo más probable es que no lo hubiera atacado. Tenía alimento, y lo que entonces deseaba era guardar lo sobrante convenientemente y en las debidas condiciones de seguridad.

Volvió al bosquecillo, mas el ahíto osezo no hizo el menor esfuerzo por seguirlo. Estaba satisfecho y algo le advertía que *Thor* no abandonaría la carne sobrante. Diez minutos más tarde *Thor* confirmó, regresando, esta creencia. Llevaba entre sus poderosas mandíbulas lo que quedaba del cuerpo del reno. Lo cogió por el cuello e, inclinándose ligeramente, empezó a arrastrarlo hacia el bosquecillo, con la misma facilidad con que un perro arrastra un trozo de tocino de cinco kilos de peso.

El ternero pesaría muy bien doscientos kilos; pero, aunque hubiese llegado a cuatrocientos o quinientos, *Thor* no solamente habría podido arrastrarlo, sino también cargárselo al hombro. El oso gris había encontrado un hoyo junto a los árboles; echó en él el cuerpo del ternero y mientras *Muskwa* observaba con el mayor interés, procedió a cubrir la carne con pinocha, ramas y el tronco de un árbol derribado. No dejó su "marca" en un árbol como aviso para otros osos, sino que, sencillamente, oliscó un poco por allí y luego salió de entre los árboles.

Muskwa lo siguió esta vez y experimentó ciertas dificultades para andar con el peso adicional que llevaba. El cielo se empezaba a llenar de estrellas, y a su luz *Thor* emprendió la ascensión por una vertiente muy empinada que conducía a lo alto de la montaña. Siguió subiendo a mayor altura de la que *Muskwa* había frecuentado en su corta vida y hasta cruzaron una faja de nieve. Llegaron luego a un lugar que parecía haber sido trastornado por la erupción de un volcán y por donde seguramente ningún

hombre habría sido capaz de transitar.

Por fin *Thor* se detuvo. Hallábanse entonces en un estrecho paso limitado por una pared de roca perpendicular por un lado, y por el otro por un precipicio que terminaba en el valle, entonces por completo invisible, envuelto como estaba en las tinieblas.

Thor se dejó caer en el suelo, y por vez primera desde que fue herido en el otro valle, tendió su cabeza entre sus grandes patas y lanzó un profundo suspiro de tranquilidad. *Muskwa* se acercó a él, tanto, que sentíase deliciosamente calentado por el cuerpo de *Thor*; y los dos juntos durmieron profundamente, con los estómagos llenos, mientras en lo alto brillaban intensamente las estrellas y la luna inundaba los picos de la montaña y el valle de plateado esplendor.

Capítulo VII - La charla de Bruce

En la tarde del día en que *Thor* dejó el revolcadero arcilloso, Langdon y Bruce cruzaron la cima de la montaña, en dirección al valle occidental, pero a las dos de la tarde Bruce retrocedió en busca de los caballos, dejando a Langdon en una meseta ocupado en observar la comarca que le rodeaba, por medio de los gemelos. Un par de horas más tarde el cazador regresó, y los dos hombres siguieron despacio a lo largo del arroyo por el cual pasara el oso gris, y cuando acamparon, ya de noche, estaban todavía a cuatro o cinco kilómetros del lugar en que *Thor* encontrará a *Muskwa*. Los dos hombres no habían descubierto todavía sus huellas en la arena del fondo del arroyo; sin embargo, Bruce sentíase esperanzado, pues sabía que *Thor* había seguido las crestas de las vertientes.

—Si escribes acerca de osos cuando abandones este país —dijo a Langdon—, no digas tantas tonterías como acostumbran estampar muchos autores respecto a los animales. Hace dos años acompañé a un naturalista por espacio de un mes, y se divirtió tanto, que prometió mandarme un montón de libros acerca de la vida de los osos y de otros animales salvajes. Y lo hizo. Los leí y, al principio, me reí mucho, pero luego me enfadé porque decían muchas tonterías, y los eché al fuego. Los osos son animales en extremo curiosos. Tienen cosas muy notables y se puede hablar de ellos sin necesidad de poner majaderías.

Langdon hizo un movimiento asintiendo, y luego dijo lentamente:

—Hay que haber cazado durante muchos años, antes de descubrir el verdadero placer que puede proporcionar la caza mayor. Y cuando se descubre tal encanto se ve que lo más atractivo, lo que absorbe cuerpo y alma, no es la matanza, sino observar a los animales en su ambiente y dejarles que vivan. Yo quisiera apoderarme de ese oso, y voy a hacer todo lo posible por lograrlo. No quiero salir de estas montañas sin haberlo matado. Pero, por otra parte, hoy podríamos haber disparado sobre otros osos, y ni siquiera les hemos apuntado con nuestros rifles. Estoy aprendiendo, Bruce. Empiezo a experimentar el verdadero placer de esta vida que llevamos. No debe preocuparte lo que yo pueda escribir más adelante, porque te aseguro formalmente que sólo consignaré los hechos verdaderos.

Hizo una pausa y, mirando a Bruce, le preguntó:

—¿Cuáles eran las cosas "tontas" que leíste en aquellos libros?

Bruce despidió una bocanada de humo, reflexionando antes de contestar:

—Lo que me indignó más —dijo— fue lo que aquel escritor afirmó acerca de las "marcas" que dejan los osos. De acuerdo con ello, un oso se levanta sobre sus patas traseras y hace con las garras una señal en el tronco de determinado árbol, lo más alto que puede. Y, a partir de entonces, aquel país o comarca le pertenece, hasta que venga otro oso más alto y lo aventaje. Recuerdo que en un libro se contaba que un oso hizo

rodar un tronco caído hasta situarlo junto al árbol que llevaba una "marca" de oso, consiguiendo así poner la suya a mayor altura. ¿Qué te parece esta estupidez?

"No hay ningún oso que haga una marca con sus garras en un árbol, que tenga o quiera tener significado alguno. He visto numerosos osos grises que se afilaban las garras en el tronco de un árbol, como puede hacerlo un gato en la pata de una silla, y en verano, cuando llega la época de la muda, se apoyan en el tronco de un árbol y se frotan contra él. Lo hacen para facilitar el cambio del pelaje y no porque con ello quieran dejar sus tarjetas de visita a otros osos. Los renos, los alces y los venados hacen exactamente lo mismo para librarse de la capa aterciopelada de sus cuernos.

"Los citados autores imaginan también que cada oso gris tiene su propia comarca, y eso tampoco es verdad. Yo he visto a ocho osos grises adultos vivir y cazar en la misma vertiente de una montaña. Ya te acordarás de que hace dos años matamos cuatro osos grises en un pequeño valle que no medía dos kilómetros de largo. Claro está que, de vez en cuando, se encuentra un oso gris que se ha hecho el amo de la región en que vive, como el que perseguimos ahora, pero ni aun así está solo en la montaña. Por lo menos, me apostaría cualquier cosa a que encontramos otros osos en estos montes. En cuanto al naturalista de quien te hablaba y a quien acompañé hace un par de años, no era capaz de distinguir las huellas de un oso gris de las de uno negro y ni siquiera habría sabido reconocer a un oso de color canela.

Quitose la pipa de la boca y escupió violentamente al fuego. Langdon comprendió que su compañero hablaría de otras cosas tan interesantes como las que acababa de referir. Las horas más agradables para Langdon eran las que pasaba junto a la hoguera con su compañero, que tan bien conocía la vida salvaje.

—¡Un oso de color canela!, —gruñó Bruce—. Creía en tales osos, y cuando le dije que no existían y que los osos de ese color no eran más que los grises o negros, cuyo matiz, por diversas causas, es a veces parecido a la canela, se echó a reír, sin tener en cuenta que casi he nacido entre ellos. Abría los ojos asombrado cuando le contaba cosas acerca de los colores de los osos, y se figuró que quería tomarle el pelo. Por eso me mandó luego sus libros, es decir, para que me instruyera. Deseaba demostrarme que él tenía razón.

"Te aseguro, Jimmy, que no hay en la tierra animal que pueda tener el pelaje de colores más variados que los osos. He visto osos negros tan blancos como la nieve, y osos grises más negros que un oso negro. He visto osos negros de color canela, y también osos grises del mismo color, así como también amarillos, dorados y pardos, de todos los tonos imaginables. Son tan distintos en colores como en sus naturalezas y en sus costumbres.

"Por lo que veo, la mayor parte de los naturalistas examinan un oso gris, por ejemplo, y con eso se creen ya autorizados para escribir acerca de los osos grises en general. Y lo que escriben no es en modo alguno favorable a los pobres animales. No

hay un solo libro que no nos los pinte como fieras terribles y como devoradores de hombres. Pero el oso gris no devora ni ataca nunca a un hombre, a no ser que le irriten. Es tan curioso como un niño, y si no se le molesta es un animal pacífico. La mayor parte de ellos son vegetarianos, y pocos los que comen carne. He visto osos grises atacar cabras, ovejas y renos, y a otros, en cambio, vivir en una región abundante en caza y sin el menor deseo de atacar a los demás animales. Son muy curiosos, Jimmy, y se puede decir mucho de los osos sin tener que contar tonterías.

Bruce sacudió la pipa al terminar la última observación y, mientras la llenaba de tabaco nuevamente, Langdon dijo:

—Pues te aseguro, Bruce, que ese tuno que perseguimos es carnívoro.

—No se puede asegurar —contestó Bruce—. El tamaño nada quiere decir. Una vez pude observar un oso gris, que no era mucho mayor que un perro y, sin embargo, era carnívoro. Centenares de animales mueren durante el invierno a causa de la baja temperatura, y cuando llega la primavera los osos se comen las carroñas. A veces sucede que un oso nace ya con disposiciones de cazador, y otras llega a serlo por azar. Si una vez mata, reincide, esto es seguro.

"Un día estaba yo en la ladera de una montaña y vi que una cabra se dirigía en línea recta hacia un oso gris. Éste no parecía dispuesto a moverse siquiera, pero la cabra estaba tan asustada que chocó contra el oso y éste la mató. Se quedó sorprendido durante diez minutos y luego olió a su víctima por todos lados, pero transcurrió, quizá, media hora antes de que se decidiese a descuartizarla con las garras. Ello fue, sin duda alguna, su primera experiencia de carnívoro. No lo maté y estoy seguro de que a partir de aquel día ha sido un cazador de reses.

—Pues yo hubiera creído que el tamaño de los osos tenía algo que ver con ello —observó Langdon—. Creo que un oso que come carne ha de ser mayor y más fuerte que si es vegetariano.

—Ésa es una de las cosas acerca de las cuales puedes escribir —replicó Bruce—. ¿Por qué será que un oso engorda tanto que llegado el mes de septiembre apenas puede andar, cuando no se alimenta de otra cosa que de bayas, hormigas y pulgones? ¿Engordarías tú comiendo solamente grosellas silvestres?

"Y ¿por qué crece tan aprisa durante los cuatro o cinco meses en que está metido en su cueva y muerto para el mundo, sin tragar un bocado ni una sola gota de agua?

"¿Y cómo se explica que durante un mes y a veces dos, la osa amamante a sus hijos a pesar de continuar durmiendo? Porque hay que tener en cuenta que los oseznos nacen algunos meses antes de terminar el tiempo del letargo invernal. Y, ¿por qué no son mayores los oseznos al nacer? El naturalista de que te he hablado estuvo a punto de desternillarse de risa cuando le dije que los recién nacidos son apenas mayores que un gatito acabado de nacer.

—Sería uno de esos tontos que no quieren aprender —replicó Langdon—; sin

embargo, no puedo censurarlo del todo. Hace cuatro o cinco años, yo mismo no habría creído estas cosas, Bruce. Y no lo creí, en realidad, hasta que encontramos aquellos oseznos en Atabasca. ¿Te acuerdas? Uno pesaba once onzas y el otro nueve.

—¡Y eso que tenían ya una semana! La madre, en cambio, pesaba unos cuatrocientos kilos.

Por algunos instantes los dos amigos fumaron silenciosamente.

—Es casi inconcebible —dijo Langdon—; sin embargo, es cierto. No es un capricho de la Naturaleza, sino, sencillamente, el resultado de su perspicacia. Si los cachorros fuesen en proporción tan grandes como los de una gata, la madre osa no podría sustentarlos durante las semanas en que ella no come ni bebe nada. Sin embargo, hay una anomalía, y es la siguiente: un oso negro viene a ser la mitad en tamaño que un oso gris, pero, al nacer, los papeles están invertidos, porque entonces el cachorro de oso negro es casi el doble que el gris. ¿Por qué diablos será esto?

Bruce interrumpió a su amigo con una carcajada, diciendo luego:

—Eso es muy natural, Jimmy. ¿Te acuerdas de que el año pasado cogimos fresas en el valle y, dos horas más tarde, nos entretuvimos en tirar bolas de nieve desde lo alto de la montaña al valle? Cuanto más se sube, más frío hace; esto ya lo habrás notado. Además, en estos picachos, uno puede helarse el día primero de julio. Ahora es preciso recordar que un oso gris se aletarga siempre en cuevas situadas a gran altura, y, por el contrario, un oso negro lo hace en otras situadas más abajo. Cuando ya la nieve alcanza un metro junto a la cueva que sirve de albergue al oso gris, el oso negro todavía puede buscar perfectamente su alimento en los profundos valles y los espesos bosques. Se aletarga una o dos semanas más tarde que el oso gris y también despierta una o dos semanas antes que su compañero; cuando se aletarga está más gordo que el gris, y, por lo tanto, no está tan flaco cuando despierta en primavera. La madre tiene, pues, más fortaleza y vigor para alimentar a sus pequeños. Me parece que ésta es la explicación.

—No hay duda de que tienes razón —exclamó Langdon muy satisfecho—. Por mi parte no había pensado nunca en ello.

—Hay muchas cosas que no conoces y que ignorarás hasta que las veas —contestó el montañés—. Es como lo que decías hace poco de que el supremo goce de la caza no es precisamente matar, sino dejar vivir. Un día permanecí siete horas en el pico de una montaña observando cómo jugaban unas cabras, y te aseguro que me divertí *más* que si las hubiera matado a tiros.

Bruce se puso en pie y se desperezó, operación que, después de cenar, anunciaba siempre su intención de acostarse.

—Mañana hará un día espléndido —dijo entre dos bostezos—. Mira qué blanca está la nieve en esos picachos.

—Bruce...

—¿Qué?

—¿Cuánto te parece que pesará el oso que perseguimos?

—Lo menos seiscientos kilos, o tal vez más. No tuve el gusto de verlo tan de cerca como tú, Jimmy. De haber ocurrido así ya se estaría secando su piel aquí, a nuestro lado.

—¿Crees que es joven?

—Tendrá, según creo, de ocho a doce años, a juzgar por su modo de subir la montaña. Un oso viejo no lo hace con tanta facilidad.

—¿Has encontrado osos viejos, Bruce?

—Algunos de ellos lo eran tanto que habrían necesitado muletas —contestó Bruce quitándose las botas—. He matado algunos tan viejos que ya habían perdido los dientes.

—¿Cuántos años crees que tendrían?

—Treinta, treinta y cinco años, tal vez cuarenta. Buenas noches, Jimmy.

—Buenas noches, Bruce.

Langdon fue despertado algunas horas más tarde por un verdadero diluvio que lo calaba hasta los huesos. Gritó a Bruce para que se levantara. No habían armado la tienda y un momento más tarde Langdon oyó que Bruce se maldecía por su tontería. La noche estaba oscura como boca de lobo, exceptuando los momentos en que se iluminaba con los relámpagos que cruzaban el cielo; grandes truenos retumbaban entre las montañas. Desembarazándose lo mejor que pudo de su mojada manta, Langdon se puso en pie. La luz de un relámpago le mostró a Bruce sentado sobre las mantas, con el cabello mojado, del que resbalaba el agua por su delgado y curtido rostro, y tanta gracia le hizo su aspecto que se echó a reír.

—Mañana hará un día espléndido —exclamó burlonamente, repitiendo las palabras de Bruce antes de acostarse—. ¡Mira qué blanca está la nieve en esos picachos!

La respuesta de Bruce fue ahogada por un fragoroso trueno.

Langdon esperó la luz de otro relámpago y luego fue en busca del abrigo que le ofrecía un bálsamo muy frondoso. Allí se acurrucó por espacio de diez minutos, tiempo que tardó la lluvia en cesar tan repentinamente como había empezado. El trueno rodaba por el cielo hacia el Oeste y el relámpago se alejaba con él. En la oscuridad, Langdon oyó a Bruce moverse por allí cerca; luego encendió un fósforo y vio que su compañero consultaba el reloj.

—Son cerca de las tres —dijo—. ¡Vaya un chaparrón!

—Yo lo esperaba —replicó Langdon—. Es preciso saber, Bruce, que cuando la nieve en los picachos es tan blanca...

—¡Bueno, cállate! Vamos a encender una hoguera. Menos mal que tuvimos el acierto de tapar las provisiones con algunas mantas. ¿Te has mojado mucho?

Langdon se tocó el pelo, que estaba chorreando, y mentalmente se comparaba a una rata de agua.

—No. Estaba debajo de un bálsamo porque me temía este chaparrón. Cuando me llamaste la atención hacia la blancura de la nieve en los picachos, me dije...

—¡Bueno, no hables más de la nieve! —gruñó Bruce malhumorado mientras se dedicaba a cortar algunas raíces secas para el fuego.

Langdon fue en su ayuda y cinco minutos después tenían una hermosa fogata encendida. Las llamas iluminaban sus rostros y ambos pudieron convencerse de que ninguno de ellos parecía muy disgustado por el incidente.

—Estaba dormido como un leño cuando llegó el agua —dijo Bruce—. Y mi primera impresión, en sueños, fue la de haberme caído a un lago. Me desperté cuando trataba de nadar.

Una lluvia a las tres de la madrugada de una noche de los primeros días de julio, en el Norte de la Columbia Inglesa, no es tan templada como pudiera parecer, de manera que por espacio de más de una hora, Langdon y Bruce continuaron recogiendo leña, a fin de secar sus mantas y sus trajes. Eran ya las cinco de la madrugada cuando se desayunaron y algo más de las seis cuando emprendieron la marcha con sus dos caballos y sendos equipajes valle arriba.

Bruce tuvo la satisfacción de recordar a Langdon que su predicción se había confirmado, porque después de la tormenta el día se presentaba realmente espléndido.

Más abajo los prados estaban llenos de agua. En el valle sonaba la música que producían los crecidos regatos y arroyos. De los picachos de la montaña había desaparecido por lo menos la mitad de la nieve que se divisara la noche antes y a Langdon le parecía que las flores eran más altas y hermosas. El aire que llenaba el valle estaba cargado del aroma de las flores, de la frescura de la mañana, y el sol brillaba intensamente bañándolo todo con su cálida luz maravillosamente dorada.

Seguían el arroyo contra corriente, inclinándose sobre las sillas para examinar con gran atención todas las fajas de arena que encontraban, en busca de las huellas que tanto les interesaban. No habían recorrido cuatrocientos metros cuando Bruce profirió una exclamación y en el acto se detuvieron él y su compañero. El primero señalaba un lugar cubierto de arena en que *Thor* dejara una de sus enormes huellas. Langdon desmontó y midió la impresión de la pata del oso.

—¡Es él! —exclamó luego excitadísimo—. ¿No sería mejor continuar sin los caballos, Bruce?

El montañés movió negativamente la cabeza, pero antes de expresar su opinión con palabras desmontó y observó con su antejo las vertientes de las montañas que tenían ante sí. Langdon hizo uso de sus gemelos con igual objeto, pero no pudieron descubrir nada.

—Seguramente está aún en el cauce del arroyo, y tal vez se halla a cinco o seis

kilómetros de aquí —dijo Bruce—. Avancemos tres kilómetros más a caballo y buscaremos un sitio apropiado para dejar nuestras monturas. Entonces ya estarán secos la hierba y los arbustos.

Después del descubrimiento de la pista fue fácil seguir las huellas de *Thor*, porque su marcha había sido casi paralela al arroyo. A cosa de trescientos o cuatrocientos metros más lejos de la gran masa de rocas en que el oso gris encontrara al osezno, había el tronco roto de un pino en medio de un pradillo cubierto de jugosa hierba, y allí ataron los caballos. Veinte minutos más tarde llegaron al lugar en que *Thor* y *Muskwa* trabaron conocimiento; el chaparrón había borrado por completo las huellas de *Muskwa*, pero aún se divisaban las del oso gris, cosa que causó alegría a Bruce.

—No puede estar muy lejos —murmuró—. No me extrañaría que hubiera pasado la noche muy cerca de aquí y se encuentre ahora a poca distancia nuestra.

Bruce humedeció el índice de su mano derecha y lo elevó para observar la dirección del viento. Al mismo tiempo hizo una señal de inteligencia a su compañero.

—Vale más que subamos por la ladera de la montaña —dijo.

Prosiguieron el camino rodeando la masa de rocas, con los rifles dispuestos para lo que pudiera ocurrir, y se dirigieron a un regato que les prometía un fácil ascenso. Una vez efectuada la primera parte de la ascensión, se detuvieron. Allí el regato tenía el cauce lleno de arena y en ella se advertían las huellas de otro oso. Bruce se arrodilló para examinar aquellas señales.

—Es otro oso gris —observó Langdon.

—No. Es un oso negro —dijo Bruce—. ¿No llegará a entrarte en la cabeza la diferencia que hay entre las huellas de un oso gris y uno negro? Esta huella es de la pata trasera y el talón es redondo. Si fuese de un oso gris, tendría el talón puntiagudo. Además, es demasiado ancha para ser de oso gris y las garras muy largas comparadas con el pie. Es de un oso negro, no cabe duda.

—Además, ha ido por el mismo camino que pensamos recorrer nosotros —observó Langdon—. ¡Continuemos!

Doscientos metros más arriba, en el regato, el oso había proseguido su camino separándose del agua. Langdon y Bruce siguieron la nueva dirección. En la alta hierba y las peladas rocas de la primera cresta de la vertiente, las huellas se perdieron muy pronto, pero a los cazadores no les interesaba en aquel momento la pista, porque desde la altura en que se hallaban gozaban de una vista espléndida.

Luego, Bruce fijó de nuevo sus miradas en el fondo del arroyo. Sabía que allí encontraría el rastro tan deseado y no se interesaba por nada más en aquellos momentos. En cuanto a Langdon, observaba cuanto había a su alrededor; toda roca o matorral despertaba su atención y sus ojos vagaban desde los alrededores de los lugares que pisaba, hasta las crestas de las montañas y los picos que las coronaban. Por esta razón vio de pronto algo que le hizo coger violentamente el brazo de su

compañero y obligarlo a tenderse en el suelo a su lado.

—¡Mira! —murmuró señalando con la mano.

Bruce miró en la dirección que le indicaba su amigo y sus ojos expresaron en seguida el más vivo asombro. A cosa de diez metros más arriba había una roca de forma cuadrada, y sobresaliendo de la parte trasera de ella, se veía el cuarto posterior de un oso negro, cuyo pelaje brillaba al sol. Por espacio de un minuto, Bruce siguió mirando hasta que, por último, murmuró al oído de su camarada:

—¡Está dormido! ¿Quieres ver algo divertido, Jimmy?

Dejó a su lado el rifle y desenvainó el cuchillo de caza, por cuyo filo pasó el dedo para darse cuenta de que estaba en buenas condiciones.

—Si nunca has visto correr a un oso, vas a verlo ahora, Jimmy. Quédate aquí y no te muevas.

Empezó a encaramarse despacio a la roca, mientras Langdon retenía el aliento emocionado por lo que se avecinaba. Por dos veces, Bruce miró hacia atrás; parecía muy satisfecho. Indudablemente iba a verse una cosa curiosa, y, al imaginárselo, Langdon tuvo que hacer esfuerzos para no reírse. Finalmente, Bruce llegó a la roca y la hoja del cuchillo brilló a la luz del sol. Cayó con la rapidez del rayo para clavarse en la grupa del oso. Y lo que sucedió luego, Langdon no lo olvidaría nunca. El oso no hizo el menor movimiento. Bruce clavó nuevamente el cuchillo, pero con el mismo resultado, es decir, que el oso no se movió tampoco. El cazador se quedó entonces inmóvil y, volviendo luego la cara hacia donde estaba Langdon, mostró tal asombro que éste se echó a reír de buena gana.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Bruce mientras se ponía en pie—. Este oso no está dormido, está muerto.

Langdon subió a su vez rápidamente, acercándose a la roca y al oso. Bruce empuñaba aún el cuchillo y en su rostro había una expresión muy rara, una mirada que expresaba su extraordinario asombro.

—Nunca me ocurrió nada igual —dijo por fin envainando de nuevo el arma—. Es una osa y tenía pequeñuelos cuando murió, a juzgar por su aspecto.

—Seguramente quería cazar una marmota y socavó demasiado la roca —añadió Langdon—. Ha muerto aplastada, ¿verdad, Bruce?

Éste hizo una señal afirmativa.

—No vi nunca nada igual —repitió—. Muchas veces sospeché que algunos osos debían de morir aplastados por las rocas, pero no había tenido ocasión de comprobarlo hasta este momento. ¡Quién sabe dónde estarán los cachorros! ¡Pobrecillos!

De rodillas examinaba las ubres de la hembra.

—Creo que no tendría más de dos pequeñuelos; tal vez uno solo, y de tres meses aproximadamente —dijo levantándose.

—¿Crees que morirán de hambre?

—Si solamente era uno, casi con seguridad morirá de hambre, porque mientras vivía la madre tenía tanta leche a su disposición que no habría sentido la necesidad de buscar otros alimentos. Los oseznos se parecen en eso a los niños. Cuanta más leche tiene la madre, más tarde se destetan.

Puesto ya en claro aquel incidente, abandonaron el lugar y nuevamente se dedicaron a observar las huellas del oso gris, pero Langdon no podía apartar su pensamiento del osezno huérfano, preguntándose qué habría sido de él.

Y *Muskwa*, durmiendo al lado de *Thor*, soñaba en su madre que yacía aplastada bajo una roca, y este sueño le hacía gemir suavemente.

Capítulo VIII - El duelo de Thor

El escalón en que se hallaban *Thor* y *Muskwa* recibió primero los rayos del sol naciente; a medida que el astro se elevaba en el horizonte, el lugar se caldeaba cada vez más, y *Thor*, al despertar, se limitó a desperezarse, pero sin hacer esfuerzo alguno por levantarse. Después de sus heridas, del *sapoos oowin* y del festín que se diera en el valle, se encontraba extraordinariamente bien y no sentía prisa alguna por abandonar aquel lugar tan caldeado por el astro del día. Durante unos minutos miró fijamente a *Muskwa*, el cual, durante la noche, y para protegerse del frío, habíase deslizado entre las patas delanteras de *Thor* y permanecía allí todavía, durmiendo y gimiendo como un niño.

Después *Thor* hizo algo de lo que no sentíase culpable en toda su vida anterior. Oliscó cariñosamente la bola suave que tenía entre las patas, y su grande y roja lengua lamió la cara del oseño. *Muskwa*, soñando, quizá, en su madre, se acercó más a *Thor*. Y así como algunos pequeñuelos lograron conquistar el corazón de salvajes que estaban a punto de sacrificarlos, del mismo modo *Muskwa* se granjeó el afecto de *Thor*.

El enorme oso gris estaba sumamente extrañado. No solamente luchaba contra su inveterada antipatía hacia los cachorros en general, sino también con los principios de su vida, firmemente establecidos en diez años de soledad. Y, sin embargo, entonces comprendía que había algo muy agradable y cordial en la compañía de *Muskwa*. Con la aparición del hombre entró en su ser una nueva emoción: tal vez, solamente la chispa de una emoción. Hasta que se tienen enemigos y se desafían peligros, no es posible apreciar plenamente el valor de la amistad. Y tal vez *Thor*, que conocía verdaderos enemigos y sorteaba peligros reales por primera vez en su vida, estaba aprendiendo el significado de la amistad. También se acercaba su época de apareamiento, y *Thor* notaba en *Muskwa* el olor de su madre. Y así, mientras el oseño continuaba durmiendo y soñando bañado por el sol, aumentaba la satisfacción de *Thor*.

Miró hacia abajo, hacia el valle, en cuyo verdor lucían como brillantes los millones de gotas de agua que cayeron durante la noche, y nada vio capaz de suscitar su descontento. Olfateó el aire saturado de la grata fragancia de la hierba, de las flores, de los bálsamos y del agua fresca caída de las nubes; empezó a lamer su herida y este movimiento despertó a *Muskwa*, el cual levantó la cabeza, parpadeó un momento a la luz del sol, se frotó la cara con una pata delantera y luego se puso en pie. Como todos los seres jóvenes, estaba ya dispuesto para el nuevo día, a pesar de las fatigas y penalidades del anterior.

Mientras *Thor* estaba echado mirando hacia el valle, *Muskwa* empezó a hacer investigaciones en las fisuras de las rocas y anduvo por los alrededores en espera de

lo que haría su protector.

Éste volvió los ojos hacia el oseño. Claramente advertíase en él una extremada curiosidad mientras observaba las actitudes del pequeñuelo. Luego se levantó a su vez y se sacudió vigorosamente.

Por espacio de cinco minutos estuvo mirando el valle, olfateando el viento, tan inmóvil como una roca. En cuanto a *Muskwa*, enderezó sus orejitas, acudió a su lado y sus inquietos ojos contemplaron alternativamente a *Thor* y al espacio abierto, como si se preguntara qué miraba su compañero o qué iba a suceder.

El enorme oso gris contestó a la muda pregunta. Dio media vuelta y emprendió el descenso hacia el valle. *Muskwa* no vaciló un momento y siguió inmediatamente a su enorme compañero, como el día anterior. Al oseño le parecía ser de doble tamaño y tener duplicadas las fuerzas y ya no sentíase inquieto por la carencia de la leche materna. *Thor* lo calificó prontamente de carnívoro. A la sazón se daba perfecta cuenta de que volvían a donde dejaran los restos de la caza del día anterior.

Habían recorrido ya la mitad del camino de descenso en la vertiente, cuando el viento trajo a *Thor* noticia de algo interesante. Rodó un rugido profundo en el interior de su pecho y se detuvo un instante mientras el pelaje de su espinazo se erizaba. En la dirección de su escondrijo había descubierto un olor especial, y no estaba de humor para tolerar en manera alguna la presencia de otro oso en aquel sitio. Aquello no lo habría excitado en condiciones ordinarias, ni tampoco de haber sido el intruso una osa. Pero el olor era de un macho y procedía directamente del lugar en que el día anterior ocultara los restos del reno.

Thor no se detuvo a analizar el hecho, sino que, gruñendo, empezó a bajar tan aprisa que a *Muskwa* le fue difícilísimo seguirlo. Detúvose al borde de la meseta que dominaba el lago y los bálsamos. *Muskwa*, mientras tanto, jadeaba con las fauces abiertas; luego sus orejas se dirigieron hacia adelante, se quedó con la vista fija y todos los músculos de su cuerpo se tensaron.

Setenta metros más allá, bajo ellos, alguien saqueaba su escondrijo y el ladrón era un espléndido oso negro. Pesaría, tal vez, ciento cincuenta kilos menos que *Thor*, pero parecía casi tan alto como él y a la luz del sol su piel brillaba suavemente como si fuese de terciopelo negro. Era aquél el mayor y más atrevido oso que desde mucho tiempo atrás entrara en los dominios de *Thor*. Había sacado del escondite los restos del reno y estaba comiendo mientras *Thor* y *Muskwa* lo contemplaban.

Muskwa miró a *Thor* como si quisiera preguntarle qué haría, y al mismo tiempo escandalizado al ver que el intruso se estaba comiendo lo que él ya juzgaba propio.

Despacio, pero muy decidido, *Thor* reanudó la marcha hacia el intruso. A la sazón parecía no tener prisa alguna.

Cuando llegó al extremo del prado, a unos treinta metros de donde se hallaba el oso negro, se detuvo nuevamente. En su actitud no se advertía la menor cólera, pero

los pelos del espinazo estaban más erizados que nunca, como *Muskwa* no los había visto aún.

El oso negro levantó la cabeza, y por espacio de medio minuto cruzó su mirada con la de *Thor*. Éste balanceaba la cabeza con movimiento de péndulo, pero el otro estaba tan inmóvil como una roca.

Muskwa se hallaba a cosa de dos metros, detrás de su amigo. Dábase cuenta de que iba a ocurrir algo, y muy pronto; y, por su parte, estaba dispuesto a huir con el rabo entre piernas en compañía de *Thor*, como a avanzar y pelear con él. Su mirada sentíase atraída por el pendular movimiento de la cabeza de su amigo; todos los animales que habitaban en aquella región conocían su significado, y hasta los hombres habían ya aprendido a comprenderlo, pues los cazadores de osos lo primero que recomiendan a los neófitos es que se fijen en tal balanceo.

También lo conoció el oso negro y lo más prudente para él habría sido abandonar la comida, volver la espalda y alejarse. *Thor* le dio tiempo sobrado para ello. Pero el negro era nuevo en la comarca, sentíase con fuerzas y no estaba escarmentado. También en otros lugares se había constituido en amo y señor y todas estas razones lo decidieron a resistir de tal manera, que el primer gruñido amenazador partió de él y no de *Thor*.

Éste avanzó entonces hacia su enemigo, despacio, aunque sin mostrar vacilación. *Muskwa*, por su parte, se acercó también, pero a la mitad del camino se detuvo y se tendió en el suelo, sobre el vientre. *Thor* se paró a tres metros de los restos del reno. Ahora, su enorme cabeza se balanceaba más aprisa hacia adelante y hacia atrás, mientras de sus mandíbulas entreabiertas surgía un rugido apagado. También gruñó el oso negro, y *Muskwa* dio un gemido.

Nuevamente avanzó *Thor*, paso a paso, con el hocico casi a ras de tierra. A un metro de su adversario se detuvo y por espacio de unos treinta segundos ambos parecieron dos hombres encolerizados que trataran de atemorizarse mutuamente por la firmeza de sus miradas.

El pobre *Muskwa* temblaba como si tuviera fiebre y gemía continuamente. Lo que sucedió luego fue tan rápido, que se quedó paralizado por el terror y se agachó cuanto pudo, deseando instintivamente que se lo tragara la tierra.

Profiriendo el rugido peculiar de los osos grises, que no se parece al de ningún otro animal de la tierra, *Thor* se arrojó sobre el negro. Éste retrocedió un poco, lo necesario para tener espacio libre a su espalda cuando los dos se pusieron en contacto, pecho contra pecho. Se echó al suelo, rodando sobre su lomo, pero *Thor* era demasiado ducho y experimentado para dejarse engañar por aquella estratagema, cuyo resultado habría sido que su enemigo, de un zarpazo con la pata trasera, trataría de abrirle el vientre. Esperó la oportunidad y clavó sus fuertes dientes, hasta llegar al hueso, en el hombro de su enemigo, dándole al mismo tiempo un terrible zarpazo con

su garra izquierda.

Thor era excavador, y sus uñas estaban desgastadas; al negro no le ocurría lo mismo: como solía encaramarse a los árboles, las suyas parecían cuchillos. Y como cuchillos se clavaron en el hombro herido de *Thor*, haciendo surgir nuevamente la sangre.

Con un rugido que pareció hacer temblar la tierra, el enorme oso gris retrocedió y se irguió sobre sus dos patas traseras, en toda su estatura. Con ello avisó a su enemigo de que si bien lo habría dejado marchar después del primer encuentro, ahora que acababa de abrirle de nuevo la herida, la lucha iba a ser a muerte.

Hasta pocos momentos antes, *Thor* había peleado por su derecho y por la justicia, pero sin gran animosidad ni con deseo de matar. Mas ahora su aspecto era terrible. Su boca estaba abierta con las mandíbulas a veinte centímetros una de otra, y los labios recogidos dejaban al descubierto sus dientes y sus encías. Los músculos de su hocico estaban distendidos hasta parecer cuerdas tirantes bajo la piel, y entre sus ojos se marcaba un profundo pliegue. Los ojos brillaban como rojos granates y sus pupilas negro-verdosas estaban casi veladas por el fuego feroz que las animaba. Un hombre que viera a *Thor* en aquellos instantes habría comprendido en seguida que uno de los dos osos perecería en la lucha.

Thor no solía luchar nunca de pie. Por espacio de seis o siete segundos permaneció erguido, pero cuando el negro avanzaba hacia él se dejó caer sobre sus cuatro patas.

Hubo un nuevo encuentro y después, durante varios minutos, *Muskwa* se aplanó aún más, si cabe, sobre el suelo, mientras con ojos brillantes observaba la lucha. Era un combate como solamente pueden librarse en las selvas y en las montañas; los rugidos de las fieras retumbaban en el valle y en las alturas.

Como si fueran seres humanos, las dos gigantescas bestias utilizaban sus poderosas garras delanteras, mientras con dientes y patas traseras mordían y desgarraban. Durante dos minutos permanecieron estrechamente abrazados, rodando por el suelo, ahora uno y luego el otro debajo. El negro golpeaba ferozmente con sus patas delanteras, y *Thor*, por el contrario, usaba más sus dientes y su terrible pata derecha trasera. Con las dos anteriores no hacía el menor esfuerzo para rendir al oso negro, sino que las utilizaba para sujetarlo y alejarlo. Trataba de quedar debajo, como cuando se arrojó sobre el reno, al que abrió el vientre así que estuvo en dicha posición.

Repetidas veces *Thor* clavó sus colmillos en la carne de su contrario; pero, a mordiscos, el negro le llevaba ventaja por la rapidez, y el hombro derecho de *Thor* estaba casi destrozado cuando las mandíbulas de ambos se encontraron en el aire. *Muskwa* oyó el ruido que producían los dientes al chocar, el rechinar de éstos al resbalar unos sobre otros y, finalmente, el producido por la fractura de algún hueso.

De pronto, el negro dobló la cabeza a un lado, como si tuviera el cuello roto, y *Thor* hizo presa inmediatamente en su garganta. Luchaba aún el negro defendiéndose, y sus ensangrentadas mandíbulas se abrían y cerraban en vano, mientras su adversario le mordía certeramente en la yugular.

Muskwa se levantó. Temblaba aún, pero a impulsos de una emoción completamente nueva. Aquello no era un juego como el que algunas veces había tenido con su madre. Por vez primera presencié un combate verdadero, y la impresión hizo circular más aprisa su sangre por las venas. Dio un rugido infantil y acudió también a la lucha. Sus dientes se clavaron inútilmente en el pelaje del oso negro; tiró luego con todas sus fuerzas, apoyándose en sus patas delanteras, presa de ciega e inexplicable rabia.

El oso negro encorvó el espinazo y una de sus garras posteriores rasgó la piel de *Thor* desde el pecho hasta el vientre. Tal golpe habría destripado a un reno o a un venado, pero en *Thor* no hizo más que ocasionar un desgarrón de un metro de longitud.

Antes de que pudiera repetir la suerte, el oso gris se ladeó y el segundo golpe alcanzó a *Muskwa*, el cual lo recibió de la parte plana de la garra del oso negro, con el resultado de salir disparado a una distancia de seis metros, como piedra lanzada por una honda. No fue herido, pero sí quedó atontado.

En aquel mismo instante, *Thor* soltó la presa que había hecho en la garganta de su enemigo y se separó cosa de medio metro hacia un lado. El oso negro estaba chorreando sangre, que le cubría los hombros, el pecho y el cuello; en su cuerpo había numerosos desgarrones. Hizo un esfuerzo para levantarse, pero *Thor* se arrojó nuevamente sobre él.

Entonces fue cuando *Thor* pudo inferir la herida más grave, pues sus vigorosas mandíbulas hicieron presa en la parte superior del hocico del otro. Se oyó crujir los huesos que se rompían, y terminó la pelea, pues el oso negro murió en el acto, aunque *Thor* no lo advirtiese y continuara hiriéndolo con las agudas uñas de sus garras posteriores, destrozándolo aun después de diez minutos de sobrevenirle la muerte.

Cuando por fin *Thor* dejó al enemigo, el teatro de la lucha ofrecía un terrible aspecto. La tierra estaba removida y ensangrentada; por doquier se veían trozos de piel negra y de carne, y en cuanto al oso negro, estaba abierto en canal por las garras del vencedor.

A tres kilómetros de distancia, con los nervios en tensión, pálidos, casi sin respirar por la emoción que los embargaba, Langdon y Bruce, echados junto a una roca, estaban contemplando la escena, gracias a los anteojos. Desde aquella distancia fueron espectadores del terrible combate, pero no divisaron al osezno. Y cuando *Thor* estaba jadeante y sangrando sobre su muerto enemigo, Langdon dejó de mirar con los gemelos, exclamando:

—Dios mío!

Bruce se puso en pie, diciendo:

—¡Ven! ¡El oso negro ha muerto! ¡Si nos damos prisa podremos apoderarnos del gris!

Mientras tanto, en el prado, *Muskwa* se acercaba corriendo a *Thor*, con un trozo de piel negra entre los dientes. El oso gris entonces bajó su ensangrentada cabeza y nuevamente lamió la cara de su amiguito, que había dado pruebas de su valor y de su adhesión, y quizá *Thor* tuvo ocasión de advertirlo.

Capítulo IX - Por las cimas de las montañas

Ni *Thor* ni *Muskwa*, después del combate, se acercaron a la carne del reno. *Thor* no estaba en condiciones de comer, y en cuanto al segundo, sentíase tan excitado y tembloroso, que no habría podido pasar bocado. Continuó arrancando tiras de la piel del vencido, gruñendo infantilmente. Parecía querer terminar lo que había comenzado el otro.

Durante muchos minutos el oso gris estuvo con la cabeza caída y la sangre formaba charcos debajo de él. Tenía la mirada vuelta hacia el valle. Casi no soplaban el viento, de modo que habría sido muy difícil precisar su dirección. En las fisuras de las rocas o en los altos picachos de la montaña se habrían notado algunas ráfagas, pues allí soplaban con más fuerza. De vez en cuando, sin embargo, la brisa avanzaba suavemente hacia el valle, pero con tan poca fuerza, que apenas movía las hojas de los árboles, y uno de esos tenues soplos llegó hasta *Thor* cuando tenía la cabeza vuelta hacia el Este. Y con el aire, débil y terrible, llegó el olor del hombre.

Al notarlo, *Thor* se levantó con un rugido, despertando del letargo en que momentáneamente se sumiera. Se endurecieron sus relajados músculos, levantó la cabeza y olfateó el viento.

Muskwa cesó en su fútil pelea con la piel del muerto y husmeó también el aire, saturado del olor humano, porque Langdon y Bruce corrían y estaban sudorosos, y el sudor del hombre es muy trascendente y llega lejos. *Thor* sintió nueva cólera, pues por segunda vez este olor llegaba a él cuando estaba herido y ensangrentado. Había asociado el olor del hombre al dolor y ahora se confirmaba tal asociación de sensaciones. Volvió la cabeza, rugió al mutilado cuerpo de su enemigo, y luego amenazadoramente al viento. No tenía ganas de huir, y si en aquellos momentos Langdon y Bruce hubiesen hecho su aparición, *Thor* habríase arrojado contra ellos con aquella extrema ferocidad que las balas apenas pueden contener y que ha dado a estos osos su terrible fama.

Pero pasó la ráfaga de aire y siguió una tranquila calma. En el valle se oyó el rumor del agua corriente; junto a las rocas las marmotas silbaban de un modo suave; sobre la verde llanura agitaban sus alas las perdices que, de vez en cuando, se elevaban en bandadas. Todo esto calmó a *Thor*, de la misma manera que la suave mano femenina apacigua al hombre irritado. Por espacio de cinco minutos siguió gruñendo y olfateando, en su vano empeño de descubrir de nuevo el alarmante olor; por fin, sus gruñidos se debilitaron, y levantándose, se encaminó lentamente al lugar de donde viniera con *Muskwa*. Éste lo siguió.

El desfiladero en que se aventuraron los ocultaba del valle mientras subían. El suelo estaba cubierto de rocas y resquebrajaduras. En cuanto a las heridas recibidas por *Thor*, al revés de las causadas por las balas, habían cesado de sangrar a los pocos

minutos y, por consiguiente, no dejaban rastro. Aquel desfiladero los llevó a un amasijo caótico de peñascos que había a la mitad de la montaña, en donde estaban todavía más ocultos que abajo.

Detuviéronse y bebieron en un charco formado por el agua de la nieve derretida que bajaba de los altos picos, y continuaron la marcha. *Thor* no se detuvo cuando alcanzaron la meseta en que durmieran la noche anterior, pero ahora *Muskwa* no estaba cansado como le ocurriera la otra vez que estuvo allí. Dos días habían cambiado extraordinariamente al osezno; ya no era tan redondo y grueso, sino más esbelto, fuerte y endurecido, pues bajo la tutela de *Thor* había salido de la primera infancia para entrar en la juventud.

Era evidente que *Thor* había pasado por aquel lugar en otra ocasión, pues sabía perfectamente adonde iba. Continuó subiendo y, finalmente, pareció que tendrían que detenerse ante una enorme roca cortada a pico. Pero el camino de *Thor* conducía directamente a una gran fisura, muy poco más ancha que su cuerpo, y se metió por ella, saliendo al borde de una pendiente rocosa que se extendía a gran distancia, pues comenzaba en un bosque que estaba mucho más abajo, para terminar casi en la cumbre de la montaña.

Para *Muskwa*, avanzar por aquel camino lleno de peñascos y de agujeros era casi imposible, y mientras *Thor* empezaba a encaramarse por las primeras piedras, el osezno se detuvo y gimió. Era aquélla la primera vez que perdía el valor, y al ver que *Thor* no le hacía ningún caso, se apoderó el terror de él y gritó tan fuertemente como le fue posible, mientras buscaba el modo de pasar por aquel difícil lugar tan sembrado de rocas que no le permitían sentar las plantas.

Sin hacer el menor caso, al parecer, de la llamada de *Muskwa*, *Thor* continuó el camino hasta que estuvo a treinta metros de distancia. Entonces se detuvo, volvió deliberadamente la cabeza hacia su amiguito y esperó.

Esto reanimó a *Muskwa* y redobló sus esfuerzos, empleando las patas y los dientes en ganar terreno. Por lo menos tardó diez minutos en alcanzar a *Thor*, y cuando lo hubo logrado ya no podía más. Pero entonces se desvaneció su miedo, porque el oso gris estaba en una especie de sendero estrecho, aunque bastante liso y fácil de recorrer.

Aquella vereda tendría medio metro de anchura, y en tales lugares era incomprensible su existencia. Parecía como si numerosísimos obreros hubieran ido allí y, rompiendo centenares de rocas que sobresalían del nivel del suelo, hubiesen rellenado los huecos y las quiebras con los cascotes, dejándolo tan fino y liso en algunos sitios, que más parecía hecho de cemento. Pero no era aquélla obra de los hombres, sino que el pisar de incontables pezuñas de muchas generaciones de cabras había alisado el camino.

Thor lo conocía y lo usaba para ir de uno a otro valle, y no era el único en

transitar por él, porque otros animales hacían lo mismo y hasta con mayor frecuencia. Mientras esperaba a *Muskwa* oyeron los dos un ruido extraño, y apareció un puerco espín rodeando una roca que obligaba al camino a describir una curva.

En el Norte hay una ley, no menos observada aunque no esté escrita, de que ningún hombre debe matar un puerco espín. Es el amigo del "hombre perdido". El cazador errante o el buscador de oro rara es la vez que, careciendo de víveres, no se tropieza a uno de estos animales inofensivos que un niño puede matarlos. Es el humorista de las soledades, el más feliz, el más bondadoso y hasta el más cariñoso de los habitantes de la selva. Habla, charlotea y murmura constantemente, y cuando anda semeja un acerico cargado de alfileres; parece ignorar cuanto lo rodea, como si estuviera siempre dormido.

Cuando el puerco espín avanzaba hacia *Muskwa* y *Thor*, murmuraba muy satisfecho, y el murmullo que producía parecíase a la charla de un niño. Era muy gordo, y, cuando andaba, las púas de sus costados y de su cola producían un ligero ruido al chocar contra las piedras. Sus ojos estaban fijos en el camino, y parecía profundamente absorto, aunque, en realidad, no tuviese en qué ocuparse; cuando estuvo a un metro y medio de *Thor*, vio al oso gris, y en el acto, en un abrir y cerrar de ojos, se hizo una bola erizando sus púas mientras vociferaba con todas sus fuerzas. Luego calló, pero sus rojos ojuelos vigilaban atentamente al enorme oso.

Thor no sintió ningún deseo de matarle, pero el sendero era estrecho y no quería detenerse. Dio dos pasos y el animalejo le volvió la espalda, amenazándole con sus púas, dispuesto a clavarle algunas de un rápido y vigoroso coletazo. Y como *Thor* se había puesto en contacto más de una vez con las púas del puerco espín, vaciló. *Muskwa* miraba curioso al animal, al que aún no conocía, porque si bien se había clavado una púa de puerco espín en una pata, fue casualmente y sin que el osezno supiera a qué había obedecido el pinchazo. Pero como el puerco espín parecía intrigar a *Thor*, el osezno dio media vuelta para ponerse fuera del alcance de las púas. *Thor* dio otro paso y el puerco espín avanzó, andando hacia atrás, y dio un coletazo con tanta fuerza que sus púas se habrían podido clavar en el tronco de un árbol a más de dos centímetros de profundidad; pero, como le falló el golpe, se hizo nuevamente una bola y *Thor* dio un rodeo para evitarlo. Entonces esperó pacientemente a que llegara *Muskwa*.

Extraordinariamente satisfecho de su triunfo, el puerco espín se dispuso a continuar su camino y su gracioso parloteo. *Muskwa*, que lo vio llegar hacia él, se apresuró a dejarle el paso libre, pero al hacerlo resbaló por la pendiente inmediata al sendero, y cuando pudo encaramarse de nuevo, el puerco espín se había alejado.

No terminó aquí la aventura, porque apenas se hallaba el puerco espín a diez metros de distancia, apareció, dando la vuelta al peñasco, un tejón que seguía el rastro del puerco espín, su comida favorita; aquel indigno bandido de las montañas tenía

triple tamaño que *Muskwa*, y en todo su cuerpo no había más que músculos endurecidos, dispuestos a la lucha. Estaba bien armado de garras y de agudos dientes; sobre la frente y la nariz tenía una mancha blanca; sus patas eran cortas y gruesas, el rabo peludo y las garras delanteras eran casi tan largas como las de un oso. *Thor* lo recibió con un rugido de amenaza, y el tejón se apresuró a retroceder por miedo a perder la vida.

Mientras tanto, el puerco espín continuaba su camino en busca de comida, hablando y cantando sin acordarse para nada de lo ocurrido unos minutos antes, e ignorando también que *Thor* lo había salvado de una muerte tan cierta como la que hubiese hallado al despeñarse por un profundo precipicio.

Thor y *Muskwa* continuaron el camino, que los llevó a la cima de la montaña. Entonces se hallaban a más de mil metros de altura sobre el arroyo que habían recorrido, y tan estrecha era la meseta, que desde ella podían contemplar fácilmente las dos vertientes a un tiempo.

A *Muskwa*, todo lo que se ofrecía a sus miradas en lo profundo del valle le parecía una masa confusa de un color verde dorado; el bosque que había a lo largo de la corriente no era más que una línea negra, los bosquecillos de bálsamos y cedros semejaban matorrales y setos de espinos.

A aquella altura soplaba el viento con bastante fuerza, y *Muskwa* sintió dos o tres veces el desagradable frío de la nieve bajo sus patas. Un águila pasó volando a muy poca distancia, asustándolo, no solamente por su enorme tamaño, sino también por la fiereza de su expresión.

Thor se volvió hacia el águila y dio un rugido; y de haber estado *Muskwa* solo en aquel paraje, con toda seguridad habría sido arrebatado por la enorme ave. El águila dio una nueva vuelta, pero ya a buena distancia de los dos osos, en persecución de otra pieza, cuyo olor llegó a éstos. Un centenar de metros más abajo había un pequeño rebaño de cabras, al abrigo de una roca, tomando el sol. Casi todo el rebaño estaba compuesto de hembras y cabritillos. A poca distancia estaban tendidos tres enormes machos.

Con sus alas desplegadas, que medían dos metros, el águila continuó dando vueltas. Cruzaba el aire en silencio y las cabras no sospechaban ni remotamente su presencia. Casi todos los cabritos estaban junto a sus madres, pero dos o tres de ellos se habían alejado un poco para jugar y saltar.

Los fieros ojos del ave estaban fijos en aquellos pequeñuelos. De pronto se alejó a la distancia de un tiro de fusil, dio media vuelta y regresó a favor del viento. Cuando volvía, sus alas, aparentemente inmóviles, le permitían, no obstante, adquirir cada vez mayor velocidad y, como una piedra disparada por una honda, se arrojó sobre los cabritos. De su paso no dejó más huella que un gemido de agonía y la desaparición de uno de los pequeñuelos.

Tal suceso causó gran emoción entre las madres, que empezaron a correr, alocadas, de un sitio a otro, mientras los machos se ponían en pie y observaban los alrededores para evitar una nueva sorpresa.

Uno de los machos descubrió a *Thor*, y el grito que dio para avisar al rebaño podría haberse oído a un kilómetro de distancia. Inmediatamente echó a correr, seguido por todos sus compañeros, y durante la fuga sólo se oía el ruido de un alud de pezuñas que chocaban contra el rocoso suelo, haciendo rodar montaña abajo algunas piedras que caían con gran estrépito, arrastrando en su descenso cuantas encontraban en el camino. Todo ello era muy interesante para *Muskwa*, el cual con gusto habría continuado allí en espera de nuevos sucesos, si *Thor* le hubiese dejado.

A la sazón, el sendero que seguían empezó a descender hacia el valle, en cuyo extremo superior *Thor* había tenido que huir perseguido por los disparos de Langdon. Entonces se hallaban a nueve o diez kilómetros del bosque en que los cazadores establecieron su campamento permanente.

Una hora más tarde, los dos osos se hallaban de nuevo en las verdeantes laderas. Después del espectáculo de las pendientes rocosas, del terrible brillo de los ojos del águila y de soportar el frío viento que soplaba en lo alto, el cálido y hermoso valle al que se dirigían le parecía a *Muskwa* un paraíso.

Evidentemente *Thor* tenía un propósito determinado, y no andaba a la ventura. Tomó el rumbo Norte tan exactamente que una brújula no lo habría señalado mejor, en dirección al curso inferior del Skeena. Marchaba muy aprisa y *Muskwa* lo seguía resoplando, deseando pararse para descansar; no comprendía que su compañero tuviese tanta prisa por abandonar aquellos hermosos lugares.

Capítulo X - Bruce y Langdon en el teatro del combate

De no haber sido por Langdon, el día de la lucha entre los dos osos habría sido más excitante y peligroso para *Thor* y *Muskwa*. Tres minutos después que los cazadores hubieron llegado, sin aliento y sudorosos, a la escena del sangriento duelo, Bruce estaba ya dispuesto, deseoso de perseguir a *Thor*. Sabía que el enorme oso gris no podía andar lejos; estaba seguro de que la fiera había emprendido la ascensión de la montaña y hasta encontró huellas de las patas del oso en la arena de un regato, precisamente en el momento en que *Thor* y su compañero se aventuraban por el sendero de las cabras en lo alto de la montaña.

Sus argumentos no convencieron a Langdon. Emocionado intensamente por lo que había visto y por lo que estaba viendo entonces a su alrededor, el cazador naturalista se negó a salir del lugar del combate, cuya tierra estaba removida y manchada de sangre, en donde el oso gris y el negro habían luchado con tanta fiereza.

—Aun sabiendo que no tendría ocasión de disparar un solo tiro, sería capaz de hacer un viaje de cinco mil kilómetros sólo por ver esto —dijo—. Es emocionantísimo. Espectáculo más impresionante no se ha ofrecido a mis ojos en toda mi vida. El oso gris no se perderá por eso. Vamos a examinar estos lugares y a tratar de poner en claro lo ocurrido.

Langdon recorrió minuciosamente el campo de batalla, observando todos los detalles que revelaban la fiera lucha que allí se había librado. Examinó las terribles heridas del oso negro. Bruce, mientras tanto, contemplaba los restos del reno, y llamando a Langdon, le dijo:

—Si te interesa la historia de lo que aquí ha ocurrido, fíjate en ese reno medio devorado.

Durante unos momentos estuvieron examinando los restos del reno y las huellas que junto a él había, y luego dijo Bruce:

—Estabas en lo cierto, Jimmy, al suponer que el oso gris es carnívoro. La pasada noche debió de matar este reno, y sé que lo hizo él y no el negro por las huellas que señalan su paso cuando lo trajo arrastrando hacia este lugar. Y ahora, si me acompañas, te enseñaré dónde atacó al reno.

Siguió las huellas del oso en dirección inversa y llegaron así al lugar en que *Thor* sorprendiera a los dos renos, matando al más joven, y por allí había también señales del festín que se dieron *Thor* y *Muskwa*.

—Después de hartarse, escondió en el bosquecillo el resto de la caza —continuó Bruce—. Y esta mañana apareció el oso negro, descubrió la carne y saqueó el escondrijo. Luego volvió el oso gris y al sorprender al ladrón, se irritó y le dio su merecido castigo. Esto es lo que ha ocurrido, Jimmy.

—¿Crees que volverá por aquí? —preguntó Langdon.

—No, de ninguna manera. Ten la seguridad de que no comería de esta carne aunque estuviera muriéndose de hambre. Lo ocurrido le ha hecho cobrar la mayor antipatía a este lugar.

Langdon continuó examinando el campo de batalla y mientras tanto Bruce empezó a buscar las huellas de *Thor*. Luego, a la sombra de los árboles. Langdon estuvo escribiendo por espacio de una hora, interrumpiéndose a veces para establecer nuevos hechos o confirmar los ya observados. Mientras tanto, el montañés iba andando a lo largo del regato y, aunque *Thor* no había dejado huellas de sangre, Bruce consiguió cerciorarse de que había pasado por allí. Cuando regresó adonde estaba Langdon, su rostro expresaba viva satisfacción.

—Subió por la montaña —dijo concisamente.

Al mediodía emprendieron el camino y llegaron al lugar en que *Thor* y *Muskwa* divisaron al águila siendo testigos del rapto del cabrito. Allí comieron los dos cazadores, y gracias a sus instrumentos ópticos pudieron examinar detalladamente los valles que se ofrecían a su vista. Bruce guardó silencio por algún tiempo, pero bajando su anteojo, se volvió a Langdon y le dijo:

—Me parece que ya sé por dónde anda nuestro oso. Sospecho que hemos establecido nuestro campamento demasiado al Sur. ¿Ves ese bosquecillo? En él debimos acampar. ¿Qué te parece si nos instaláramos ahí?

—¿Hoy mismo? ¿Y abandonaremos la persecución de nuestro oso?

—¡Claro! Mañana podemos continuar. Vale más que ahora vayamos en busca de nuestros caballos.

Langdon guardó sus gemelos y se puso en pie. De pronto, prestó atención y preguntó:

—¿Qué es eso?

—No oigo nada —contestó Bruce.

Escucharon ambos con la mayor atención y luego Langdon, muy excitado, preguntó:

—¿Has oído?

—¡Los perros! —contestó Bruce.

—Sí, los perros.

Se inclinaron los dos hacia el Sur y débilmente llegaron a ellos lejanos ladridos.

Metosin había llegado con los perros y andaba buscando a los cazadores por el valle.

Capítulo XI - Pimootao

Thor estaba en lo que los indios llaman un *pimootao*. Su mente de bruto habíase propuesto el problema de la dirección a seguir, y sus razones, aunque confusas, le demostraban que el mejor camino era el que le llevaba al Norte.

Mientras Langdon y Bruce alcanzaban la cima del camino de cabras y escuchaban el distante ladrido de los perros, *Muskwa* sentíase desesperado, porque el seguir a *Thor* significaba para él correr desenfrenadamente, sin un solo momento de descanso.

Una hora después que él y su enorme compañero hubieron dejado la senda de las cabras llegaron a una prominencia del valle en donde se separaban las aguas. Desde allí un arroyo seguía hacia el Sur, en dirección al lago Tekla, y el otro hacia el Norte, al encuentro del Babine, tributario del Skeena. Las aguas descendían apresuradamente a un nivel mucho más bajo, y por vez primera *Muskwa* encontró terrenos pantanosos y tuvo que pasar por sitios tan llenos de espesa hierba que no podía ver a *Thor*, sino que lo seguía guiándose por el oído.

La corriente se ensanchó haciéndose más profunda, y en algunos lugares los dos animales bordeaban oscuros y tranquilos estanques que a *Muskwa* le parecieron de enorme profundidad. De vez en cuando, *Thor* se detenía y husmeaba inclinado sobre el borde de ellos, en busca de algo que parecía no encontrar. *Muskwa* sentíase cada vez más derrengado.

Se hallaban a más de doce kilómetros al Norte del punto desde el cual Langdon y Bruce examinaban el valle por medio de sus instrumentos ópticos, cuando llegaron a un lago. Era un paraje tenebroso, no del gusto de *Muskwa*, que nunca había visto otra cosa que la luz del sol sobre la tierra, las hierbas, las rocas y los árboles. El bosque crecía a muy poca distancia del lago y en algunos lugares era casi negro. Extraños pájaros revoloteaban por entre las espesas ramas y se percibía un olor denso que obligó al oso a lamerse el hocico, pues aumentaba su hambre.

Durante uno o dos minutos, *Thor* estuvo olfateando los olores que llenaban el aire, y entre ellos distinguió el característico de los peces.

Despacio, el oso gris echó a andar a lo largo de la orilla del lago y así llegó a la desembocadura de un arroyuelo, cuya anchura no sería superior a seis metros, pero en cambio parecía bastante profundo; su color era oscuro y las aguas tranquilas como las del mismo lago. *Thor* empezó a remontar el arroyo y así anduvo por espacio de unos cien metros, hasta llegar a un lugar en donde unos árboles caídos a través del cauce habían formado una especie de dique, junto al cual las aguas estaban cubiertas de una capa verdosa. Y como *Thor* sabía ya el significado de ello, sin hacer ruido y despacio se aventuró por entre los caídos troncos.

Detúvose en cuanto se halló en mitad del arroyo, y con su pata derecha apartó delicadamente la capa verde, dejando un espacio de agua transparente por el que

podía observar el fondo.

Los brillantes ojuelos de *Muskwa* lo observaban desde la orilla. Sabía que *Thor* andaba en busca de algo que comer, pero cómo lo lograría en aquel lugar, era cosa que le preocupaba muchísimo, a pesar del cansancio que sentía.

Thor se tendió sobre el vientre a lo largo de los troncos, con la pata derecha y la cabeza suspendidas sobre el agua. Luego introdujo la pata en el arroyo, a una profundidad de treinta centímetros, y, guardando la mayor inmovilidad, esperó. Desde donde se hallaba podía ver claramente el fondo de la corriente; por espacio de algunos minutos no divisó nada más; pero luego advirtió que algo se movía bajo su pata. Era una trucha de cuarenta centímetros de longitud, pero como pasaba a demasiada profundidad, el oso no hizo el menor movimiento. Esperó tranquilamente y pronto vio recompensada su paciencia. Una hermosa trucha, moteada de rojo, flotaba debajo de la verdosa capa, y, con rapidez tan extraordinaria que hizo prorrumpir a *Muskwa* en un grito de terror, la enorme pata de *Thor* lanzó un chorro de agua a cuatro metros de distancia, cayendo con ella la trucha a pocos centímetros del osezno, que se arrojó instantáneamente sobre el pez, y, mientras éste se debatía agonizante, sus agudos dientes se clavaron en él.

Thor se incorporó sobre los troncos de árbol, pero al ver que *Muskwa* había tomado ya posesión del pescado, recobró su primera posición. Aquella era la primera muerte que el osezno realizaba en su vida. De pronto un nuevo chorro de agua acompañó a tierra otra trucha, a la que *Thor* siguió rápidamente porque estaba hambriento.

Los dos amigos celebraron un festín junto al lago. Por cinco veces consecutivas, *Thor* sacó truchas del agua, pero *Muskwa*, después de dar fin a la primera, no pudo con más.

Después de la comida, los dos estuvieron echados durante algunas horas en aquel fresco lugar, junto a los árboles que formaban el dique. *Muskwa* no durmió profundamente, pues se daba cuenta de que la vida es un asunto que envuelve gran responsabilidad personal, y ejercitaba ya sus oídos estando atento a toda clase de ruidos y en cualquier momento. Siempre que *Thor* se movía o daba un suspiro, *Muskwa* se enteraba de ello. El osezno, después de aquel día tan accidentado, temía que su amigo pudiera abandonarlo, y estaba resuelto a impedir que se presentase la más pequeña oportunidad de que su enorme amigo pudiera alejarse sin que él lo viera u oyera. Pero *Thor* no tenía, por su parte, el menor deseo de huir de su compañero, pues se había encariñado con él.

No solamente por el deseo de comer pescado o por miedo a sus enemigos había ido *Thor* a aquella tierra baja, cruzada por los afluentes del Babine. Desde una semana atrás sentía un malestar creciente que llegó a su punto máximo en los tres últimos días. Experimentaba una sensación extraña, no satisfecha. Mientras *Muskwa*

dormitaba sobre la hierba, los oídos de *Thor* estaban atentos, esperando sorprender ruidos y husmeando con frecuencia el aire. Necesitaba hembra.

Era *pskoowepesim* —la luna de la muda—, y, durante aquella luna, *Thor* andaba siempre en busca de la hembra que acudía a él desde las vertientes occidentales. El oso gris era muy apegado a sus costumbres y siempre daba aquella vuelta especial, entrando en el otro valle por su parte inferior, dirigiéndose hacia el Babine. Nunca dejaba de alimentarse con pescado durante el camino y cuanto más comía despedía mayor olor. Tal vez *Thor* hubiera descubierto que el perfume de aquellas truchas moteadas de oro lo hacían más atractivo a su dama, pero cualquiera que fuese el motivo, comía pescado en abundancia y olía a él con bastante intensidad.

Dos horas antes de la puesta de sol, *Thor* se levantó y se desperezó. Comió tres pescados más que sacó del agua. *Muskwa* se comió la cabeza de una de las truchas, dejando el resto para su amigo. Luego ambos continuaron su camino.

Aquél era ya un mundo nuevo para *Muskwa*, pues en él no descubrió ninguno de los sonidos que conocía. Había desaparecido el zumbido especial que reinaba en el valle superior; no había marmotas ni perdices, ni tampoco se veían topos en parte alguna. El agua del valle era tranquila, oscura y profunda; tenía lugares sombríos y medio ocultos por las raíces de los árboles, pues la selva lindaba con el agua. No había rocas para encaramarse a ellas, sino troncos de árboles resbaladizos, ramas derribadas por el viento y montones de hojarasca. El aire era también diferente; apenas soplaba. Las patas del oseño pisaban a veces una maravillosa alfombra en la que se hundía hasta los sobacos. El bosque estaba sumido en una extraña oscuridad. Había en él sombras misteriosas y la atmósfera se advertía densificada por los acres olores de la vegetación corrompida.

Thor no avanzaba tan aprisa por allí. El silencio, la oscuridad y el aire, tan saturado de perfumes y olores que llegaba a ser opresivo, parecían suscitar sus precauciones. Avanzaba despacio; frecuentemente se detenía, miraba a su alrededor y prestaba oído; olfateaba los bordes de los estanques ocultos bajo las raíces; y cada nuevo sonido le obligaba a detenerse, a bajar la cabeza y a enderezar las orejas.

Varias veces, *Muskwa* vio sombras que flotaban a través de la penumbra. Eran los enormes y grises búhos que cambiaban en invierno el plumaje hasta ponerse blancos del todo. De pronto se vieron ante un fiero animal de brillantes ojos y suaves movimientos, que desapareció repentinamente al ver a *Thor*. Era un lince.

No era todavía completamente de noche cuando *Thor* salió silenciosamente a un claro, y *Muskwa* viose en la orilla de un arroyo cerca de un gran estanque. El aire estaba saturado del aliento y del calor de un nuevo género de vida. No era debido a los peces, y, sin embargo, parecía proceder del estanque, en cuyo centro había tres o cuatro masas circulares parecidas a grandes montones de hojarasca unidos por una capa de lodo.

Tantas veces como *Thor* iba a aquel valle, visitaba la colonia de los castores, y, si la ocasión se presentaba favorable, se apoderaba de algún joven castor para que le sirviera de cena o de desayuno. Aquella noche no estaba hambriento y tenía mucha prisa, mas a pesar de eso permaneció parado unos minutos en la sombra, cerca del estanque.

Los castores habían principiado ya su trabajo nocturno. *Muskwa* entendió pronto el significado de las rayas de luz que cruzaban apresuradamente la superficie del agua. Al extremo de cada línea brillante había siempre una cabeza oscura, plana, y entonces observó que muchas de aquellas rayas empezaban en el extremo del estanque y se dirigían en línea recta hacia una barrera larga y baja que cerraba el camino del agua a cosa de cien metros hacia el Este.

Thor desconocía aquella barrera, pero con su gran conocimiento de las costumbres de los castores sabía que éstos —a los que se comía solamente de vez en cuando— ensanchaban sus dominios construyendo un nuevo dique. Mientras ambos osos observaban, dos gordos castores empujaban un tronco de un metro veinte de largo hacia el estanque, y cuando el madero cayó al agua produjo gran ruido. Entonces uno de ellos empezó a dirigirlo hacia el lugar en que se llevaba a cabo la construcción, en tanto que su compañero se alejaba para dedicarse a otro trabajo. Un poco más tarde se oyó un crujido en el bosque contiguo al estanque, lo que demostraba que otro castor acababa de derribar un nuevo árbol. Entonces, *Thor* se encaminó hacia el dique.

Casi al mismo tiempo se oyó un fuerte chasquido en mitad del estanque, seguido de un tremendo ruido de algo que chocaba contra el agua. Un castor viejo había descubierto a *Thor* y, con el lado plano de su ancha cola, dio un golpe sobre la superficie del agua, que resonó con la violencia de un disparo de rifle, a fin de avisar a sus compañeros. En el acto hubo chapoteos y sumersiones por todas partes, y un momento después agitaban el agua del estanque una veintena de castores, que, interrumpiendo su faena, buscaban la salvación bajo la superficie, en sus madrigueras tapizadas de musgo y lodo. En cuanto a *Muskwa*, estaba tan absorto ante aquel espectáculo, que casi se olvidó de seguir a *Thor*.

Alcanzó al oso gris en el dique. Por algunos momentos, *Thor* inspeccionó la nueva obra y luego la probó con su peso. Era sólida y sobre aquel puente, que en realidad parecía construido para ellos, cruzaron hacia la orilla más alta del otro lado. Pocos centenares de metros más lejos, *Thor* encontró la pista de un reno que, durante poco más de media hora, los llevó alrededor del extremo del lago, hacia la corriente de desagüe que se dirigía al Norte.

A cada momento *Muskwa* esperaba que *Thor* se detendría. La siesta de la tarde no le había librado de la cojera de sus patas ni del dolor que sentía en sus tiernas plantas. Estaba cansado de andar, y, de haber dependido de su voluntad, no habría recorrido

un solo kilómetro en un mes entero. Dar un paseo de vez en cuando no habría sido difícil; pero seguir a *Thor* era demasiado para él, pues veíase obligado a trotar, del mismo modo que un chiquillo se agarra desesperadamente y corre al lado de un hombre que anda con paso ligero, y el pobre *Muskwa* no tenía siquiera el recurso de agarrarse. Ardíanle las plantas de los pies y su tierno hocico estaba erosionado por el roce constante con las plantas espinosas; además, tenía el lomo derrengado. Sin embargo, continuaba la marcha desesperadamente hasta que llegó al cauce del arroyuelo, en donde la arena y la grava le permitieron andar con más facilidad.

Las estrellas habían salido ya, por millones, claras y brillantes. Evidentemente, *Thor* estaba decidido a pasar la noche de la misma manera, sin consideración alguna para el pobre *Muskwa*; pero éste tuvo la suerte de que la lluvia, el rayo y el trueno interviniesen, otorgándole el descanso que tanto necesitaba.

Por espacio de una hora las estrellas continuaron brillando intensamente y *Thor* siguió andando, andando sin cesar, en tanto que el desgraciado *Muskwa* cojeaba de las cuatro patas. Luego, hacia el Oeste, se oyó un ruido profundo que fue aproximándose y creciendo en intensidad, procedente del cálido Pacífico. *Thor* se intranquilizó y olfateó atentamente el aire que llegaba hasta él, mientras en lontananza lívidas rayas de luz cruzaban el oscuro cielo. Las estrellas empezaron a desaparecer; llegó el huracán y luego la lluvia.

Thor encontró una enorme roca que le ofrecía un techo bajo el cual podía resguardarse de la tempestad, y allí, en aquella cavidad, se metió con *Muskwa*, antes de que llegase el chaparrón, el cual, durante varios minutos, más pareció un alud de agua que lluvia propiamente dicha; como si una parte del océano Pacífico hubiese sido arrebatada por las nubes y luego cayera sobre la tierra. En menos de una hora el arroyo se convirtió en impetuoso torrente.

El rayo y el estampido de los truenos aterraron a *Muskwa*. A veces veía a su compañero iluminado por brillantes ráfagas de luz, y luego se quedaba todo oscuro, negro como la pez; el retumbar de los truenos daba la impresión de que las cimas de las montañas se venían abajo, cayendo hacia los valles; la tierra temblaba y *Muskwa* se acercaba cada vez más a *Thor*, hasta que por fin se halló entre sus dos patas delanteras, medio cubierto por el largo pelaje del pecho del enorme oso gris. En cuanto a éste, no sentíase muy impresionado por aquellas convulsiones de la Naturaleza, y lo que más le preocupaba era mantenerse seco, pues hasta cuando tomaba un baño necesitaba luego el calor del sol y una roca alumbrada por él donde tenderse.

Después de aquel enorme chaparrón, continuó la lluvia durante largas horas, pero con menos intensidad, con gran satisfacción de *Muskwa*, quien se apretó aún más contra el pecho de *Thor* y se quedó dormido. El oso gris permaneció despierto, cerrando de vez en cuando los ojos, pero sin acabar de dormirse, por impedirlo la

intranquilidad que le dominaba.

Después de medianoche cesó de llover, pero la oscuridad era profunda, el arroyo se había desbordado, y *Thor* permanecía aún debajo de la roca. *Muskwa* durmió muy bien.

Ya era de día claro cuando *Thor*, al desperezarse, despertó a *Muskwa*, el cual siguió a su compañero, sintiéndose mucho mejor que la noche anterior, aunque los pies seguían doliéndole y tenía el cuerpo como envarado.

El oso reanudó su camino a lo largo del arroyo, hallando lugares en donde crecía exuberante la hierba, y, sobre todo, los lirios de largo tallo que tanto le gustaban. Pero para una enorme bestia de quinientos kilogramos de peso, aquellos lirios no eran sino golosinas, y para hartarse de ellas hubiese tenido que emplear más tiempo del que entonces disponía. *Thor* era un ardiente enamorado, aunque solamente le preocupaba el amor de unos pocos días del año; durante esos días alteraba de tal manera sus costumbres que ya no vivía como antes con el solo objeto de comer y engordar, es decir, que dejaba de vivir para comer y solamente comía para vivir; en cuanto al pobre *Muskwa*, estaba ya casi muerto de hambre.

En las primeras horas de la tarde, *Thor* llegó a un estanque, que no quiso pasar de largo, pues apenas tenía cuatro metros de ancho y estaba materialmente lleno de truchas. Los peces no habían podido alcanzar el lago superior y se retrasaron cuando empezaron a bajar a las aguas más profundas del Babine y del Skeena. Habíanse refugiado en aquel estanque que llevaba camino de convertirse en una trampa mortal, de la que les sería imposible salir.

En uno de los extremos, el agua tenía sesenta centímetros de profundidad y en el opuesto solamente quince. Después de examinar este hecho por espacio de unos minutos, el oso gris se dirigió deliberadamente a la parte más profunda y desde la orilla *Muskwa* vio rebullir peces en el agua. *Thor* avanzaba despacio, y luego, cuando estuvo en la parte menos honda, los peces, locos de terror, huían tratando de refugiarse donde había más agua.

Entonces empezó *Thor* a maniobrar con su pata derecha, lanzando agua a la orilla. El primer remojón sorprendió a *Muskwa*, pero con él llegó una trucha que pesaba por lo menos un kilo y que el oso se apresuró a arrastrar tierra adentro para comérsela. Mientras tanto el agua del estanque estaba tan agitada por los golpes que en ella daba la pata de *Thor*, que las truchas se desorientaron por completo y tan pronto como llegaban a un extremo de su cárcel acuática, salían disparadas hacia el otro. Este juego continuó hasta que el oso hubo echado a tierra una docena de ellas.

Tan absortos estaban *Muskwa* y *Thor* en la pesca, que ninguno de ellos se dio cuenta de la presencia de un intruso, pero al levantar las cabezas, por casualidad, lo divisaron los dos a un tiempo. Por espacio de unos treinta segundos estuvieron mirándose los tres personajes, llenos de asombro. *Thor* estaba con las patas

sumergidas en el estanque y *Muskwa* sujetando la pesca, y tanto era el asombro que los dos amigos experimentaban, que no sentíanse capaces de hacer el menor movimiento. El intruso era otro oso gris, y con la misma tranquilidad que si fuera él quien hubiera pescado las truchas, empezó a comer. Peor insulto y desafío más terrible no existía en tierra de oso, y hasta el mismo *Muskwa* lo comprendió así. Miró a *Thor* expectante, y, seguro de que allí habría un nuevo y terrible combate, se lamió el hocico.

Thor salió despacio del estanque, y una vez en tierra, se detuvo. Los dos osos grises se miraron uno a otro, pero no por eso el intruso dejó en el suelo el pescado que tenía entre los dientes. Ninguno de los dos gruñó, y *Muskwa*, muy extrañado, no descubrió el menor síntoma de hostilidad, lo cual hizo crecer su asombro de un modo extraordinario, más aún cuando *Thor* empezó a comer un pescado a menos de un metro de distancia del otro oso gris.

Tal vez el hombre es la más perfecta de las creaciones de Dios, pero cuando se trata de respetar los muchos años, no es mejor, ni siquiera tan bueno, como un oso gris. Porque *Thor* no sentía el menor deseo de arrebatar su comida a un oso viejo ni de pelear con él, lo cual es más de lo que podría decirse de los hombres. El intruso era un anciano, y además estaba enfermo. Tenía casi la altura de *Thor*, pero era tan viejo que la anchura de sus hombros alcanzaría escasamente a la mitad que la de aquél. En cuanto a su cabeza y a su cuello, eran grotescamente delgados. Los indios llaman a estos animales *Kuyas Wapusk*, es decir, "oso tan viejo, que está a punto de morir". Cuando lo encuentran, lo dejan alejarse sin hacerle daño alguno; los demás osos lo toleran y le permiten comer de su comida si el caso se presenta; solamente lo mata el hombre blanco.

El viejo oso estaba hambriento. Sus garras habían desaparecido; el pelaje era escaso y débil y en algunos sitios no existía. No tenía para masticar más que las rojas encías endurecidas, y, si podía vivir hasta el otoño, era indudable que se aletargaría por última vez, pero probablemente la muerte sobrevendría antes. En tal caso, *Kuyas Wapusk* se daría cuenta de su inmediato fin y se apresuraría a arrastrarse hacia alguna caverna o fisura entre las rocas para exhalar el último suspiro, pues en todas las Montañas Rocosas, según les constaba a Langdon y a Bruce, no existía el hombre que hubiese encontrado el cuerpo o el esqueleto de un oso fenecido de muerte natural.

En cuanto al enorme *Thor*, herido y perseguido por el hombre, parecía comprender que aquélla era la última comida de *Kuyas Wapusk*, demasiado viejo para pescar o para cazar y sin fuerzas, incluso, para excavar la tierra en busca de raíces. Así, pues, le dejó comer hasta que desapareció la última trucha y luego prosiguió su camino seguido por el fiel *Muskwa*.

Capítulo XII - Los amores de Thor

Durante las dos horas siguientes, *Thor* arrastró a *Muskwa* en aquel fatigoso viaje hacia el Norte. Desde que salieron del sendero de cabras de lo alto de la montaña, habían recorrido unos treinta kilómetros, y para el osezno tal distancia era tanto como dar la vuelta al mundo. En circunstancias corrientes no se habría alejado del lugar de su nacimiento hasta haber cumplido dos o tres años.

Ni una sola vez en aquel viaje hacia el valle había *Thor* perdido tiempo en escalar las laderas de las montañas. Siguió los caminos más fáciles a lo largo del arroyo. Cinco o seis kilómetros más abajo del estanque, en donde dejaran al oso viejo, cambió súbitamente de idea, dirigiéndose hacia el Oeste, y poco después subían ambos una montaña. Ascendieron por una verde pendiente por espacio de quinientos metros, y felizmente para las patas de *Muskwa*, esto los llevó a una nivelada y lisa superficie que, sin grandes esfuerzos, les permitió alcanzar las vertientes del otro valle. En éste fue donde *Thor* mató al oso negro.

Desde el momento en que el oso gris pudo contemplar los límites septentrionales de su montaña, se operó un cambio en él. Perdió en el acto la prisa y por espacio de quince minutos estuvo mirando al valle olfateando el aire. Descendió despacio, y en cuanto llegó a los verdes prados y al cauce del arroyo, volvió la cabeza hacia el viento procedente del Sudoeste. No percibió el olor que buscaba, el de la hembra, pero un sentimiento instintivo, más fuerte que la razón, le advirtió que ésta estaba cerca. *Thor* no tomó en consideración la posibilidad de un accidente ni el peligro de que algún cazador la hubiese matado. Allí era donde todos los años emprendía el camino para buscarla y, más o menos tarde, no había duda de que la encontraría. Conocía perfectamente el rastro de ella, y cruzaba y volvía a cruzar por el valle, para que no pudiera pasarle inadvertido.

Cuando a *Thor* le dominaba la pasión amorosa, era casi como un hombre que se hallara en la misma situación, o sea que se mostraba algo tonto. Todas las demás cosas carecían entonces de importancia. Sus costumbres, las que tan rígidamente observaba en otro momento, no le importaban entonces lo más mínimo. Incluso olvidaba el hambre, y ni las marmotas ni los topos corrían ningún peligro. *Thor* mostrábase a la sazón incansable, pues día y noche andaba en busca de la osa.

Es natural que en aquellas horas tan excitantes para él, olvidase poco menos que por completo a *Muskwa*. Antes de la puesta del sol cruzó y volvió a cruzar el arroyo por lo menos diez veces, y el pobre osezno, aburrido por aquella marcha inútil e incesante, vadeaba y nadaba en seguimiento de su amigo. Estuvo a punto de ahogarse a fuerza de tragar agua. Y cuando *Thor* cruzaba la corriente por duodécima vez, *Muskwa* se rebeló y siguió andando un poco por su propia cuenta. A poco, *Thor* volvió a su lado.

Inmediatamente después, y cuando el sol se ocultaba en el horizonte, ocurrió lo inesperado. La débil brisa que soplaba se desvió hacia el Este, y de las vertientes occidentales, situadas a ochocientos metros de distancia, trajo un olor que dejó inmóvil a *Thor* por espacio de medio minuto, y luego lo obligó a emprender desenfrenado galope.

Muskwa echó a correr tras él con todas sus menguadas fuerzas, temeroso de quedarse solo, pero perdía terreno a cada paso. En aquella carrera de ochocientos metros habría perdido a *Thor* por completo si éste no se hubiera detenido al pie de la primera vertiente para orientarse. Cuando reanudó la marcha cuesta arriba, *Muskwa* pudo verlo y profirió un gemido como si suplicara que lo aguardase.

Doscientos o trescientos metros más arriba, la pendiente se interrumpía en una hondonada, y en ella, olfateando también como lo hiciera *Thor*, estaba la hermosa osa gris acompañada de uno de sus cachorros. *Thor* estaba a cincuenta metros de ella cuando se asomó por el borde de la trinchera y, al verla, se detuvo y la miró. *Iskwao*, la osa, lo contempló a su vez.

A partir de entonces se inició el cortejo a la manera de los osos. Todo apresuramiento, toda ansiedad y deseo, parecían haber abandonado a *Thor*; y si *Iskwao* había sentido a su vez algún deseo de encontrarle, parecía también experimentar entonces por él la mayor indiferencia. Durante dos o tres minutos, *Thor* miró distraídamente a uno y a otro lado, y aquello dio tiempo a *Muskwa* para llegar al lugar del encuentro y detenerse. Al ver a la osa esperaba presenciar otra mortal pelea.

Como si *Thor* estuviera a millares de kilómetros de ella, *Iskwao* se volvió hacia una roca plana y empezó a buscar pulgones y hormigas; *Thor*, por no ser menos, tiró de un bocado de hierba y se la tragó. *Iskwao* entonces dio unos pasos, *Thor* la imitó, y, como si fuese por casualidad, se acercaron uno a otro.

A *Muskwa* le extrañaba aquello extraordinariamente, y el otro oseño también parecía admirado por lo que veía. Ambos pequeñuelos estaban sentados sobre sus ancas, como dos perros, y parecían dispuestos a ser espectadores de lo que, sin duda alguna, iba a suceder allí.

Cinco minutos emplearon *Thor* e *Iskwao* para llegar a dos metros uno de otro, y luego, muy cumplidamente, se olieron los hocicos.

El oseño gris se unió al grupo familiar. Estaba precisamente en la edad en que le cabía el derecho de tener un nombre muy largo, porque los indios le habrían llamado *Pipoonaskoos*, es decir, "el que tiene un año". Con osadía se acercó a *Thor* y a su madre; el oso gris pareció no advertir de momento su presencia, mas a los pocos instantes movió hacia un lado su pata delantera derecha, y con poco esfuerzo levantó a *Pipoonaskoos* y lo arrojó hacia donde estaba *Muskwa*.

La madre no hizo caso alguno de la expulsión, sino que continuó oliendo cariñosamente el hocico de *Thor*. *Muskwa* se figuró, sin embargo, que aquello era el

preliminar de alguna terrible pelea y, gimiendo alarmado, echó a correr pendiente abajo cayendo sobre *Pipoonaskoos*.

Éste era un pequeñuelo mimado, uno de aquellos oseznos que persisten en seguir a su madre hasta que tienen dos años, en vez de valerse por sí mismos como otros hermanos de raza. Hasta que cumplió los cinco meses su madre lo amamantó y luego empezó a buscar golosinas para él; por eso estaba gordo, reluciente y tenía el cuerpo suave.

En cambio, unos cuantos días de rudo ejercicio habían endurecido a *Muskwa*, y, aunque en tamaño no alcanzaba más que a una tercera parte del volumen de *Pipoonaskoos* y sus pies estaban fatigados y heridos y le dolían los lomos, consiguió derribar al otro osezno, cayendo sobre él como bala despedida por un cañón.

Todavía no repuesto del golpe que le dio *Thor*, *Pipoonaskoos*, al sentir una nueva acometida, profirió un grito, pidiendo auxilio a su madre. Nunca se había peleado con nadie, y se abandonó al impulso del empujón, por lo que fue rodando mientras pataleaba con las cuatro extremidades, gritando cuando los afilados dientes de *Muskwa* se clavaron repetidamente en su tierna piel.

Muskwa pudo agarrarlo por el hocico y apretó con fuerza, lo cual acabó de quitar al pequeño oso gris todo el valor que hubiese podido tener. A partir de aquel momento sus gritos aumentaron cada vez más para que su madre se enterase de que estaban asesinándole, pero *Iskwao* no hizo el menor caso, pues estaba muy atareada renovando su conocimiento con *Thor*.

Por fin, *Pipoonaskoos* pudo retirar el ensangrentado hocico y, librándose de *Muskwa* por medio de un empujón, gracias a su mayor peso, emprendió precipitada carrera, pero *Muskwa* lo persiguió valerosamente. Por dos veces dieron la vuelta a la hondonada y, a pesar de sus cortas patas, *Muskwa* le iba dando alcance, cuando *Pipoonaskoos*, mirando de lado, vio a su enemigo muy cerca y, aturdido, tropezó con una roca y cayó. Comenzó a gritar. *Muskwa* se arrojó sobre él y seguramente habría continuado mordiéndole y gruñendo mientras le quedaran fuerzas para ello, de no haberse dado cuenta de que *Thor* e *Iskwao* desaparecían juntos andando lentamente hacia el valle.

Casi instantáneamente olvidó *Muskwa* la lucha en que estaba empeñado, extrañándose de que *Thor* se marchara de paseo con el otro oso, en vez de destruirlo con garras y dientes. *Pipoonaskoos* también se puso en pie y miró; luego los dos oseznos se contemplaron mutuamente. *Muskwa* se lamió el hocico, indeciso acerca de lo que debía hacer: si divertirse nuevamente en morder a *Pipoonaskoos* o seguir a *Thor*, pero su compañero no le dio tiempo para elegir, porque, dando un gemido, se fue en busca de su madre.

Para los dos oseznos, lo que siguió fue muy extraño. Durante toda la noche *Thor* e *Iskwao* estuvieron ocultos en el bosque inmediato, cercano al arroyo. Al amanecer,

Pipoonaskoos fue nuevamente en busca de su madre, pero *Thor* lo echó al arroyo. Aquella segunda prueba del mal humor de *Thor* impresionó a *Muskwa* y le dio a entender que los mayores no estaban dispuestos a tolerar entonces la presencia de los pequeños. Y esta impresión, sentida también por *Pipoonaskoos*, fue la causa de que entre las divergencias de los dos oseznos hubiera una tregua.

Thor e *Iskwao* estuvieron todo el día retirados. A la mañana del día siguiente, *Muskwa* se aventuró en busca de comida. Le gustaba la hierba tierna, pero no le nutría lo bastante. Varias veces observó cómo *Pipoonaskoos* excavaba cerca del arroyo y, curioso de saber lo que allí habría, alejó al osezno de uno de los hoyos que había comenzado a practicar y continuó él sacando tierra. Después de algún trabajo encontró una raíz blanca, bulbosa y tierna, que se comió, juzgando que era la cosa más agradable y sabrosa que había paladeado en su vida, sin exceptuar el pescado. Le resultó una verdadera golosina. Y como por aquellos lugares crecía abundante la planta que tenía tales raíces, siguió excavando en busca de ellas, hasta que le dolieron las patas delanteras, aunque con la satisfacción de haberse alimentado bien.

Thor fue el culpable de una nueva pelea entre *Muskwa* y *Pipoonaskoos*. Ya avanzada la tarde, los dos osos adultos estaban echados uno al lado del otro, cuando, sin razón que lo explicara, *Thor* abrió sus enormes mandíbulas y emitió un rugido grave y retumbante, muy parecido al que diera después de haber matado al oso negro. *Iskwao* levantó la cabeza y se unió a su rugido, sin que por ello se hubiese alterado la calma y la paz entre los dos. Por qué se entregan a tan terrorífico dúo los osos en celo, es un misterio que solamente ellos podrían explicar. Duró el dúo tal vez un minuto, y mientras resonaban los rugidos, *Muskwa*, que estaba fuera del bosquecillo, se figuró que había llegado ya la hora gloriosa en que *Thor* acababa de matar a la madre de *Pipoonaskoos*; y en el acto empezó a buscar a éste.

Pronto encontró al osezno gris y, sin darle tiempo para comprender la razón de su ataque, se lanzó sobre él impetuosamente. *Pipoonaskoos* rodó por el suelo como una bola. Luego, durante unos minutos, ambos patalearon y se mordieron, aunque en realidad el que mordió fue sólo *Muskwa*, pues el otro se limitó casi exclusivamente a gritar con toda su fuerza.

Finalmente el osezno gris pudo librarse de su enemigo y emprendió vergonzosa fuga. *Muskwa* lo persiguió, atravesando los matorrales, cruzando el arroyo, subiendo y bajando la pendiente de la montaña, hasta que estuvo tan cansado que se vio obligado a echarse para recobrar el aliento.

Precisamente en aquel instante salía *Thor* del bosquecillo. Estaba solo y, por primera vez desde que encontrara a *Iskwao*, pareció advertir la existencia de *Muskwa*. Luego husmeó el viento en varias direcciones y emprendió la marcha hacia las distantes vertientes de las que viniera con *Muskwa*. El osezno estaba tan complacido como perplejo. Habría gustado ir al bosquecillo a gruñir y a arrancar el pellejo del

oso muerto que sin duda había allí, deseando también acabar con *Pipoonaskoos*. Pero tras unos momentos de vacilación, echó a correr detrás de *Thor* y ya no se separó de él.

Poco después salió del bosquecillo *Iskwao*; la osa, como *Thor*, husmeó en varias direcciones y, seguida de *Pipoonaskoos*, emprendió el camino hacia el sol poniente.

Así terminó la aventura amorosa de *Thor* y la primera pelea de *Muskwa*; juntos se encaminaron entonces hacia el Este, ignorantes de que iban a afrontar el más terrible peligro que hasta entonces corrieran en aquellas montañas los animales de cuatro patas, un peligro mortal, implacable, del que no había huida posible.

Capítulo XIII - Llegan los perros

La primera noche después de dejar a *Iskwao* y a *Pipoonaskoos*, el oso gris y el osezo anduvieron errantes a la luz de las brillantes estrellas. *Thor* no cazó para comer carne. Subió una áspera pendiente y luego encontró una hondonada en la que crecían varias plantas cuyas raíces le gustaban sobremanera, y así excavando y comiendo raíces pasó toda la noche.

Muskwa, que se había hartado del mismo alimento, no tenía hambre, y como por otra parte el día había sido bastante descansado para él, a excepción de los momentos en que atacó a *Pipoonaskoos*, aquella noche tan iluminada por las estrellas le pareció sumamente agradable. Salió la luna hacia las diez y apareció tan grande, tan roja y tan hermosa, que *Muskwa* quedose asombrado, pues en su corta vida aún no la había visto así. El satélite pasó por encima de los picachos inundándolos de tanta luz, que más parecía originada por el incendio del bosque, por su maravilloso resplandor. En la hondonada, que mediría diez áreas de extensión, había tal claridad que parecía de día. El pequeño lago que había al pie de la montaña brillaba suavemente, y el regato que bajaba por ella desde trescientos metros de altura, llevando al valle las aguas procedentes de la licuación de las nieves, mostraba sus pequeñas y resplandecientes cascadas semejantes a chorros de piedras preciosas.

Por el prado estaban diseminados algunos pinos y bálsamos, como si los hubiese plantado allí la mano del hombre para efectos ornamentales, y a un lado había una pendiente cubierta de verdura, en cuya cima, escondido a los ojos de *Thor* y de *Muskwa*, estaba durmiendo un rebaño de cabras.

Muskwa iba de un lado a otro, siempre cerca de *Thor* examinando los matorrales, las oscuras sombras de pinos y bálsamos y la orilla del lago. Halló un espacio de terreno cubierto de lodo, cuyo contacto mitigó el dolor de sus patas, y, por lo menos veinte veces en aquella noche, buscó la frescura de aquel blando suelo.

Cuando llegó la aurora, *Thor* no parecía dispuesto a salir de la hondonada, pues hasta que el sol estuvo muy alto continuó rondando por el prado cerca del lago, excavando a veces la tierra en busca de alguna raíz y comiendo tierna hierba. Ello satisfizo a *Muskwa*, el cual se desayunó también con raíces, pero en cambio sintió la mayor extrañeza de que *Thor* no fuera al lago a pescar truchas, pues ignoraba que no todas las aguas contienen peces. Por fin, perdida ya la paciencia, decidió pescar por su cuenta, y lo único que logró fue sacar un escarabajo acuático de dura coraza y largas pinzas, con las cuales se agarró a su hocico con tal fuerza, que el dolor le arrancó desesperados gritos.

Eran tal vez las diez de la mañana, y la hondonada, a causa de los rayos del sol, se convirtió en un verdadero horno para un animal de tan grueso pelaje como el oso, pero *Thor*, tras buscar un rato, encontró entre las rocas, junto a las cuales caía una

cascada, un lugar tan fresco como pudiera serlo una bodega subterránea. Era una pequeña caverna, cuyas paredes pizarrosas estaban cubiertas de agua procedente de las nieves, que se filtraba a través de las fisuras.

Era aquél uno de los lugares en que a *Thor* le gustaba penetrar en los cálidos días de julio, pero a *Muskwa* le pareció oscuro y desagradable y en modo alguno tan grato como la luz del sol; por eso, después de un rato, dejó a *Thor* en su fresquera y empezó a practicar investigaciones por entre las traidoras vertientes de la montaña.

Todo marchó perfectamente durante los primeros cinco minutos, pero luego tuvo *Muskwa* la mala idea de aventurarse a pisar el borde de una pendiente pizarrosa por la que corría una ancha y tenue faja de agua. Ésta se deslizaba por allí seguramente desde hacía varios siglos, y la pizarra estaba, a causa del continuo roce, tan lisa y pulimentada como un espejo. Debido a esto, los pies de *Muskwa* resbalaron, como si quisieran huir del cuerpo que sustentaban, y el oseño no tuvo tiempo ni siquiera de darse cuenta de lo que había sucedido, porque inmediatamente sintió que se deslizaba, con la rapidez del rayo, hacia el lago, que estaba a unos treinta metros más abajo. Rodó como una pelota lanzada con enorme fuerza, sin tiempo para afianzarse con sus patas; saltaba al encontrar la menor desigualdad, y sentíase cegado por el agua y el viento mientras continuaba bajando cada vez con mayor velocidad. Sin embargo, logró dar algunos gritos en demanda de socorro y tuvo la suerte de que éstos llegaran a oídos de *Thor*.

Al final de aquella pendiente había un salto de tres metros que terminaba en la superficie del lago. *Muskwa* lo dio, a su pesar, pero la violencia de la caída y la velocidad que llevaba lo hundieron en el agua a seis metros de profundidad. Sintió el frío del remojón y se aterró al notar la oscuridad que lo envolvía; faltóle la respiración, pero el instinto lo obligó a mover vigorosamente las patas para salir a la superficie, lo que no le fue difícil gracias a la capa de grasa que cubría su cuerpo. Una vez sacó la cabeza del agua, siguió moviendo las patas y, nadando por primera vez en su vida, volvió a tierra, derrengado por la emoción y el esfuerzo.

Cuando estaba todavía jadeante y muy asustado por su aventura, llegó *Thor* a su lado. La madre de *Muskwa* le había dado un manotazo cuando se clavó la púa del puerco espín y obraba de igual modo cada vez que el pequeñuelo se lastimaba, porque los osos aprenden a fuerza de golpes. Sin duda en aquella ocasión también le habría golpeado su madre, pero *Thor* se limitó a olerlo, vio que no le sucedía nada grave y dejó de prestar atención al oseño, para ocuparse en excavar una raíz.

No había terminado de comer, cuando se detuvo de pronto y durante un minuto permaneció inmóvil como una roca. Mientras tanto, *Muskwa* se puso en pie y se sacudió el agua de encima. Luego escuchó. Un sonido llegó a los oídos de ambos; *Thor* se puso lentamente sobre dos patas, se volvió hacia el Norte y olfateó el aire, como si advirtiera un peligro, pero no percibió ningún olor; en cambio, oyó algo.

Hasta él llegaba débilmente un sonido que le pareció enteramente nuevo, pues nunca lo oyó hasta entonces. Era el ladrido de los perros.

Durante dos minutos *Thor* estuvo sentado sobre sus ancas, sin mover de su enorme cuerpo más que los músculos del hocico, con el que se esforzaba en olfatear a los que producían aquel extraño ruido, y en vista de que, desde el lugar en que se hallaba, no le era posible lograr su objeto, salió de la hondonada y subió hasta donde la noche anterior estuvieron durmiendo las cabras. *Muskwa* lo siguió apresuradamente.

Allí se volvió de nuevo al Norte, y entonces, con mayor claridad que antes, la brisa trajo a sus oídos el ladrido de los perros.

A menos de ochocientos metros estaba la jauría de Langdon siguiendo la pista de *Thor* y, a juzgar por sus ladridos, Langdon y Bruce, que la seguían a trescientos metros de distancia, no tuvieron duda de que los canes seguían el rastro de la presa.

Pero más excitación que los mismos perros sintió *Thor* al oír claramente los ladridos. Otra vez el instinto le advirtió que se iba a presentar un nuevo enemigo; no estaba asustado, pero el mismo instinto le advertía la conveniencia de emprender la retirada, y siguió ascendiendo hasta llegar a un abrupto lugar de la montaña, donde se detuvo.

Entonces esperó. Y la amenaza se aproximaba a él con la rapidez del viento; podía oírla subir por la pendiente.

De pronto, a la vista del oso apareció el primer perro, pero de manera que su figura se perfilaba sobre el cielo. Los demás llegaron en seguida y, tal vez por espacio de treinta segundos, estuvieron olfateando el lugar por donde había pasado *Thor*.

Mientras tanto, éste observaba atentamente a sus enemigos, y de su pecho empezaba a surgir un terrible rugido. Luego, cuando los perros continuaron su camino, el oso reanudó la retirada, que no era fuga, pues no estaba asustado. Alejábase porque así le convenía y, por otra parte, no sentía deseo de atacar a sus nuevos enemigos. No le gustaban las peleas, pero cuando era preciso sabía luchar como el mejor.

A medida que se alejaba de los perros, sentíase invadir por la cólera. Avanzaba por entre enormes rocas, seguido de *Muskwa*, pero siempre elegía el camino de manera que su joven compañero pudiera seguirlo sin dificultad. Una vez subió por una roca que formaba un escalón y al advertir que era demasiado alto para *Muskwa*, bajó y tomó otra senda.

El ladrido de los perros se oía cada vez con mayor claridad. Pronto se acentuó todavía más, y entonces ya *Thor* pudo olfatearlos a su satisfacción. El olor de los perros llegaba claramente a su olfato, pero mezclado con otro también muy acentuado, que aumentó su cólera y llenó sus ojos de fuego, porque acababa de advertir, al mismo tiempo que el de los perros, el olor del hombre.

Siguió subiendo, ya más aprisa, y por fin llegó a un lugar abierto entre las rocas. A un lado había una pétrea pared de seis metros de altura y enfrente un despeñadero de unos treinta metros de fondo. La parte derecha estaba limitada por una roca abierta que ofrecía un refugio, y en él hizo entrar a su compañero. Luego se volvió rápidamente, dejando al oso a su espalda, y se irguió sentándose sobre las patas traseras, esperando con encendidos ojos en el callejón sin salida en que se hallaba.

Poco tardaron en aparecer los perros en el campo de batalla elegido por *Thor*. Lo hicieron con tal apresuramiento, que muchos de ellos no pudieron detenerse donde habrían deseado, sino que avanzaron hacia el oso más de lo que aconsejaba la prudencia.

Dando un rugido, *Thor* se arrojó entre ellos. Con la pata derecha empezó a golpear a sus enemigos. Luego, de una dentellada, rompió el espinazo a uno, y a otro le dio en la cabeza tan formidable zarpazo que se la arrancó.

Se arrojó de nuevo hacia delante, y antes de que los perros se hubieran repuesto de su pánico, arrojó a uno por el despeñadero. Al ver los resultados del ataque de la fiera, los nueve perros restantes se diseminaron despavoridos.

Mas eran buenos combatientes a pesar de todo, no sólo por su raza, sino porque Langdon y Metoosin los habían entrenado y endurecido de tal modo que se los podía suspender por las orejas sin que gimiesen. Se repusieron, pues, prontamente, sin asustarse por el trágico fin de sus compañeros, y situáronse de manera que rodearon al oso gris, aunque sin acercarse mucho a él dando rápidos saltos hacia atrás y de lado para evitar los ataques del enemigo. Ladraban furiosamente, cosa que indicaba a los cazadores que la presa estaba cercada. El cometido de los perros era precisamente ése, el de molestar, atormentar, retardar la lucha e impedir la fuga del oso hasta que ellos llegaran. La lucha, pues, entre los perros y la fiera habría sido leal, pero luego había de intervenir el hombre para finalizar el encuentro matando a mansalva.

Mas si los perros ejercitaban sus habilidades, *Thor* no carecía de ellas. Después de tres o cuatro acometidas, que los primeros eludieron gracias a su mayor rapidez de movimientos, retrocedió hasta la fisura en que estaba oculto *Muskwa*, y a medida que él se acercaba a la peña avanzaban los perros a su alrededor.

Sus ladridos cada vez más furiosos y la impotencia de *Thor* para destrozar a aquellos animales asustaron realmente a *Muskwa*, el cual se apresuró a internarse cuanto le fue posible en su retiro. *Thor* retrocedió hasta que su lomo tocó la peña; entonces volvió la cabeza para averiguar dónde estaba el oso, pero no pudo verlo.

Mientras tanto, los perros se acercaban cada vez más a *Thor*, ladrando terriblemente, desafiándolo, y en su ardimiento olvidaron toda prudencia. *Thor* no les perdía de vista un momento y cuando la ocasión le pareció oportuna, sin avisar con un gruñido, se arrojó contra ellos, y aunque todos echaron a correr para salvar la vida, pudo agarrar al que iba detrás y lo despedazó.

Los perros estaban ya lejos; pero la víctima, antes de morir, pudo emitir algunos aullidos de espanto que llegaron a oídos de los dos cazadores, quienes, apresuradamente, ascendían para acercarse al teatro de la lucha. *Thor*, una vez satisfecha su venganza, volvió la cabeza nuevamente hacia la hendidura de la roca, y entonces vio a *Muskwa* hecho un ovillo, temblando de miedo. Seguro ya de que su amigo no tenía ningún mal, no perdió tiempo en alejarse de aquel lugar, pues había olfateado a los cazadores, que se acercaban sudorosos.

Cuando emprendió la retirada, los perros se envalentonaron de nuevo y, como él no les hiciera caso, uno de ellos, más atrevido, le clavó los dientes en una pata, logrando con ello lo que los ladridos no habían conseguido, esto es, irritar a *Thor*, el cual entonces perdió cinco minutos en perseguirlos, antes de reanudar la huida hacia lo alto de la montaña.

De haber soplado el viento en otra dirección, los cazadores habrían logrado su objeto, pero como aquél llevaba a *Thor* las emanaciones de los hombres, el oso no ignoraba la presencia de sus enemigos. Por eso al alejarse tenía buen cuidado de no perder la dirección del viento, que tan bien le comunicaba los movimientos de sus perseguidores, y con ello también perdió algún tiempo, pues su fuga no era tan rápida como si hubiese tomado otro camino más directo.

Cuando *Thor* llegó casi a la cima de la montaña, apresuró su marcha de manera que dejó a los perros cincuenta metros atrás, pero entonces su enorme cuerpo se perfiló sobre el cielo, lo cual dio ocasión a los cazadores para disparar contra él.

Thor oyó el primer disparo, y un silbido pasó junto a su oído. El segundo tiro levantó un poco de nieve a un metro de él, y el tercero ya no le dio ningún cuidado. Mas de pronto, recibió un golpe terrible a unos quince centímetros de la oreja derecha. Era como si le hubiesen lanzado una maza desde el cielo. El oso se desplomó pesadamente.

La bala resbaló por el cráneo, pero fue suficiente para aturdirlo, y, antes de que pudiera levantarse, los perros llegaron a él, y, como fieras, se arrojaron sobre su cuello y sus orejas. Dando un rugido, *Thor* se levantó y se sacudió a sus atrevidos enemigos, a los que mantuvo a raya, dando, al mismo tiempo, feroces rugidos que llegaron a oídos de los dos cazadores, los cuales, con el dedo en el gatillo, esperaban que se separaran un poco los perros para disparar.

Metro a metro, *Thor* conquistó el terreno y continuó la ascensión, rugiendo a los feroces perros, desafiando el olor del hombre, el extraño trueno, el relámpago ardiente y hasta a la misma muerte, mientras quinientos metros más abajo, Langdon estaba desesperado por la tenacidad de los perros en mantenerse a poca distancia de *Thor*, impidiéndole disparar.

En la cima de la montaña los perros siguieron sitiando a *Thor* y el grupo desapareció tras la cumbre. Los ladridos se oían cada vez más débilmente, a medida

que el oso gris se llevaba a sus enemigos lejos de la presencia de los hombres en una larga y emocionante carrera de la que más de uno estaba condenado a no regresar.

Capítulo XIV - En busca de Thor

Desde su escondrijo, *Muskwa* oyó los últimos ruidos de la batalla entre los perros y *Thor*. El lugar en que se hallaba era una fisura de una roca en forma de V, y el osezno se había metido en el vértice del ángulo tanto como le fue posible. Vio a *Thor* cuando acababa de matar al cuarto animal, oyó el roce de sus garras contra el suelo mientras se alejaba, y luego observó que los perros salieron en su persecución.

Asustado todavía, no se atrevía a salir de su escondrijo. Aquellos extraños perseguidores que aparecieran en el valle le infundieron mortal terror. *Pipoonaskoos*, en cambio, no le dio miedo alguno, y hasta el enorme oso negro que mató *Thor* no le asustó tanto como aquellos extraños seres de rojas encías y blancos dientes. Por eso continuaba en su fisura, encajado en ella cuanto le era posible.

Oía todavía los ladridos de los perros, cuando percibió otros sonidos que aumentaron su alarma. Langdon y Bruce aparecieron en el rellano en que tuvo lugar la lucha, y, al ver a los perros muertos, se quedaron suspensos y aterrados. Langdon profirió una exclamación de asombro.

No estaba a más de seis metros de *Muskwa*. Por vez primera el osezno oyó la voz humana y percibió el olor de los hombres, cosa que aumentó su miedo, hasta el punto de que apenas se atrevía a respirar. Uno de los cazadores, antes de marcharse, se situó ante el escondrijo, y *Muskwa* pudo contemplar al hombre a su sabor. Un instante después los cazadores desaparecieron.

Más tarde, *Muskwa* oyó tiros. Luego, el ladrido de los perros fue cada vez más lejano, hasta perderse en la distancia. Eran aproximadamente las tres de la tarde, la hora de la siesta en las montañas, y todo estaba muy tranquilo.

Muskwa estuvo inmóvil durante largo rato, escuchando, pero no pudo oír nada. Entonces se apoderó de él un nuevo terror, el de perder a su amigo. Ardientemente deseaba que volviese. Por espacio de una hora permaneció quieto en el mismo sitio, escuchando. Luego percibió claramente un ruido y, asomándose cauteloso, vio que lo producía un conejo que se acercó a un perro muerto y lo examinó con la mayor prudencia.

Ello prestó valor a *Muskwa*. Enderezó las orejas y gimió suavemente, deseando trabar relaciones amistosas con el animalito que tan cerca tenía, pues sentíase muy solo y estaba asustadísimo.

Paso a paso salió de su escondrijo hasta que apareció su velluda y redonda cabeza por la apertura. Escudriñó los alrededores y, no viendo nada alarmante, avanzó hacia el conejo, pero éste, al percatarse de la presencia del osezno, dio un enorme salto y se apresuró a huir en dirección de su madriguera.

Muskwa quedose indeciso, husmeando el aire cargado de emanaciones de sangre, del olor del hombre y de *Thor*; luego se volvió para emprender la ascensión de la

montaña.

Sabía que *Thor* había tomado aquella dirección, y si *Muskwa* poseía un alma y una mente, a ambas las animaba entonces un solo deseo: el de alcanzar a su amigo y protector. Ni siquiera el miedo a los perros y a los hombres, seres hasta entonces desconocidos en su vida, limitaba su ardiente deseo de encontrar a *Thor*.

No necesitaba los ojos para seguir la pista, pues la advertía mediante su olfato, y, tan aprisa como le era posible, tomó el mismo camino que emprendiera *Thor*. Había sitios en donde le era muy difícil avanzar, a causa de sus cortas piernas, pero proseguía valerosamente, lleno de esperanza, reanimado por el olor del paso reciente de su amigo.

Empleó una hora larga en llegar al lugar donde comenzaba el terreno pizarroso que llegaba hasta la cima, y eran ya las cuatro cuando emprendió la última parte de la ascensión. Esperaba encontrar allí a *Thor*; pero, como no estaba, se asustó nuevamente y gimió. Mientras subía en zigzag, estaba sumamente preocupado por la desaparición de su amigo, y ésta fue la causa de que no viera a Langdon ni a Bruce, que se hallaban en la cima de la montaña; tampoco descubrió su presencia con el olfato, porque el viento soplaba en dirección contraria, de manera que, ignorante de su presencia, llegó a la cumbre. Se alegró al encontrar las frescas huellas de *Thor* y las siguió esperanzado. Mientras tanto, Langdon y Bruce esperaban echados en el suelo, cada uno de ellos con su camisa de gruesa franela preparada en las manos, y cuando *Muskwa* estuvo a menos de veinte metros, se arrojaron sobre él como un alud.

Muskwa no tuvo tiempo ni de moverse. En el último momento, se dio cuenta del peligro que le amenazaba, pero la camisa de Bruce cayó sobre él extendida como una red. El osezno se hizo a un lado cuando Bruce ya se figuraba tener al animal en su poder, y Langdon quiso ayudarle, pero con tan mala suerte, que tropezó con su amigo y lo derribó sobre la nieve.

Muskwa aprovechó la oportunidad y se arrojó monte abajo, con toda la velocidad que le permitieron sus patitas. Pero poco después Bruce estaba nuevamente a su lado y Langdon se le unió casi inmediatamente.

Muskwa esquivó de nuevo a Bruce, el cual, arrastrado por el impulso que llevaba, viose obligado a descender treinta metros más. Una vez pudo detenerse, se apresuró a subir con toda la velocidad posible, empleando para ello no solamente los pies, sino las manos y las uñas.

Langdon, por su parte, también perseguía al osezno, y cuando creyó llegado el oportuno momento, se tiró sobre él, con la camisa tendida, precisamente cuando el animal daba otra vuelta haciendo fallar el golpe. Cuando Langdon se levantó, tenía el rostro arañado por las piedras y escupió tierra y nieve que se le había metido en la boca.

Desgraciadamente para *Muskwa*, cuando trató de eludir a Langdon, sin poder

evitarlo, se vio nuevamente frente a Bruce, y, antes de que pudiese dar otro quiebro, se halló envuelto en súbita oscuridad y sofocación, y oyó a su enemigo cantar victoria.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Bruce.

Dentro del saco que formaba la camisa, *Muskwa* arañaba y mordía, rugiendo, al mismo tiempo, con toda la fuerza y rabia de que era capaz, de manera que Bruce se veía muy apurado; pero entonces acudió Langdon con su camisa. En pocos momentos, *Muskwa* se vio convertido en un paquete y, tan apretadas tenía las patas, que no podía moverlas. Dejéronle descubierta la cabeza, única parte de su cuerpo que podía mover, y tal espanto reflejaban sus miradas de cómica expresión, que Bruce y Langdon, sin poder contenerse, se echaron a reír a carcajadas.

Luego, calmado ya el acceso de hilaridad, los dos hombres se sentaron, con *Muskwa* entre ellos, y encendieron sus pipas.

—¡Vaya un par de famosos cazadores que estamos hechos! —exclamó Langdon—. Andamos tras de un oso gris enorme y solamente logramos apoderarnos de este osezno.

Y volvió los ojos al animal, el cual lo miraba con tal atención que Langdon se quedó maravillado de la expresión de inteligencia que había en sus ojos. Por eso, después de ligera pausa, se quitó la pipa de la boca y extendió la mano, diciendo:

—¡Pobrecito! ¡Pobre pequeño!

Muskwa enderezó las orejas y las tendió hacia adelante, mientras sus ojos brillaban intensamente. Bruce, a quien Langdon no miraba, observaba atento.

—¡Pobrecito oso! ¡Será bueno y no morderá! —dijo Langdon aproximando su mano al osezno.

Pero casi inmediatamente profirió un grito de dolor, porque los dientecillos de *Muskwa*, tan afilados como agujas, se le clavaron en un dedo. Al verlo, Bruce se echó a reír tan ruidosamente, que seguramente asustó a todos los animales que estaban a un kilómetro a la redonda.

—¡Sinvergüenza! —exclamó Langdon libertando su dedo y chupándose la sangre que salía de la herida. Pero luego se echó a reír, añadiendo—: Es valiente. Lo llamaremos *Escupefuego*, Bruce. Te aseguro que desde que llegamos tenía deseos de poseer un osezno como éste. Y ahora voy a llevármelo a casa. Va a ser muy divertido.

Muskwa ladeó la cabeza, única parte que podía mover, y examinó a Bruce. Langdon se puso en pie y, volviendo el rostro hacia el sitio en que tuvo lugar el combate entre *Thor* y los perros, exclamó con grave acento:

—¡Cuatro perros! —guardó silencio un momento, y luego añadió—: No puedo acabar de comprenderlo, Bruce. Esos animales han acorralado para nosotros tal vez unos cincuenta osos, y, hasta hoy, no habíamos perdido a ninguno.

Bruce estaba ocupado en atar a *Muskwa*, haciendo luego, en el paquete que

formaba, un asa con la cuerda para poder transportarlo cómodamente.

—Es que esta vez hemos tropezado con un oso verdaderamente excepcional — contestó—. Además, este oso gris es carnívoro y en tal caso se convierte en el animal más peligroso cuando se trata de darle caza. Los perros no podrán sujetarlo nunca, Jimmy, y si no abandonan la caza antes de que oscurezca, me temo que no vuelva ninguno de ellos. Espero que serán prudentes y lo dejarán al oscurecer; esto en el supuesto de que todavía quede alguno. Has de tener en cuenta que el oso descubrió nuestra presencia gracias al viento que soplaba hacia él, y que sabe perfectamente quién disparó la bala que le derribó en la nieve. Ahora huye a toda prisa. Cuando le echemos otra vez la vista encima estaremos por lo menos a treinta kilómetros de aquí.

Langdon subió en busca de los rifles y al volver vio que Bruce descendía ya hacia el valle, llevando a *Muskwa* como si fuera una maleta. Ambos se detuvieron en la roca manchada de sangre, en donde *Thor* se vengara de sus enemigos; Langdon se inclinó sobre el perro decapitado.

—Éste es *Biscuits* —dijo—. Y siempre nos habíamos figurado que era uno de los más cobardes. Los otros dos son *Jane* y *Tober*; el pobre *Fritz* está arriba. Nos ha matado los tres mejores perros que teníamos, Bruce.

Éste, que miraba por el despeñadero, señaló otro cadáver de perro que había en el fondo.

—Ése es el quinto, Jimmy —observó.

Langdon miró y apretó los puños con ira. Desde donde estaban pudieron reconocer perfectamente al pobre animal; era el favorito de ellos.

—Es *Dixie* —exclamó. Y por vez primera sintió que la cólera se apoderaba de él—. Ahora tengo ya una poderosa razón para acabar con ese oso gris, Bruce —añadió—. Ni un rebaño de caballos salvajes sería capaz de separarme de estos lugares hasta que lo mate. Si es preciso pasaré aquí el invierno y juro que lo mataré si no desaparece.

—No lo haré, no tengas miedo —le aseguró Bruce mientras emprendía nuevamente el camino con *Muskwa*.

Éste había guardado inmovilidad hasta entonces, persuadido de que no podía hacer otra cosa, pues tras el intento de mover una pata tuvo que convencerse de que estaba bien atado. Pero al notar que el vaivén de la marcha lo acercaba a la pierna de su enemigo, resolvió hacer uso de sus dientes. Esperó, pues, la oportunidad y cuando Bruce dio un largo paso para bajar una roca, mordió con toda su fuerza. Si el mordisco al dedo de Langdon hizo dar a éste un enorme grito, Bruce todavía lo aventajó, asustando a *Muskwa*, que consideró aquel alarido más temible aún que el ladrido de los perros, por lo cual soltó inmediatamente la presa.

Y creció el asombro del osezno al notar que el mordido saltaba de extraño modo sobre una sola de sus piernas, en tanto que el otro hombre, con las manos sobre el

estómago, prorrumpía en extraños gritos que lo agitaban de un lado a otro. Entonces Bruce se detuvo y se unió a las extrañas voces de su compañero.

Muskwa, por su parte, no tenía gana de broma. Diose cuenta de que aquellos dos extraños monstruos no se atrevían a pelear contra él o de que eran tan pacíficos que no se resolvían a hacerle daño. Pero, en adelante, los dos hombres fueron más cuidadosos, pues hasta que llegaron al valle lo llevaron entre los dos, colgado del cañón de uno de los rifles.

Era casi de noche cuando llegaron a un bosquecillo de bálsamos al que enrojecía el resplandor de una hoguera. Era la primera vez que el osezno veía el fuego. También vio por primera vez un caballo, el cual le pareció un monstruo espantoso, porque era mayor aún que *Thor*.

Un tercer hombre, *Metosin*, el indio, salió al encuentro de los cazadores y *Muskwa* se vio transferido a sus manos. Dejaronlo junto al fuego, cuyo resplandor le molestaba a los ojos. Luego, mientras uno de los cazadores lo sujetaba por las orejas con tal fuerza que le hizo daño, otro le ató al cuello una correa a modo de collar, al que anudaron una fuerte cuerda cuyo extremo opuesto ataron al tronco de un árbol.

Durante estas operaciones, *Muskwa* gruñó y gritó cuanto pudo. A los pocos instantes se vio libre de las camisas que lo aprisionaban. Púsose sobre sus patas, y sin cuidarse de huir, pues en aquel momento no se sentía capaz de ello, abrió sus fauces y rugió con ferocidad. Pero, con gran asombro por su parte, ello pareció no causar el menor efecto en sus enemigos, excepción hecha de que los tres, incluso el indio, abrieron las bocas y profirieron las extrañas voces que tanto le llamaron la atención en la montaña. Todo ello era extraordinariamente raro para *Muskwa*.

Capítulo XV - Muskwa domesticado

Con gran satisfacción de *Muskwa*, los tres hombres dejaron de ocuparse de él y se congregaron alrededor del fuego. Esto dio al osezno la oportunidad de escapar, y tanto apretó y tiró de la cuerda, que a punto estuvo de estrangularse. Desesperado, cesó en sus tentativas y se acurrucó al pie del bálsamo, desde donde observó el campamento.

Estaba a menos de diez metros del fuego. Bruce lavábase las manos en una palangana de lona y Langdon se secaba la cara con una toalla. Junto al fuego estaba arrodillado Metoosin y de allí llegaba el aroma de la carne de reno asada, que a *Muskwa* le pareció lo más delicioso que olfateara en su vida.

Cuando Langdon terminó de secar su rostro, abrió una lata de leche condensada azucarada. Echó un poco en un plato de metal y con él se acercó a *Muskwa*, el cual, en vista de que no podía escapar corriendo, trató de hacerlo encaramándose por el árbol. Subió tan aprisa que Langdon se quedó asombrado y una vez arriba gruñó al hombre que llegaba con el plato. Langdon dejó éste en el suelo, donde el osezno tenía que encontrarlo cuando bajase, y se alejó.

Muskwa permaneció en lo alto del tronco durante algún tiempo, mientras los cazadores no le hacían caso alguno. El osezno los vio comer y hablar mientras trazaban el plan de una nueva campaña contra *Thor*.

—Después de lo ocurrido hoy, no tenemos más remedio que valernos de la astucia —observó Langdon—. No podemos ya perseguirlo abiertamente, porque nos burlará siempre —se calló unos instantes, escuchó, y luego dijo—: Es extraño que no vuelvan los perros. Quién sabe...

Y sin terminar la frase miró a Langdon, el cual replicó:

—¡Imposible! ¿Puedes creer que los haya matado a todos?

—Muchos osos grises he cazado —dijo el montañés—, pero ninguno tan fuerte y listo como éste. Fíjate, Jimmy, que llevó a los perros a una encerrona. Y si repite la cosa...

Se encogió de hombros y Langdon prestó atención.

—Si ha dejado alguno con vida, no ha de tardar en volver —observó el último—. Te aseguro que ahora me pesa no haber dejado los perros en casa.

—Azares de la caza, Jimmy. Si quieres cazar osos con perros, algunos de éstos han de ser víctimas de la fiera. Y en este caso hemos tropezado con un oso que sabe más que nosotros. Eso es todo.

—¿Quieres decir que nos ha derrotado?

—Por completo. Y hemos cometido la torpeza de emplear los perros contra él. ¿Tienes tanto deseo de apoderarte de ese oso como para seguir mi plan?

—No hay inconveniente. ¿Cuál es?

—Ante todo hay que tener en cuenta que, por muchos planes magníficos que se formen para cazar a un oso, todos fracasan, y más cuando se trata de un animal como el que perseguimos. A la hora de seguirle la pista ya se ha enterado el animal, dando vueltas en todas direcciones para husmear por todos lados lo que le lleva el viento. Si ese que perseguimos anduviera sobre nieve, veríamos en sus huellas que, cada diez kilómetros de marcha, por lo menos retrocede dos, para observar si es perseguido. Además, es seguro que viajará principalmente de noche. Si queremos apoderarnos de él hay dos caminos a seguir y el mejor es dedicarnos a cazar otros osos.

—No me gusta eso —contestó Langdon.

—Pues bien, en tal caso, acampemos aquí por espacio de algunos días. Luego, en cuanto el animal se haya tranquilizado, seguro ya de que nadie le persigue, nos encaminaremos hacia el Sur, siguiendo la dirección de esta cordillera. Dos iremos por la falda de las montañas y el otro siguiendo las bases. De esta manera no hay duda de que lograremos dar con el oso. ¿Qué te parece?

—Bien —contestó Langdon—. Por otra parte, me convienen unos días de reposo para curarme una contusión en la rodilla que me duele bastante.

Apenas acababa Langdon de pronunciar estas palabras, cuando se oyó ruido de cadenas y los movimientos desordenados de un caballo sobresaltado.

—¡*Utim!* —murmuró Metoosin con acento de satisfacción.

—Tienes razón: los perros —dijo. Bruce prestando atención. Luego silbó suavemente.

Oyeron ruido en el matorral inmediato y pocos segundos después entraron dos de los perros en el círculo de luz de la hoguera. Avanzaron temerosamente, arrastrándose sobre los vientres, y, mientras se postraban a los pies de los cazadores, llegaron otros dos.

No se parecían en nada a la jauría que saliera aquella mañana del campamento. En sus flancos se veían profundas depresiones y el pelo del cogote aparecía lacio. Estaban derrengados y se daban cuenta de haber sido vencidos. Había desaparecido su agresividad como si los hubiesen castigado a latigazos.

Llegó entonces otro perro, el quinto. Cojeaba y arrastraba una pata anterior, fracturada. Otro tenía la cabeza y el cuello cubiertos de sangre y todos estaban casi tendidos sobre sus vientres, como si esperasen ser condenados.

"Hemos fracasado —decían claramente con su actitud—, nos ha derrotado y aquí estamos todos los que hemos quedado vivos."

Sin decir palabra, Bruce y Langdon los miraban. Escucharon y esperaron, pero no llegó ninguno más.

—¡Dos perros más perdidos! —dijo Langdon.

Bruce se volvió hacia una pila de cestos y sacó las correas para atar a los animales. *Muskwa* temblaba en lo alto de su árbol, porque a poquísima distancia de él

estaban tres de los monstruos de blancos colmillos que habían perseguido a *Thor* y peleado con él. De los hombres casi ya no sentía miedo alguno, pues no le habían hecho daño y ya no gruñía en cuanto se acercaban a él. Pero los perros eran monstruos que se batieron contra *Thor*, al que sin duda vencieron, pues había huido.

El árbol donde *Muskwa* estaba atado era muy pequeño y él se hallaba en la horquilla de las ramas principales, a un metro y medio del suelo. Metoosin pasó por su lado llevando atado a uno de los perros, y cuando el can se vio junto al árbol y descubrió al osezo dio un violento salto que obligó al indio a soltar la correa. Disponíase el perro a saltar de nuevo, pero acudió Langdon, y dando un grito de cólera y cogiendo al perro por su collar, lo contuvo y luego le dio un fuerte correazo. Hecho esto, lo soltó.

Aquello extrañó a *Muskwa* todavía más. El hombre lo había salvado venciendo al monstruo, y tanto a éste como a sus compañeros los alejaban de allí.

Al volver Langdon, se detuvo junto al árbol en que estaba *Muskwa* y le dirigió algunas palabras. El osezo permitió que el hombre le acercara la mano y no gruñó. De pronto, mientras tenía ligeramente vuelta la cabeza, Langdon le pasó atrevidamente la mano por la espalda y ello causó a *Muskwa* una extraña aunque no desagradable sensación, acabando, además, de convencerse de que no trataban de causarle daño. Langdon continuó pasándole la mano por el lomo, y, aunque las primeras veces el osezo regañaba los dientes, luego cesó de hacerlo.

Entonces lo dejó Langdon y poco después volvió a su lado con un trozo de carne de reno asada, acercándosela al hocico. *Muskwa* la olió, pero retrocedió en seguida; Langdon, cansado, la dejó a su alcance, al pie del árbol, junto al plato de leche condensada, y se volvió junto a Bruce.

—Dentro de dos días comerá en mi mano —dijo.

Poco después, en el campamento reinaba el mayor silencio. Los tres hombres se envolvieron en sus mantas y se quedaron dormidos, mientras el fuego disminuía hasta quedar reducido a brasas. Se oyó el volar de un búho en el bosque, y los sonidos peculiares del valle y de las montañas llenaban la tranquila noche. Las estrellas brillaban cada vez con mayor intensidad, y *Muskwa* pudo oír perfectamente el ruido que hacía un peñasco al derrumbarse montaña abajo.

No tenía nada que temer entonces, pues todos estaban durmiendo. Con gran precaución empezó a bajar del árbol y al llegar al suelo se soltó del tronco y fue a caer sobre el plato de metal que contenía la leche condensada, con la cual se ensució la nariz. Involuntariamente sacó la lengua para limpiarse y al sentir el dulce y agradable sabor experimentó desconocido placer. Por espacio de un cuarto de hora siguió lamiéndose y luego fijó ardientemente sus ojos sobre el plato de metal. Se acercó a él con la mayor precaución, lo examinó por todos lados para convencerse de que no escondía peligro alguno, con los músculos de su cuerpo dispuestos a dar un

salto. Por fin, su hocico se puso en contacto con la dulce leche y ya no levantó la cabeza hasta que hubo consumido todo el contenido del plato.

La leche condensada fue el principal factor de la domesticación de *Muskwa*. Era el eslabón perdido que conectaba ciertas cosas en su mente inexperta. Sabía que la misma mano que lo tocó fue la que le preparó el maravilloso festín y la que también le había ofrecido carne. No la comió, pero siguió lamiendo la concavidad del plato hasta dejarlo brillante como un espejo.

A pesar de la leche, sentía deseos de huir, pero ya sus esfuerzos para soltarse no eran tan frenéticos como antes. La experiencia había demostrado la inutilidad de encaramarse al árbol y de tirar de la cuerda, y entonces fue cuando empezó a roerla. Si se hubiera aplicado a hacerlo en un solo punto, sin duda hubiese logrado su objeto, pero cada vez que se cansaba suspendía la operación y al reanudarla lo hacía en otro lugar de la cuerda. Por fin, a medianoche, sintiendo las encías irritadas, abandonó el trabajo.

Acercose al tronco del árbol, dispuesto a encaramarse por él a la primera señal de peligro, y así esperó la mañana sin dormir un momento. Aunque ya no tenía tanto miedo como antes, sentíase muy solo. Añoraba a *Thor* y gemía tan débilmente que los hombres, que se hallaban a pocos metros de distancia, no lo habrían oído aun estando despiertos. Si en aquellos momentos hubiese llegado *Pipoonaskoos*, el osezno, lo habría acogido alegremente.

Llegó la mañana y *Metosin* fue el primero en ponerse en pie. Encendió una hoguera y el crepitar del fuego despertó a Bruce y a Langdon. Este último, después de vestirse, hizo una visita a *Muskwa* y al ver el plato perfectamente lamido, mostró su satisfacción llamando la atención de sus compañeros sobre aquel detalle.

Muskwa se había encaramado al árbol, y de nuevo permitió que Langdon lo tocara. Éste fue en busca de una nueva lata de leche condensada y la abrió delante del osezno para que se diera cuenta de la operación. Luego acercó el plato con leche a *Muskwa*, hasta tocarle el hocico, el cual no pudo contener su lengua, y así, a los pocos minutos, estaba comiendo en las manos de Langdon. Pero cuando se acercó Bruce para observarlo, le enseñó los dientes y gruñó.

—Los osos se convierten en animales fieles, mejores que los perros —afirmaba Bruce un poco después, mientras se desayunaban—. Dentro de pocos días te seguirá a todas partes, Langdon.

—Yo me estoy ya aficionando a ese pequeñuelo —replicó Langdon—. ¿Qué me decías a propósito de los osos de Jameson, Bruce?

—Jameson vivía en Kootenay —dijo Bruce—: Era una especie de ermitaño; bajaba dos veces al año de sus montañas en busca de provisiones. Sus animales favoritos eran los osos grises; durante algunos años lo acompañaba uno tan grande como el que ahora perseguimos. Lo amansó desde pequeñuelo y cuando yo lo vi

pesaría, por lo menos, quinientos kilos y seguía a Jameson por todas partes como un perro. Incluso iba a cazar con él y dormían juntos en el mismo campamento. Jameson quería a los osos; jamás mató ni uno.

—Pues yo empiezo también a quererlos, Bruce —contestó Langdon después de una ligera pausa—. No comprendo por qué, pero hay algo en los osos que obliga a quererlos. En adelante, una vez que hayamos matado a ese gris que perseguimos, no pienso sacrificar ninguno más. Será mi último oso. ¡Y pensar —añadió con ira— que no hay en todo el Canadá una época de veda para los pobres osos! Los matan de todas maneras, con veneno, con trampas, de cualquier modo. Se los puede matar tranquilamente en sus cuevas con sus pequeñuelos, y yo mismo, ¡Dios me valga!, he contribuido a ello. Somos unos malvados, Bruce. Muchas veces he pensado que es un crimen del hombre el solo hecho de llevar un rifle. Mas, a pesar de todo, seguimos matándolos.

—Está en nuestra sangre —contestó Bruce sin conmoverse—. ¿Has conocido algún hombre a quien no le guste presenciar la muerte de los demás? ¿No formamos corro, como cuervos, en torno de un pobre caballo que se muere, lo mismo que cuando un hombre ha quedado destrozado por un accidente? Si no hubiese leyes, ten por seguro, Jimmy, que los hombres se matarían mutuamente por gusto. Esta afición a matar ha nacido con nosotros.

—Y hacemos víctimas a los pobres animales. Tienes razón, Bruce. Y cuando no podemos matar a los hombres, promovemos guerras. Pero, ¿dónde está el osezno?

Muskwa había querido bajar del árbol por el lado contrario, y como la cuerda no era bastante larga para permitirle llegar al suelo, el pobre animal estaba colgado del cuello. Langdon acudió, lo cogió atrevidamente con las manos descubiertas, lo levantó por encima de la horquilla de las ramas del árbol y lo dejó caer por el otro lado. Pero *Muskwa* no gruñó ni trató de morder.

Aquel día Bruce y Metoosin se alejaron del campamento para observar las montañas del Oeste, y Langdon se quedó a fin de curarse la rodilla que se contusionó el día anterior al tropezar contra una roca. La mayor parte del tiempo la pasó con *Muskwa*. Abrió una nueva lata de leche condensada, y al mediodía ya había logrado que el osezno le siguiera en torno del árbol, esforzándose en llegar al plato tentador que mantenía fuera de su alcance. Luego sentose el cazador y *Muskwa* se apoyó en sus rodillas para llegar a la leche.

Dada la edad de *Muskwa*, pronto se ganó Langdon su confianza y afecto, pues los osos se parecen mucho a los niños. Les gusta el dulce, la leche y la proximidad de otro ser que sea bueno con ellos. Es el animal de cuatro patas más cariñoso, y tan divertido, que comunica su buen humor a todo el mundo. Más de una vez Langdon se rió hasta saltársele las lágrimas, especialmente cuando trató de encaramarse por su pierna para alcanzar el plato de la leche condensada.

En cuanto al osezno, sentía un delirio por el dulce que le ofrecían. No podía recordar que ni su madre ni *Thor* le dieran nada semejante.

Por la tarde, Langdon desató la cuerda de *Muskwa* y se lo llevó a dar un paseo. Llevaba el plato con leche y a cada cuatro o cinco pasos dejaba que el osezno la probase. Después de media hora de maniobrar así, dejó caer el extremo de la cuerda y siguió andando hacia el campamento y *Muskwa* lo siguió. Aquello era un triunfo en toda regla, y el cazador estaba sumamente satisfecho.

Era ya tarde cuando regresó *Metoosin*, quien se extrañó al no ver a Bruce. Se hizo de noche, los dos hombres encendieron fuego, y una hora después, cuando terminaban de cenar, llegó Bruce llevando algo sobre los hombros, que arrojó al suelo cerca del árbol junto al cual estaba *Muskwa*.

—Tiene una piel como terciopelo y la carne servirá para los perros —dijo—. Lo he matado de un pistoletazo.

Sentose y empezó a comer. Poco después *Muskwa* se acercó prudentemente al cercano cuerpo muerto, lo olió y sintió intensa sorpresa. Luego gimió suavemente mientras con el hocico tocaba la fina piel que aún conservaba el calor de la vida. Y permaneció quieto largo rato.

Lo que Bruce llevara al campamento y arrojó al suelo, junto al árbol, era el cuerpo muerto del pequeño *Pipoonaskoos*.

Capítulo XVI - Frente a frente

Aquella noche, el pobre *Muskwa* volvió a experimentar la tristeza de su soledad. Bruce y Metoosin estaban tan cansados después de su dura excursión por las montañas, que se acostaron muy temprano y Langdon los imitó, dejando a *Pipoonaskoos* donde Bruce lo arrojara.

El pobre *Muskwa* apenas se había movido después de hacer el descubrimiento que apresuró los latidos de su corazón. Ignoraba qué cosa era la muerte, y al advertir que *Pipoonaskoos* estaba caliente, creyó que al fin se movería. Entonces ya no tenía deseo alguno de pelear con él.

Nuevamente se hizo el silencio, las estrellas llenaron el firmamento y el fuego se apagó, pero *Pipoonaskoos* no se movía. Suavemente, al principio, *Muskwa* lo olía y tiraba con los dientes de su sedoso pelo, gimiendo al mismo tiempo, como si quisiera decir: "No quiero pelearme contigo, *Pipoonaskoos*. Despierta y seremos amigos."

Mas *Pipoonaskoos* seguía inmóvil, y *Muskwa* abandonó la esperanza de que despertara. Y, sin dejar de gemir, se acurrucó para dormir junto a su joven enemigo del prado.

Por la mañana, al levantarse, Langdon fue a ver qué hacía su amiguito. Al principio no se dio cuenta exacta de dónde estaba, pero luego lo vio estrechamente entrelazado con el cadáver de *Pipoonaskoos*. Langdon se apresuró a despertar a Bruce para que presenciara la escena, y, admirados, los cazadores se contemplaron mutuamente:

—¡Para los perros! —exclamó Langdon—. ¿Dices que debemos dar su carne a los perros?

Bruce no contestó y durante casi una hora los dos hombres permanecieron silenciosos. Mientras tanto, Metoosin se llevó a *Pipoonaskoos*, el cual, en vez de servir de alimento a los perros, fue metido en un hoyo en el cauce del regato y cubierto de arena y piedras. Esto fue cuanto Langdon pudo hacer por él.

También aquel día Bruce y Metoosin salieron de exploración por las montañas. El día anterior, el primero había traído consigo unas muestras de cuarzo aurífero y se proponía averiguar si había encontrado algún placer.

Langdon continuó la educación de *Muskwa*. Varias veces llevó al oseño junto a los perros, y cuando éstos se enfurecían y tiraban de las cadenas para arrojarse sobre el cachorro, los azotaba con el látigo hasta que comprendieron que a *Muskwa*, a pesar de ser oso, no había que hacerle daño alguno.

Por la tarde quitó la cuerda al oseño y luego le fue fácil cogerlo de nuevo para volverlo a atar. Durante el tercero y el cuarto día, el indio y Bruce exploraron la parte occidental del valle y se convencieron, por último, de que los indicios de oro encontrados no confirmaban sus esperanzas de hallar allí una fortuna.

En aquella cuarta noche, que fue nebulosa y fría, Langdon probó a acostarse al lado de *Muskwa*. Figurábase no poder dormir tranquilo, pero el osezno se estuvo tan quieto como un perrillo, y en cuanto encontró la posición cómoda y el abrigo que necesitaba, no se movió hasta la mañana siguiente. Durante una parte de la noche el cazador durmió con una mano apoyada en el suave y caliente pelaje del cachorro.

Bruce opinaba que ya era ocasión de continuar la persecución de *Thor*, pero la rodilla de Langdon empeoró y hubo necesidad de cambiar de plan. El domador de *Muskwa* no podía andar medio kilómetro, y la posición en que le obligaba a permanecer la silla, al montar a caballo, le producía tan vivo dolor que no podía ni siquiera pensar en acompañar a sus amigos montado a caballo.

—Unos cuantos días más no perjudicarán a nadie —dijo Bruce—. Si dejamos descansar más tiempo al oso, estará también más confiado.

Los tres días siguientes no fueron de menos provecho y diversión para Langdon. *Muskwa* le enseñaba mucho más de lo que había aprendido en su vida acerca de los osos, especialmente de oseznos, y él se aprovechó para tomar extensas notas. Los perros estaban confinados en un bosquecillo situado a trescientos metros del campamento y, gradualmente, se fue dando libertad al osezno, el cual no hizo esfuerzo alguno para huir. Pronto descubrió, también, que Bruce y Metoosin eran amigos suyos, pero solamente seguía a Langdon.

En la mañana del octavo día después de la persecución de *Thor*, Bruce y Metoosin se dirigieron hacia el valle del Oeste, acompañados de los perros. El indio había de llevar un día de ventaja a sus compañeros; Bruce se proponía regresar por la tarde y partir, al día siguiente, con Langdon para ver de hallar al oso.

Era una mañana magnífica. Fresca brisa soplaba del Noroeste, y hacia las nueve Langdon ató a *Muskwa* al tronco del árbol, ensilló un caballo y se dirigió al valle. No tenía intención de cazar, sino simplemente de dar un paseo a caballo y disfrutar de las delicias del panorama.

Recorrió hacia el Norte cinco o seis kilómetros, donde se tropezó con la vertiente de una montaña que ofrecía fácil ascenso hacia el Oeste. Tuvo el capricho de observar el otro valle, y como ya no le molestaba la rodilla, empezó a subir en zigzag y, al cabo de media hora, estaba casi en la cumbre.

De este modo llegó a un lugar en que la pendiente era más pronunciada y, desmontando, continuó el camino a pie. En la cima encontró un pradillo cerrado por dos de sus lados con paredes de roca; a unos trescientos metros más allá, el prado se convertía en la pendiente que formaba la ladera opuesta de la montaña, que conducía al valle que andaba buscando y anhelaba encontrar.

Hacia la mitad de este prado había una especie de trinchera, cuyo interior no podía ver desde el lugar en que se hallaba, pero al llegar al borde se arrojó al suelo repentinamente y quedose inmóvil como una roca. Luego, despacio, levantó la

cabeza.

A un centenar de metros estaba un rebaño de cabras compuesto por treinta o más piezas, sin contar los cabritillos, y solamente dos machos. Al cabo de un rato, las cabras empezaron a levantarse dirigiéndose a la ladera de la montaña. Langdon echó a correr hacia ellas. Su aparición hizo que todos los rumiantes se detuvieran sorprendidos, y, después de un momento de indecisión, echaron a correr presa de pánico. Resonaron sus pezuñas sobre las rocas y poco después el cazador no los veía ya más que como pequeños puntos.

Langdon prosiguió el camino y unos minutos más tarde pudo observar el valle en cuya busca andaba, pero no podía contemplar la parte sur, por impedírsele un enorme peñasco. Ascendió Langdon por él y casi había llegado a lo alto cuando resbaló sobre un trozo de pizarra suelta, cayó y, al llegar al suelo, su rifle sufrió tal choque que se inutilizó por completo. Él no sufrió más daño que una contusión en la rodilla enferma.

Como en su equipaje tenía dos rifles más, el accidente no le causó gran disgusto. Y continuó ascendiendo; al llegar a la cumbre vio que la parte que daba al valle estaba cortada a pico. Desde aquel punto gozaba de una espléndida vista sobre una planicie que se extendía entre las dos montañas. Se sentó, sacó la pipa y se dispuso a gozar tranquilamente del hermoso panorama mientras descansaba de la fatigosa subida.

Gracias a los gemelos podía observar el paisaje a varios kilómetros de distancia. Vio un rebaño de renos que se dirigía a las verdes pendientes de la montaña. Observó también muchas perdices que volaban a una altura inferior a aquella en que él se hallaba; y a tres kilómetros más lejos pudo contemplar un rebaño de cabras que pacían tranquilamente.

Preguntose cuántos valles habría en el Canadá semejantes al que contemplaba. Díjose que centenares o tal vez millares y cada uno de ellos era un mundo completo; un mundo lleno de vida propia, con lagos y corrientes, con luchas y tragedias.

El zumbido que subía de aquel valle era semejante al que llenaba los demás y también había en él una vida tan intensa como en todos. Langdon, observando aquellos parajes, se ensimismó hasta el punto de olvidarse de que el tiempo pasaba y él tenía apetito.

Decíase que el espectáculo que se ofrecía a su mirada nunca sería viejo para él, que siempre recorrería con nuevo placer aquellos rincones selváticos, pues aparte de su belleza extraordinaria, cada uno de aquellos valles tenía sus propios misterios y su encanto especial. Eran para él tan enigmáticos y misteriosos como la misma vida; seguramente todos ocultaban tesoros guardados a través de los siglos, mientras daban la vida a multitud de seres, exigiendo, en cambio, el tributo de otras vidas. Y mientras miraba al espacio iluminado por la luz del sol, se preguntaba cuál sería la historia de

aquel valle y cuántos volúmenes ocuparía si pudiera escribirse.

Ante todo, hablaría de océanos tumultuosos que ocupaban todo el mundo; de los tiempos en que no había noche, sino eterno día; de cuando extraños y tremendos monstruos vivían y cruzaban el aire donde entonces Langdon veía un águila.

Luego hablaría del enorme cambio; de cuando la tierra se inclinó sobre su eje y vino la noche, y un mundo hasta entonces tropical se convirtió en helado, naciendo, a consecuencia de ello, nuevas formas de vida que habían de poblarlo en adelante.

Mucho antes de esto, pensaba Langdon, debieron de aparecer los primeros osos para reemplazar a los mamuts, a los mastodontes y a los monstruosos animales que hasta entonces habían vivido. Y el primer oso debió ser el antepasado del oso gris que él y Bruce buscarían al día siguiente para matarlo.

Tan absorto estaba Langdon en sus pensamientos, que no oyó un ruido que se produjo a su espalda. Pero luego algo despertó su atención.

Era como si alguno de los monstruos que evocara en su imaginación hubiera exhalado su aliento cerca de él. Volvióse despacio, y, en el siguiente instante, el corazón pareció pararse en su pecho; la sangre se le paralizó en las venas.

Cerrándole el paso, a unos cinco metros de distancia, con las mandíbulas abiertas y moviendo despacio la cabeza de uno a otro lado, mientras miraba a su acorralado enemigo, estaba *Thor*, el rey de los osos.

Instintivamente las manos de Langdon oprimieron involuntariamente el roto rifle, y, al darse cuenta de que no funcionaba, se consideró perdido sin remedio.

Capítulo XVII - La misericordia de los fuertes

Un ronco suspiro y un sonido que quería ser un grito fue lo único que salió de la contraída garganta de Langdon al ver al monstruoso animal que lo miraba. En los diez segundos que siguieron, vivió tan intensamente como en las diez horas últimas.

La primera idea clara que tuvo fue la de darse cuenta de que estaba indefenso, completamente indefenso. No podía ni siquiera echar a correr, porque el único camino practicable estaba obstruido por *Thor*. Se hallaba, pues, cara a cara con la muerte.

Pero, aun en tan terribles instantes, Langdon no se dejó dominar por el pánico. Incluso tuvo serenidad para observar el rojizo color que teñía los ojos del vengativo oso. Notó la cicatriz desnuda de pelo que tenía en la espalda, vestigio de uno de sus balazos. Y mientras observaba todo esto, decíase que *Thor* lo había seguido y que aprovechó la circunstancia de tenerlo acorralado para vengarse con creces de las penalidades y dolores que él le había infligido.

Thor avanzó un paso, uno tan sólo; y luego, lentamente, con gracioso movimiento, se levantó sobre sus patas traseras. Langdon pensó que era un animal magnífico y no se movió; lo miró fijamente y se preguntó qué debería hacer si el animal continuaba avanzando. Arrojárse al precipicio había una probabilidad contra mil de salvar el pellejo. Tal vez pudiese agarrarse a una rama, a una piedra, o acaso la caída no sería mortal.

Mientras tanto, *Thor*...

Inesperadamente, encontraba de nuevo al hombre. Era el mismo que lo persiguió, el mismo que lo hirió, y estaba tan cerca, que no tenía más que alargar la pata para aplastarlo. Y ¡qué débil, blanco y arrugado parecía ahora! ¿Dónde estaba el extraño estampido que producía? ¿Dónde su rayo abrasador? ¿Por qué estaba silencioso?

Hasta un perro habría hecho algo más que aquel ser, hubiera mostrado los dientes, ladrado o atacado; mientras, aquel extraño enemigo permanecía en una impasibilidad desconcertante. Y entonces una gran duda empezó a penetrar en la maciza cabeza de *Thor*. ¿Era realmente aquel bicho inofensivo, arrugado y aterrado, el que lo hirió? Olió al hombre. El olor era inconfundible, y aquella vez llegaba a su olfato sin ir acompañado del dolor.

Despacio, *Thor* volvió a dejarse caer sobre sus cuatro patas, dedicándose a contemplar fijamente al hombre.

Si Langdon se hubiese movido entonces, habría muerto. Pero *Thor* no era, como los hombres, un cazador que mata por gusto de matar. Durante medio minuto más esperó a ser herido, atacado o amenazado siquiera. Pero esperó vanamente, pues Langdon no hacía más que mirarle.

Por fin, muy despacio, con cierta indecisión, *Thor* se volvió a medias. Gruñó.

Contrajo su hocico. Mas no veía ninguna razón para pelear, porque aquella cosa arrugada, blanca y pequeña, acurrucada en el suelo, no daba motivo para combatir. Vio que no podía continuar hacia adelante porque el camino terminaba allí. De no ser así, tal vez el asunto hubiera terminado de distinto modo. *Thor* desapareció lentamente por el mismo camino por donde llegara, con la cabeza baja, mientras sus garras sonaban al rozar las piedras.

Langdon creyó que hasta aquel momento no volvía a respirar desde que se diera cuenta de la aparición del oso, y sólo entonces su corazón reanudó sus latidos. Dio un suspiro que más parecía un sollozo. Púsose en pie y sintió que sus piernas se negaban a sostenerlo. Esperó uno, dos, tres minutos; luego avanzó cautelosamente para observar si realmente se había marchado el oso.

No pudo verlo, y entonces se alejó a su vez, siguiendo el mismo camino que lo condujera allí. Andaba con prudencia, escuchando y observando con el mayor cuidado, sin abandonar su arma rota. Cuando llegó al límite del prado, se dejó caer junto a un enorme peñasco.

A trescientos metros de distancia caminaba *Thor* lentamente hacia el valle del Oeste. Pero hasta que no se hubo alejado más y desaparecido al fin, no se atrevió el cazador a salir de su escondrijo y a continuar la marcha.

Cuando llegó al lugar en que dejara a su caballo, *Thor* ya no se divisaba. La montura estaba en el mismo sitio, y hasta que estuvo montado en él no se sintió Langdon salvado del todo. Entonces soltó una carcajada nerviosa, y mientras el caballo se dirigía al valle, el jinete cargó de tabaco la pipa.

—¡Honrado y bondadoso animal! —murmuraba mientras temblaban todas las fibras de su cuerpo—. ¡Es un monstruo con un corazón más grande que el de un hombre! —Y luego, sin darse cuenta de que estaba hablando en voz alta, añadió—: Si yo te hubiese acorralado, no habría vacilado en matarte. Tú, en cambio, mucho más noble, mucho más generoso que yo, me has perdonado la vida.

Se encaminó al campamento y entonces pensó que lo que acababa de ocurrirle logró realizar en su mente el cambio iniciado ya. Había encontrado al rey de los osos; vio cara a cara a la muerte, y, en el último instante, el bruto que él persiguiera había sido misericordioso con él. Estaba seguro de que Bruce no lo comprendería y de que, además, no querría comprenderlo; mas, para él, aquel día y aquella hora tenían tan extraordinario significado, que no lo olvidaría mientras viviese. Y estaba convencido de que a partir de entonces no buscaría de nuevo a *Thor* para quitarle la vida, ni a ninguno de sus congéneres.

Langdon llegó al campamento, se preparó una ligera colación y mientras comía con la única compañía de *Muskwa*, trazó sus planes para los días futuros. Mandaría a Bruce en busca de *Metosin* y abandonarían la caza de *Thor*. Se dirigirían al *Skeena*, tal vez hasta la orilla del *Yukon*, y luego torcerían hacia el Este, en dirección al país

de los renos, a mediados de septiembre, para encaminarse, más tarde, a las regiones civilizadas, por el lado de los valles de las Montañas Rocosas. Se llevaría a *Muskwa* consigo y, una vez en las regiones civilizadas, los dos serían grandes amigos. Pero no se le ocurrió pensar lo que esto significaría para *Muskwa*.

Eran las dos de la tarde y continuaba pensando en las nuevas y desconocidas excursiones hacia el Norte, cuando a sus oídos llegó un ruido que le distrajo de sus ideas. Durante algunos minutos no le hizo caso y no le dio importancia, mas, por último, le llamó la atención y se apresuró a salir de entre los árboles, para oírlo con mayor claridad.

Muskwa lo siguió, deteniéndose cuando Langdon lo hizo. Sus orejitas se inclinaban curiosas hacia adelante y volvió la cabeza al Norte, pues de allí procedía el ruido.

Langdon lo reconoció al fin; mas, a pesar de todo, se empeñaba en creer que se engañaba. No podía ser el ladrido de los perros, porque en aquellos momentos, tanto *Metosin* como *Bruce* debían de estar hacia el Sur con la jauría; por lo menos era seguro que el indio estaría allí, y, en cuanto a *Bruce*, era posible que regresara ya al campamento. Mientras tanto, el ruido era cada vez más claro; Langdon comprendió que los perros estaban subiendo al valle. Algo habría alterado los planes de *Bruce* y de *Metosin*, que los hizo encaminarse al Norte y no al Sur. En cuanto a los canes, sus ladridos indicaban claramente que habían encontrado un rastro fresco de caza mayor. De pronto, el corazón le dio un salto en el pecho, y se dijo que solamente por un animal sería capaz *Bruce* de soltar la jauría, y este animal era *Thor*.

Langdon escuchó unos momentos más; luego regresó apresuradamente al campamento, ató a *Muskwa* a su árbol, cogió otro rifle y montó de nuevo a caballo. Cinco minutos más tarde se dirigía a la montaña en donde, poco antes, *Thor* le había perdonado la vida.

Capítulo XVIII - El último combate

Thor oyó el ladrido de los perros a un kilómetro de distancia, pero tenía más motivos que antes para no huir de ellos. No les tenía miedo, pues la experiencia le había probado que no eran difíciles de vencer. En cambio, le inquietaba lo que iba tras ellos, a pesar de que aquel mismo día había estado frente a frente de la cosa que tan extraño olor difundiera por el valle sin que este encuentro hubiera tenido malas consecuencias. Además, de nuevo buscaba a *Iskwao*, la osa, y no es el hombre el único animal que arriesga su vida por el amor.

Después de matar al último perro, al anochecer del día en que fue perseguido por ellos, *Thor* hizo lo que Bruce imaginó que habría hecho: en vez de continuar hacia el Sur, dio un amplio rodeo dirigiéndose al Norte. En la tercera noche después del combate y de la pérdida de *Muskwa*, encontró de nuevo a *Iskwao*. Poco antes había muerto *Pipoonaskoos*, y el mismo *Thor* pudo oír el pistoletazo con que Bruce lo matara. Pasó aquella noche y el día y la noche siguiente con *Iskwao*, y luego la dejó una vez más. Buscábala por tercera vez cuando, sin quererlo, halló a Langdon y luego oyó el ladrido de los perros sobre su pista antes de haber podido husmear su presencia.

Dirigíase hacia el Sur, con lo que se acercaba al campamento de los cazadores. Andaba por las altas vertientes, en donde había prados, fajas pedregosas, profundos cauces de regatos y, de vez en cuando, montones de rocas. Seguía cara a la dirección del viento, para no dejar de percibir las emanaciones de *Iskwao*, la osa. Al oír el ladrido de los perros, no descubrió el olor de estos animales ni el de los cazadores que los seguían a caballo, porque el viento le era desfavorable.

En otra ocasión cualquiera no habría dejado de poner en práctica su estratagema favorita de dar un rodeo para que se le presentara el peligro de cara, con el viento a su favor, mas había abandonado toda prudencia por el deseo que tenía de encontrar a su compañera. Los perros estaban a cosa de ochocientos metros cuando el oso se detuvo de pronto, husmeó el aire y luego continuó apresuradamente su camino, hasta que se vio detenido por una estrecha y profunda trocha.

Por ella avanzaba *Iskwao* subiendo aprisa la montaña; el ladrido de los perros aumentó en intensidad cuando *Thor* fue al encuentro de la hembra. Ésta olió el hocico de *Thor* y ambos continuaron la ascensión con las orejas vueltas hacia atrás y profiriendo rugidos de amenaza.

Thor sabía que su compañera huía de los perros y sintió que la cólera lo invadía mientras subía la montaña con la osa. Una semana antes, al ser perseguido por los perros, *Thor* se mostró valeroso combatiendo, pero ahora, cuando el peligro amenazaba a su compañera, habíase convertido en un terrible y despiadado demonio.

Fue quedándose atrás para defender a *Iskwao*; por dos veces se volvió, con los

dientes brillantes bajo los belfos contraídos, y su rugido, al resonar como lejano trueno, infundió pavor a sus enemigos.

Cuando llegó a lo alto de la trocha estaba bajo la sombra de un picacho, y, mientras tanto, *Iskwao* desaparecía en la altura. Habíase refugiado en un caos de rocas y la divisoria de la cima de la montaña no estaba ya a más de trescientos metros. *Thor* miró hacia arriba y, observando que *Iskwao* estaba a salvo, examinó el terreno en el que se hallaba y vio que había espacio suficiente para pelear. Los perros estaban ya muy cerca; *Thor* se volvió y los aguardó.

Medio kilómetro hacia el Sur estaba Langdon mirando con los gemelos. Vio a *Thor* y en el mismo instante aparecieron los perros en el extremo de la trinchera. El cazador se hallaba entonces casi a la misma altura que *Thor*, y como desde donde estaba podía observar muchos kilómetros cuadrados de la extensión del valle, descubrió fácilmente a Bruce y al indio, los cuales desmontaban al pie de la trocha y echaban a correr por ella, montaña arriba.

Langdon volvió a mirar a *Thor*, el cual estaba estrechamente cercado por los perros, hasta el punto de que no podría pelear con ellos en tan reducido espacio. Al mirar hacia arriba, vio a *Iskwao* que se había detenido en su ascenso. El cazador comprendió entonces que aquélla era la hembra. Evidentemente, no había salvación para el oso gris si los perros conseguían detenerlo por espacio de diez o quince minutos, porque en seguida aparecerían Bruce y Metoosin y éstos podrían disparar a mansalva desde menos de cien metros de distancia.

Langdon guardó los gemelos en su estuche y echó a correr hacia donde se iba a desarrollar el drama. Venciendo apresuradamente las dificultades del camino, consiguió avanzar cosa de ciento cincuenta metros, pero ya no pudo avanzar más por causa de una profunda grieta que le cortó el paso. Entonces calculó que se hallaba a unos trescientos cincuenta metros de *Thor*, el cual presentaba cara a los perros, con la espalda adosada a unas rocas.

Langdon temió ver aparecer de un momento a otro a Bruce y a Metoosin, y se dijo que, aun consiguiendo hacerse oír de ellos, era imposible darles a entender cuáles eran sus deseos. Ellos no podrían comprender por sus gritos que debían abandonar la caza de un animal que en vano habían perseguido durante dos semanas. Solamente había un medio de salvar a *Thor*, si no era ya demasiado tarde. Vio que la jauría retrocedía entonces un poco y con su rifle apuntó a los perros. Hallábase obsesionado por una idea fija: la de salvar a *Thor* a todo trance, porque debía su propia vida a la magnanimidad del oso gris.

No vaciló en oprimir el gatillo. El tiro fue demasiado alto y la primera bala dio a cincuenta metros de los perros. Volvió a tirar y de nuevo erró, pero su tercer tiro tuvo por respuesta un alarido de dolor. Uno de los perros rodó por la vertiente montaña abajo. Y nuevamente apuntó Langdon sobre sus perros.

Los disparos no parecieron impresionar a *Thor*, pero al ver que sus enemigos caían rodando por la vertiente, volvióse despacio en busca del amparo de las rocas. Oyose el cuarto y luego el quinto disparos, y, al herir éste a un perro, los demás retrocedieron considerando el lugar poco seguro. Uno de ellos iba cojeando por haber recibido un tiro en una pata anterior.

Langdon observó la cima de la montaña. *Iskwao* estaba llegando a ella y se detuvo un momento para mirar hacia abajo. Luego desapareció.

En cuanto a *Thor*, estaba oculto entre unas rocas, pero seguía el rastro de su compañera. Dos minutos más tarde desapareció él a su vez, precisamente cuando asomaban por el extremo de la trocha Bruce y Metoosin. Desde donde se hallaban, tenían a tiro la cima de la montaña; para evitar que disparasen, Langdon empezó a gritar, y cuando observó que lo miraban, les señaló la cima de la montaña.

Thor la trasponía entonces. Detúvose un momento en compañía de *Iskwao* y por última vez miró a los hombres.

En cuanto a Langdon, movió la mano hacia él, a guisa de saludo, y gritó:
—¡Buena suerte! ¡Buena suerte, amigo!

Capítulo XIX - El adiós a Muskwa

Aquella noche, Langdon y Bruce formaron nuevos planes, mientras Metoosin, sentado a alguna distancia fumando en silencio, miraba de vez en cuando a Langdon; no podía acabar de convencerse de la realidad de lo sucedido pocas horas antes. Más tarde, durante muchas lunas, Metoosin no dejaría de referir a sus hijos y a sus nietos, y también a sus amigos de la tribu, que una vez él cazó con un hombre blanco, el cual llegó a disparar contra sus propios perros para salvar la vida de un oso gris. A partir de aquel momento, Langdon ya no era el mismo para Metoosin, el cual, después de lo sucedido, estaba seguro de que ya no saldría nuevamente de caza con él, porque Langdon estaba ahora *keskwao*. Para el indio, se había estropeado algo en la cabeza de Langdon. El Grande Espíritu le había quitado el corazón para dárselo a un oso gris, y Metoosin, que estaba persuadido de esto, lo miraba agarrando la pipa con alguna desconfianza. Esta desconfianza se acentuó al ver que Bruce y Langdon hacían una jaula, aprovechando una especie de cesto de piel de vaca, para transportar en ella al osezno durante un largo viaje. Ya no tenía duda alguna. Langdon era un hombre "extraño" y para un indio tal "extrañeza" no auguraba nada bueno.

A la mañana siguiente, a la salida del sol, todo estaba ya preparado para emprender la marcha hacia el Norte. Bruce y Langdon iban en vanguardia subiendo la pendiente de la montaña en la que encontraron por vez primera a *Thor*, y la reata de acémilas desfilaba pintorescamente tras ellos, guiada por Metoosin. En cuanto a *Muskwa*, viajaba metido en su cesto de cuero.

Langdon sentíase satisfecho y feliz.

—Ésta ha sido la cacería más importante de mi vida —dijo a Bruce—, y te aseguro que nunca lamentaré haber salvado al oso gris.

—Eres el dueño —contestó Bruce con cierta irreverencia—. Si me hubieses dejado hacer, la piel de ese oso estaría ya sobre los lomos de *Disphan*. Y te aseguro que cualquier turista de los que viajan en ferrocarril me la habría comprado por un centenar de dólares.

—Pues, para mí, el hecho de que viva el oso vale miles de dólares —contestó Langdon mientras dejaba pasar la reata para ver cómo estaba *Muskwa*.

Éste rodaba dentro de su jaula de la misma manera que se tambalea una persona cuando cabalga por vez primera a lomos de un elefante; Langdon, después de contemplarlo por unos momentos, se reunió de nuevo con Bruce.

Repitió la visita a *Muskwa* varias veces en las tres horas siguientes y siempre, cuando regresaba al lado de su compañero, parecía estar pensativo y como dudando acerca de algo.

A las nueve de la mañana llegaron al extremo del valle en donde solía vivir *Thor*. En un extremo del terreno llano elevábase cortada a pico una montaña, y la corriente

de agua que seguían los cazadores torcía rápidamente hacia el Oeste, internándose en un cañón. Al Este aparecía una verde y ondulante ladera, por la que podían avanzar fácilmente los caballos, que llevaría a la caravana a un nuevo valle, hacia el Driftwood, camino que Bruce había decidido seguir.

A la mitad de la pendiente se detuvieron para dar descanso a los caballos, y entonces *Muskwa* empezó a gemir como pidiendo auxilio. Langdon lo oyó, pero pareció no hacer ningún caso, pues miraba con la mayor atención hacia el valle que se quedaba atrás y que, inundado por la luz del sol, tenía un aspecto maravilloso. Desde allí podía ver los picos bajo los cuales estaba el frío y negro lago en que *Thor* pescara las truchas; durante varios kilómetros de extensión las laderas de las montañas hallábanse cubiertas de aterciopelado verdor, y mientras el cazador contemplaba todo aquello, llegaba a sus oídos por última vez el armonioso zumbido del reino de *Thor*. Parecióle un cántico de alegría entonado con motivo de su marcha por el hecho de que abandonaba aquel valle sin haber causado grandes daños. Pero, ¿era verdad? ¿Dejaba realmente las cosas de igual modo que las hallara? ¿No advertía acaso, en aquella música de las montañas, algunas notas tristes y plañideras?

Nuevamente gimió *Muskwa* suplicante, al acercarse Langdon. Y entonces éste se volvió hacia Bruce, diciendo con firmeza:

—Ya está decidido. He examinado bien la cuestión durante toda la mañana, y, por fin, he tomado una resolución. Tú y *Metosin* continuaréis el camino con los caballos en cuanto hayan descansado y yo me alejaré uno o dos kilómetros para poner en libertad al osezo para que se reúna si quiere con los otros osos.

No esperó a que su compañero pudiera hacerle observación alguna, aunque Bruce no lo intentó siquiera. Tomó en brazos a *Muskwa* y se encaminó hacia el Sur.

Internándose un kilómetro en el valle, Langdon llegó a un ancho prado en el que había algunos grupos de pinos y setos de arbustos con flores que embalsamaban el ambiente. Allí desmontó, y, durante diez minutos, permaneció sentado en compañía de *Muskwa*. De su bolsillo sacó una bolsa de papel, dio al osezo su última ración de azúcar y sintió que un sollozo acudía a su garganta cuando el osezo le lamió la palma de la mano. Luego, al montar de nuevo a caballo, las lágrimas humedecían sus ojos; trató de reír, pero no pudo, porque quería a *Muskwa* y sabía que dejaba un amigo en aquel valle encajonado entre montañas.

—¡Adiós, amigo! —exclamó con entrecortada voz—. ¡Adiós, pequeño *Escupefuego!* ¡Tal vez algún día vuelva y te vea de nuevo, cuando ya seas grande y terrible! ¡Pero no dispararé nunca más contra un oso, nunca!

Se alejó apresuradamente hacia el Norte y trescientos metros más lejos se volvió para mirar hacia atrás. *Muskwa* lo seguía, pero perdía terreno a cada paso y Langdon lo saludó con la mano.

—¡Adiós! —exclamó conmovido—. ¡Adiós!

Media hora después miraba desde lo alto de la vertiente de la montaña con sus gemelos y vio a *Muskwa* como un puntito negro. El osezno se había detenido y esperaba confiado el regreso de su amigo.

Y tratando nuevamente de reírse, aunque sin lograrlo. Langdon traspuso la cima de la montaña, desapareciendo para siempre de la vista de *Muskwa*.

Capítulo XX - Muskwa en busca de su amigo

Por espacio de medio kilómetro, *Muskwa* siguió el camino de Langdon. Al principio iba corriendo, luego anduvo al paso y finalmente se detuvo y se sentó como un perro, contemplando la distante ladera de la montaña. De haberse alejado Langdon a pie, el osezo no hubiese dejado de seguirlo hasta cansarse, aunque conservaba un mal recuerdo de la jaula en la que tan zarandeado había sido. Permaneció, pues, largo tiempo sentado sin continuar la marcha. Estaba seguro de que su amigo no tardaría en regresar, porque siempre volvía. Por fin se entretuvo en buscar alguna raíz comestible, aunque cuidando de no alejarse mucho del lugar en que Langdon lo dejara.

Durante todo el día permaneció el osezo en el prado, en el que sentíase muy a gusto porque estaba bañado por la luz del sol, y además, porque había abundantes raíces. Comió bastantes y luego, a mediodía, durmió una siestecilla, pero cuando el sol comenzó a caminar hacia su ocaso y el valle se llenó de sombras, sintió miedo.

Era todavía muy pequeño y durante su corta vida no había pasado solo más que una noche, aquella en que lo dejara por un momento su madre, la cual no volvió, porque murió aplastada por una roca. Luego, *Thor* reemplazó a su madre y Langdon sucedió después al oso gris, de manera que nunca se había sentido tan solo y tan desvalido como ahora. Acurrucose bajo un matorral junto al camino que siguieran Langdon y los suyos, y durante toda la noche estuvo con el oído atento y aguzando la vista y el olfato. Aparecieron las estrellas, claras y brillantes, pero aquella noche su encanto no fue lo bastante fuerte para hacer salir al osezo del lugar donde se cobijara. Y hasta que llegó la aurora, no se atrevió a hacerlo.

El sol le infundió nuevo valor. Empezó a recorrer el valle; el rastro de los caballos se desvanecía poco a poco hasta que desapareció por entero. Aquel día *Muskwa* comió un poco de hierba y algunas raíces; al llegar la segunda noche de su soledad, el pobre osezo estaba derrengado, hambriento y desorientado por completo.

Aquella noche durmió en el hueco de un árbol. Al día siguiente continuó el camino, y durante muchos días y muchas noches estuvo solo en el dilatado valle. Pasó junto al estanque en que él y *Thor* encontraron al viejo oso, y *Muskwa* husmeó, hambriento, las espinas que todavía estaban por el suelo; pasó junto al oscuro lago, atravesó el dique de los castores, desde el cual *Thor* había pescado truchas, y en aquellas cercanías permaneció dos noches. A la sazón, iba olvidando a Langdon; en cambio recordaba cada vez más a *Thor* y a su madre; sentía más que nunca la necesidad de su compañía, puesto que se reintegraba por entero a la vida salvaje que el hombre le hiciera olvidar durante algún tiempo.

Era a principios de agosto cuando el osezo empezó a subir por la trinchera en la cual *Thor* oyó por: primera vez el trueno del fusil y sintió el aguijón de las balas del

hombre. En aquellas dos semanas, *Muskwa* había crecido mucho, a pesar de que con frecuencia se echaba a dormir con el estómago vacío. Había perdido también el miedo a la oscuridad. Siguió, pues, cañón arriba, y como no podía tomar otra dirección, llegó por último a la cima de la montaña por la que desapareciera *Thor*; entonces, el otro valle —aquel que *Muskwa* podía considerar como su casa— apareció a sus pies.

Naturalmente, no lo reconoció ni vio ni husmeó nada que le pareciera familiar, pero era un valle tan agradable, que no se apresuró a salir de él. Halló abundantes raíces de las que le gustaban, y al tercer día de estar allí fue cuando mató la primera pieza, gracias a que, por casualidad, tropezó con una marmota pequeña no mayor que una ardilla, y antes de que el animalejo pudiera escapar, se echó encima de él. Celebró a su manera un gran festín con su primera caza.

Transcurrió una semana entera antes de que el oseño llegara al arroyo en cuyas cercanías murió su madre, y cuyos restos se hallaban a poca distancia en forma de un montón de huesos. Una semana más tarde se encontró en el sitio donde *Thor* matara al reno y al oso negro. Entonces *Muskwa* comprendió, por fin, que se hallaba en un lugar familiar.

Durante dos días no se alejó más de doscientos metros de la escena del festín y del combate, y día y noche estaba esperando que apareciera *Thor*. Durante el día buscaba algo que comer, pero cuando las sombras de la tarde se alargaban, no dejaba de volver al mismo sitio, es decir, donde ocultaron los restos del reno que descubrió el oso negro.

Un día se alejó más de lo acostumbrado para buscar raíces. Se hallaba a medio kilómetro del lugar que había elegido por residencia y estaba oliscando el extremo de una roca cuando se proyectó sobre él una enorme sombra. Volvióse para mirar y permaneció inmóvil. El corazón latía apresuradamente de alegría, como nunca le ocurriera en su corta vida, pues a cinco pasos de él vio a *Thor*. El enorme oso gris estaba tan inmóvil como él mirándole fijamente; *Muskwa* profirió un placentero gruñido y corrió hacia su amigo, el cual bajó su enorme cabeza y por breve espacio de tiempo los dos permanecieron inmóviles. Luego, *Thor* hundió su hocico en el suave pelaje del oseño; hecho esto, continuó su camino, como si *Muskwa* no se hubiera extraviado nunca, y éste lo siguió satisfecho.

Después sucedieron los días de aventuras, de largos viajes y de grandes peripecias. *Thor* llevó a *Muskwa* a sitios desconocidos para éste en los valles de aquellas montañas. Hubo días de grandes pescas, mataron otro reno y *Muskwa* engordaba y crecía cada vez más, hasta que, a mediados de septiembre, ya alcanzó la corpulencia de un perro de gran tamaño.

Llegó la estación de la madurez de las bayas y *Thor* sabía dónde hallar las mejores y las más sabrosas. Las había de muchos colores y muy dulces, tanto como el

azúcar que le daba Langdon a *Muskwa*, el cual prefería, sobre todo, las moras, y de ellas se dio grandes atracones.

Mas, por fin, se acabaron las frutas silvestres. Ello ocurrió en octubre. Las noches eran ya bastante frías y por espacio de días enteros el sol no brillaba, pues el cielo solía estar cubierto de negras nubes. En los picachos aumentaba la nieve, que caía también con frecuencia en el valle, cubriéndolo de blanca alfombra que enfriaba, hasta helarlos, los pies del pobre *Muskwa*; pero pronto desapareció, porque empezaron a soplar furiosos vientos del Norte; el zumbido tan agradable del valle fue substituido por agudos gritos y los gemidos de los árboles que se doblegaban bajo la fuerza del viento.

A *Muskwa* le pareció que el mundo se transformaba, y maravillábase de que *Thor*, en aquellos días fríos, persistiera en recorrer las laderas barridas por el viento, cuando podría haber encontrado abrigo en las bases de las montañas. Y *Thor*, si hubiese podido explicarse, le habría dicho que el invierno estaba muy cerca y que únicamente en aquellas vertientes quedaba algo que Comer. En los valles no quedaban bayas de ninguna clase y las hierbas y las raíces ya no les podían proporcionar el alimento necesario; tampoco podían perder tiempo en buscar hormigas y pulgones, y, en cuanto a los peces, éstos estaban en aguas profundas. Era la estación en que el reno tenía el olfato tan fino como las zorras y era tan veloz como el viento. Únicamente en las vertientes estaban los animalillos que los osos podían hallar con seguridad; eran los topos y las marmotas. Para encontrarlos ahora, viéronse obligados a excavar la tierra, y *Muskwa* ayudaba en ello a su amigo cuanto podía. Muchas veces tenían que sacar grandes cantidades de tierra hasta dar con la madriguera invernal de una familia de marmotas y en otras ocasiones excavaban durante largas horas para encontrar, por fin, tres o cuatro topos pequeños, pero muy gordos y relucientes.

Así pasaron los últimos días de octubre y entraron en noviembre. Entonces las nieves y los helados y tempestuosos vientos del Norte fueron más frecuentes. Los lagos y los estanques se helaron, pero *Thor* recorría aún las vertientes de las montañas y *Muskwa* temblaba de frío por las noches, preguntándose si ya no vería más el sol.

Un día, a mediados de noviembre, *Thor* se detuvo inopinadamente en la tarea de desenterrar una familia de marmotas, bajó al valle, y, de allí, se encaminó hacia el Sur con la mayor naturalidad. Hallábanse a quince kilómetros del cañón de arcilla, cuando emprendieron la marcha, pero tan apresurada fue ésta, que llegaron la misma tarde, un poco antes de oscurecer. Durante los dos siguientes días parecía que los movimientos de *Thor* no tuviesen ninguna finalidad. En el cañón no había qué comer, a pesar de lo cual andaba errante entre las rocas, oliendo y escuchando de un modo que llamaba la atención de *Muskwa*. Al atardecer del segundo día, *Thor* se detuvo en un lugar cubierto de pinocha, de la que empezó a comer. *Muskwa* lo imitó, pero aquel manjar no le pareció bueno. Sin embargo, siguió comiendo por advertirle su instinto

la conveniencia de hacer lo mismo que *Thor*. Así, pues, engulló cuando pudo, sin saber que ello era el último preparativo que la Naturaleza les imponía para el sueño invernal. A las cuatro de la tarde llegaron a la boca de la profunda caverna en que naciera *Thor*, y éste se detuvo allí, oliendo el viento, mas sin objeto alguno.

Oscurecía. Sobre el cañón cerníase una gran tormenta; helados vientos soplaban por entre los peñascos y el cielo estaba negro, cargado de nieve.

Durante un minuto, el oso gris permaneció en la boca de la cueva y luego entró, seguido de *Muskwa*. El interior estaba oscuro como boca de lobo, pero la temperatura era más agradable a medida que se internaban en él, y los silbidos del viento se fueron debilitando hasta que sólo se oyeron como ligero murmullo.

Thor empleó casi media hora en adoptar la posición cómoda en que iba a dormir, y *Muskwa* se arrolló a su lado, sintiéndose abrigado y cómodo.

Aquella noche estalló la tormenta cayendo una abundante nevada. Descendía tan espesa la nieve, que cubrió el cañón y todo el mundo visible. Al llegar a la mañana no se veía ni la boca de la caverna ni las rocas, ni las plantas, ni casi los árboles, porque todo estaba blanco y silencioso, y ya no se oía el murmullo ni el zumbido del valle de los días estivales.

En lo más hondo de la caverna se agitaba *Muskwa* intranquilo. *Thor* dio un profundo suspiro y luego los dos quedaron profundamente dormidos. Quién sabe si soñaron...



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a la Yukon y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan El valor del Capitán Plum (1908), Los buscadores de oro (1909), El valle de los hombres silenciosos (1911), Kazan, perro

lobo (1914), El Valle de los hombres silenciosos (1920), El bosque en llamas (1921), El cazador negro (1926) y Las llanuras de Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas El Oso (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.